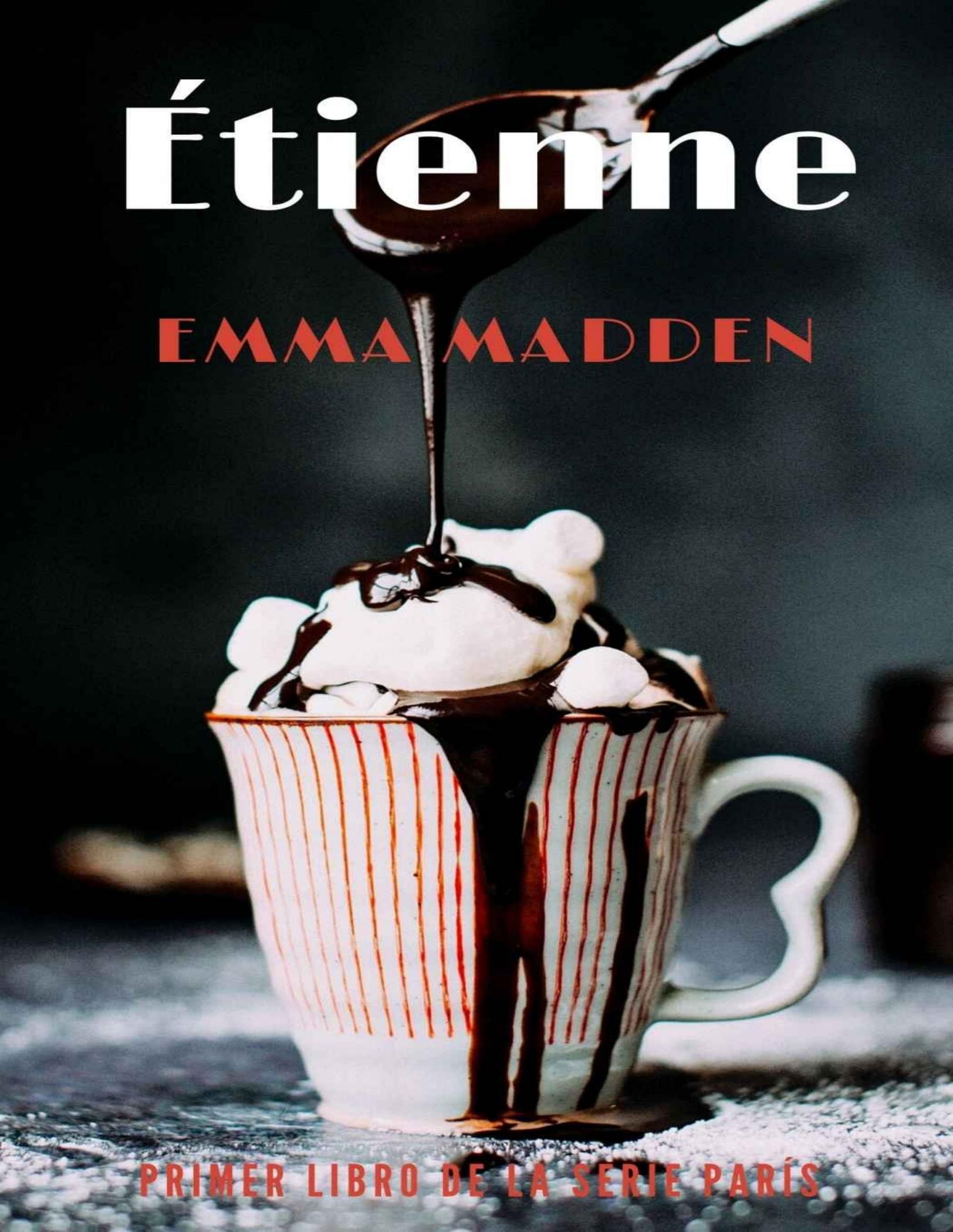


# Étienne



EMMA MADDEN

PRIMER LIBRO DE LA SERIE PARÍS

# ÉTIENNE

Primer libro de la Serie París

EMMA MADDEN

Copyright © 2021 Emma Madden  
Todos los derechos reservados.  
ISBN: 9798543973141

*«¿Por qué no aquí? ¿Por qué no ahora? ¿Acaso hay mejor lugar para soñar que París?».*

*(Ratatouille)*

—Natasha...

La llamó en un susurro, sintiendo cómo le esparcía el chocolate caliente sobre el abdomen e iba deslizándolo con maestría por las ingles y el vello púbico, y ella suspiró y empezó a lamérselo con la misma maestría, provocándole espasmos de placer, hasta que lo llevó al borde del abismo y entonces se detuvo en seco, se apartó de él y lo dejó ahí, a medias e indefenso, con las manos atadas al cabecero de la cama y a ciegas, porque le había tapado los ojos con un antifaz de terciopelo negro.

—Natasha, ¿qué haces?

—Me encanta verte sufrir, Étienne...

—No, vamos, venga, vuelve aquí, preciosa.

—Net!

—Cielo.

—Eres un chico muy malo, Étienne Clermont-Tonnerre, alguien tiene que hacértelo pagar.

—Dame un beso, ven aquí...

—Net!

Negó otra vez en ruso y él percibió perfectamente cómo recogía su ropa, decidida a abandonarlo de verdad. Movié los brazos empezando a desesperarse, pero fue inútil, porque las puñeteras esposas eran de las buenas, y volvió a suplicar, pero ella no respondió y se largó de la *suite* cerrando la puerta con un sonoro portazo.

Vale, calma, Étienne, se dijo a sí mismo, pensando en que en algún momento alguien del hotel podría pasar a rescatarlo, aunque esa opción era de lo peor, porque no quería que lo pillaran desnudo, atado con esposas, con un antifaz y cubierto de chocolate en una cama carísima que ya le tocaría pagar por el estropicio con el chocolate, y con todo lo demás.

Le encantaba Natasha, esa rusa espectacularmente guapa, una *escort* de lujo, que se estaba haciendo rica en París, pero que salía con él gratis y por placer. Era preciosa, sexy, divertida y una fiera en

la cama, pero a veces sin venir a cuento se volvía incontrolable y podía ponerte en situaciones muy incómodas, como en ese caso, en el que no solo había medio destrozado la *suite* del Hotel Jorge V bailando y rompiendo cosas, sino que también había acabado dejándolo tirado y a merced de cualquiera, completamente indefenso.

Calculó las consecuencias públicas, no solo privadas, que podría acarrear aquello, es decir, que si alguien del servicio de habitaciones lo pillaba en esa tesitura podía ser desastroso para su reputación, y sin querer pensó en Chantal y en Jean-Jacques, sus mejores amigos, que siempre lo habían llamado irresponsable y kamikaze por andar enredando con mujeres “peligrosas” (decían ellos), y tenían mucha razón, pero es que no podía evitarlo. Era marca de la casa, y de casta le venía al galgo, porque su padre le habían enseñado desde bien joven que las mejores amantes eran las que no conocían límites, las rebeldes, y si estaban un poco locas, mucho mejor.

Sonrió, pensando en su padre, un dandi parisino célebre por sus conquistas, y luego volvió a pensar en las opciones que tenía. Una: empezar a gritar para que alguien del hotel lo rescatara. Dos: que Natasha volviera y lo desatara. Tres: que alguien del restaurante se percatara de su ausencia y empezara a buscarlo hasta llegar al Hotel Jorge V, su hotel favorito para las citas de mediodía.

Se concentró, llamando mentalmente a Iris, su ayudante y mano derecha, que ya lo había pillado varias veces en situaciones comprometidas, y su cabeza voló sin querer hasta el nuevo menú de otoño que iban a estrenar con bombo y platillo en el Saint-Malo, su restaurante con dos estrellas Michelin que llevaba cuatro años buscando la tercera.

El Saint-Malo era realmente lo único que le importaba en la vida. Por supuesto, estaba su familia y sus amigos, pero su restaurante era su bebé, su obra maestra, lo único que había construido con sus propias manos, y se sentía tan orgulloso de él que no lograba entender que aún no le dieran su merecida tercera estrella Michelin, cuando ya se la habían dado a otros chefs de su edad, entre ellos a

Jean-Jacques, su colega, su querido examigo, que llevaba tres años sin dirigirle la palabra.

Menudo don perfecto, masculló cabreándose con él, y se preguntó qué horas serían, porque tenía hambre y muchas ganas de ir al baño.

*Merde!* Exclamó furioso intentando zafarse de la cama y de repente, como un milagro, las esposas hicieron un clic y se abrieron tan ricamente. Él se incorporó en la cama, se sacó el antifaz y comprobó que eran programables, un invento que no tenía ni idea de que existiera, pero que a partir de ese momento se convertiría en uno de sus favoritos.

Saltó de la cama y se fue corriendo al cuarto de baño, se metió debajo de la ducha para intentar quitarse el chocolate (ya sólido) que tenía por todo el cuerpo, y casi quince minutos después consiguió hacerlo y salir limpio y perfumado a la suite, que parecía el escenario de una película de terror.

Copas, botellas, comida, su ropa... todo disperso por la habitación donde había estado practicado sexo salvaje con Natasha desde las once de la mañana.

Recogió sus valiosos pantalones, y su valiosa camisa, hechos a medida en su sastrería de Londres, sintiendo un pelín de vergüenza por lo que habían sido capaces de organizar allí entre la fondue de chocolate y las frutas, se vistió y salió al pasillo llamando a Iris. Llegó al ascensor y ella le contestó en su tono habitual.

—¿Dónde te metes?, son las cinco de la tarde, chef.

—Buenas tardes, Iris. Estoy bien, gracias, he tenido un pequeño percance, pero ya voy camino del restaurante.

—Tu madre acaba de llamar reservando para ocho personas, Claire está que se sube por las paredes, no puede reservar con tan poco tiempo de antelación. Habla con ella, por favor.

—¿Le ha conseguido mesa?

—Claro, anulando a dos clientes nuevos.

—Buena chica. Ya hablaremos, ahora necesito que llames al Hotel Jorge V, hables con Pierre y te ofrezcas a pagar la factura que te pida, ¿ok? He estado en el *Penthouse* con Natasha y todo se ha desmadrado un poco.

—¿Será posible? —Farfulló, pero él no hizo caso.  
—Vale, llevo en diez minutos.

# 1

—*Bon après-midi à tous.*

Saludó a todo el mundo entrando en la cocina de su restaurante y se detuvo cerca de la bodega para mirar a Pierre, el encargado de las compras, que estaba discutiendo acaloradamente con el distribuidor del aceite de oliva, se les acercó para intentar poner orden, pero Pierre le pidió por favor que no interviniera, así que se alejó camino de su despacho para cambiarse y ponerse manos a la obra.

Entró en su cuarto de baño para vestirse y cuando salió poniéndose el mandil y se detuvo para mirar el teléfono móvil donde tenía un montón de mensajes calientes de Natasha, Iris irrumpió de repente en la oficina sin llamar.

—Chef...

—¿Qué pasa, Iris?

—Primero, la broma del *Penthouse* del Hotel Jorge V supera los ocho mil euros.

—Vale, ¿qué más?

—¿Me puedes contar qué estabais haciendo para dejar el colchón inutilizable?. Vale cuatro mil euros, ¿sabes?, más las cortinas y la ropa de cama, te lo han dejado en ocho mil cuatrocientos euros por ser tú, pero sigue siendo una barbaridad.

—La culpa la tuvo una fondue y el chocolate caliente. ¿Quieres más detalles?

—No, qué asco —Arrugó la nariz y Étienne sonrió.

—Tú paga lo que te pidan y fin de la historia.

—Esa tía te va a arruinar, pero no es asunto mío. En fin, hoy se ha incorporado Sonsoles Monzón Aramburu.

—¿Quién?

—La chef repostera recomendada por Chantal.

—¿Por Chantal?

—¿Española?, ¿graduada con honores por Le Cordon Bleu?, ¿amiga de tu mejor amiga?, ¿diplomada en pastelería y chocolate

por la Academia de Artes Culinarias Suiza?. La entrevistamos por videollamada, le firmaste el contrato hace un mes. Ha dejado Nueva York para venir aquí.

—Ah, vale, ya me acuerdo. Disculpa, pero he tenido un día duro. ¿Dónde está?

—Trabajando, por supuesto.

—Ok...

Salió del despacho para seguir a Iris y entró en la zona de postres del Saint-Malo saludando con una venia al equipo. Todos lo miraron de reojo saludándolo de la misma forma, y de repente localizó en la mesa del rincón a una chica joven, que estaba sentada mirando un ordenador portátil mientras tomaba notas.

—Sonsoles, al fin ha llegado el chef Clermont-Tonnerre.

Le dijo Iris y la chica, morena y guapísima, asintió sacándose las gafas, se puso de pie y le extendió la mano.

—Buenas tardes, chef.

—Encantado y bienvenida.

—Muchas gracias, pero ya nos conocíamos.

—Sí, de la videoconferencia, pero...

—No, nos conocimos en la boda de Chantal hace cuatro años, pero es igual.

—¿En la boda de Chantal?

Entornó los ojos intentando situarla, pero fue imposible, porque se había pasado media boda pedo total, y ante la evidencia, le regaló una de sus sonrisas encantadoras como disculpa.

—Lo siento, no lo recuerdo y Chantal no me había dicho nada, yo...

—No pasa nada, supongo que conoce a mucha gente, chef. Iris, por favor, ¿podría hablar con los responsables de compras? He estado revisando los menús y tengo bastantes dudas y solicitudes.

—Claro, Sonsoles. Vamos, el jefe de compras está ahora mismo en su despacho.

—Genial, pero llámame Sol, por favor, todo el mundo me llama Sol.

Le susurró con un francés casi perfecto, pero cargado de un evidente acento español, y salió detrás de Iris sin despedirse de él, y

sin dedicarle ni una sola mirada. Se quedó un poco perplejo por esa actitud tan indiferente, porque estaba acostumbrado al respeto reverencial por parte de todo el mundo, especialmente si se trataba de una nueva empleada, y se cabreó un poco, respiró hondo y sacó el móvil para llamar a Chantal.

—Hola, Chanty.

—¿Qué quieres, Étienne?, estoy trabajando.

—Tan dulce como siempre, cariño.

—Ya sabes que estoy muy liada, ¿estás bien?

—Acabo de conocer a tu chef de repostería... Son sol o algo así.

—Sonsoles, aunque la puedes llamar Sol.

—No lo sé, no es muy cercana. ¿De qué la conoces?

—Joder, tío, te lo he contado mil veces.

—¿En serio?

—La conocí en Lucerna, cuando hice el máster de pastelería y chocolate en la Academia de Artes Culinarias Suiza.

—Claro, esa chica...

—También la viste en mi boda, aunque no sé si te acuerdas de mi boda, porque teníais un cachondeo que no era normal.

—Ya, qué tiempos aquellos —Sonrió recordando la bacanal que había montado con Jean-Jacques y las damas de honor, y Chantal bufó.

—Es buenísima, es la puta ama con el chocolate. Le Pré Catelan también intentó llevársela, pero al final tú pagabas mejor. ¿Recuerdas?

—Vale, sí, lo siento, es que me he confundido un poco. Estoy agotado.

—¿Por qué dices que no es muy cercana?, ¿ha pasado algo?

—No, no sé, no hemos cruzado más de dos frases, pero no me pareció muy simpática, eso es todo.

—¿No se ha desmayado a tus pies?

—¡No!, no es eso, es una cuestión de química profesional.

—No necesitas tener química con todos tus empleados, Étienne, solo necesitas que trabajen bien.

—Por supuesto, pero también necesito un ambiente de trabajo feliz y relajado.

—Pues serás el único chef de París que trabaja feliz y relajado. En serio, ¿hay algún problema real?, porque si no es así tengo que dejarte.

—Nada, déjalo, solo quería refrescar la memoria y comprobar si era tan amiga tuya o...

—Es muy buena amiga mía, me encanta que ahora esté viviendo en París, pero recuerda que también es una chef cojonuda. Confía en mí, contratarla ha sido un puntazo.

—Vale... está bien. ¿Tú qué tal estás?

—Yo bien, pero con un pedido estratosférico por delante.

—Si necesitas ayuda te mando a alguien.

—Gracias, cielo, pero no, de momento nos arreglamos.

—Perfecto, un beso.

—Un beso, guapo. Adiós.

Chantal, a la que conocía de toda la vida, su mejor amiga y uno de los pilares básicos de su existencia, le colgó de golpe y él se quedó unos segundos sin moverse, quieto, pensando en su nueva chef repostera, que en ese momento estaba hablando con Pierre en un rincón de la enorme cocina.

Caminó hacia ellos con la intención de reconducir su primer encuentro y se detuvo un segundo a mirar la Velouté que estaba removiendo su asistente de salsas sin mucho mimo. Le quitó la sartén para disolver la mantequilla y antes de darse cuenta tenía a Sonsoles o Sol, o como fuera aquello, a su derecha observándolo muy atenta. La miró de reojo y le hizo un gesto para que hablara.

—Buen toque, chef, una maravilla —Susurró muy pegada a él, demasiado interesada, y él frunció el ceño, soltó la sartén, se la pasó a Charly y la miró de frente.

—No tiene ningún mérito. Hola, otra vez, ¿necesitas algo?

—He hablado con Pierre sobre los nuevos postres que quiero incorporar al menú de otoño y me ha dicho que...

—La carta está cerrada, la presentamos el viernes.

—¿Quiere que haga solo lo de la carta?, me dijeron que podría hacer mis aportaciones.

—Claro, cuando lleves un tiempo aquí, de momento no conozco tu trabajo a fondo. Tal vez para la carta de primavera.

—¿La carta de primavera?

—¿Algún problema?

—No, chef, es que no estoy acostumbrada a que se dude de mi trabajo, pero por mí, perfecto, el restaurante es suyo.

—Exacto.

—El único problema es que yo soy especialista en chocolate, y de los ocho postres de su nueva carta solo dos llevan chocolate.

—Se ha decidido así.

—Usted sabrá, pero...

—Como chef de repostería y postres, creo que podrás asumir perfectamente las recetas de la nueva carta, todas, lleven o no chocolate.

—Eso por supuesto, solo intentaba innovar un poco.

—Y yo te lo agradezco.

Contestó muy seco, porque su actitud no era nada simpática, y mucho menos conciliadora, y ella le sostuvo la mirada medio segundo, le dio la espalda y desapareció sin despedirse.

Étienne, nada acostumbrado a esas faltas de cortesía, movió la cabeza y observó de reojo a su equipo, que había parado el trabajo para cotillear la charla, les hizo un gesto para que continuaran con la faena y se fue a su puesto a supervisar el servicio de cenas que, como cada día, de cada semana, desde hacía seis años, tenía las reservas completas.

## 2

—Sol no te vayas.

Olivier estiró la mano e intentó retenerla, pero ella saltó como una gacela y se encerró en el cuarto de baño, porque tenía que estar en el trabajo antes de una hora.

Se metió debajo de la ducha y abrió el potente chorro de agua caliente sintiendo como él, que era un futbolista muy famoso del París Saint-Germain, se metía con ella y la estrujaba contra su cuerpazo de anuncio.

—Bombón, tienes el mejor trasero del universo. Lo veo y me pongo duro, no te vayas así.

Antes de poder parpadear ya la había elevado con una mano mientras con la otra le tocaba los pechos. En un santiamén la tenía empotrada contra los azulejos y ella, que nunca decía que no a un buen polvo debajo del agua, no tuvo más remedio que dejarse llevar como un corderito, gimiendo y disfrutando, y poniendo de su parte para hacerlo corto y preciso, porque seguía teniendo mucha prisa.

—¿Cuánto dinero ganas en ese restaurante de lujo? —Le preguntó unos minutos después desde la cama, observando cómo se vestía a toda prisa, y ella lo miró—. Lo que sea te lo doblo.

—No seas antiguo, Olivier, eso es muy de neandertales.

—Solo quiero encerrarte en el dormitorio y tenerte desnuda para mí las veinticuatro horas del día. Follaríamos como animales.

—No lo empeores, ¿ok? Tengo que irme.

Se acercó para darle un beso, pero él la sujetó por las muñecas y le clavó los ojos oscuros.

—¿Empeorarlo?, ¿a qué te refieres?

—A que no digas chorradas.

—¿Soy un antiguo porque te quiero en un piso disponible solo para mí?

—Sí, es un pensamiento rancio, hasta misógino, así que vamos a dejarlo. Guarda eso para tu novia oficial, que seguro es de las que no se cuestiona nada.

—Pues no, le encanta que la haya retirado.

Contestó con honestidad y Sonsoles se enderezó, lo observó unos segundos con ternura y hasta con pena, porque era muy simple, tan simple que solo le valía para un polvo salvaje de vez en cuando, y se acercó para besarle la frente.

—Chao, Olivier, ya nos veremos.

—Joder, no hay quién te entienda, pero estás buenísima.

—Adiós.

Se despidió con la mano y salió de la suite del hotel a la carrera. Afortunadamente, había accedido a quedar en un hotel tres estrellas muy cerca de la Isla de San Luis, que era dónde estaba su trabajo, y eso le salvaría la vida, porque se le había hecho tardísimo y solo llevaba dos semanas en su nuevo puesto, con lo cual, no era plan retrasarse. No lo era, aunque acostarse con un dios africano de veintiocho años bien valiera la pena.

Mientras corría hacia el restaurante pensó en Olivier Abara, al que había conocido saliendo de fiesta con Chantal Durand hacía seis meses, mucho antes de mudarse a vivir a París, y se estremeció entera, porque, sin florituras, ni preliminares, ni historias sofisticadas, conseguía llevarla a disfrutar de tantos orgasmos simultáneos que se había ganado con creces un puesto en su TOP 5 de amantes destacados.

Además, estaba buenísimo.

No le extrañaba nada que su novia, una exmodelo croata preciosa, no lo soltara. Aunque sus infidelidades fueran célebres y públicas, y sus ataques de celos llenaran páginas y páginas de la prensa del corazón, ella no lo dejaba y era comprensible, porque era un portento en la cama, además de ser un tío guapo y encima rico y famoso. Era un partidazo, no para ella, por supuesto, porque buscaba bastante más en un hombre, pero sí para el resto del mundo, para quién Olivier Adara era prácticamente perfecto.

Entró en el Saint-Malo con el tiempo justo y se cruzó en la entrada de vestuarios con su segunda de abordó, Tui, una chica china estupenda que la estaba ayudando a sobrellevar con algo de lucidez sus primeras semanas en ese restaurante de moda tan pijo, y tan complicado, y se detuvo para saludarla.

—¿Qué tal todo, Tui?

—Los rumores apuntan a que finalmente abrirá para turnos de comidas, solo dos días a la semana, pero a ver qué hacemos nosotros con las horas. La gente está muy revuelta y dicen que el chef ha soltado que quién quiera largarse, podrá irse sin problemas antes de un mes, que no obligará a nadie a quedarse.

—Y tiene razón, estáis muy mal acostumbrados trabajando solo las cenas. Un restaurante normal vive de los dos turnos.

—La cuestión es que este no es un restaurante normal, Sol, esto es otra cosa y la filosofía son las cenas, como un sitio de prestigio que se precie. Si empezamos con comidas, acabaremos dando menús a oficinistas.

—Madre mía... —mover la cabeza—. Sois unos esnobs. Como decía mi abuela, lo importante es dar de comer, esa debería ser la filosofía.

—No en París, no en la Isla de San Luis, no en el restaurante de Étienne Clermont-Tonnerre, que tiene sangre azul.

Bromeó Tui y se fue arreglándose el mandil. Sonsoles se echó a reír y entró en el vestuario para cambiarse. Se recogió el pelo y sin querer su mente voló hacia el chef Étienne Clermont-Tonnerre, el dueño del Saint-Malo, y uno de los mejores amigos de Chantal, la persona responsable de que hubiese dejado las cocinas un restaurante muy *chic* de Nueva York para mudarse a vivir a París.

Étienne Clermont-Tonnerre era, efectivamente, miembro de una familia aristocrática riquísima, de esas pocas que habían sobrevivido a la Revolución Francesa y que seguían siendo dueñas de casas, fincas, castillos y grandes bodegas por toda Francia, de hecho, el Saint-Malo se llamaba así porque era la ciudad de la Bretaña donde los Clermont-Tonnerre tenían uno de sus castillos más queridos, el mismo donde Chantal había pasado sus veranos como nieta de la cocinera que era, y dónde había estrechado lazos con Étienne y con su otro gran amigo, Jean-Jaques, hijo del chófer de la familia.

Étienne, que era el único hijo nacido del matrimonio formado por Roger y Geneviève Clermont-Tonnerre, se había criado con Jean-Jacques y Chantal, compartiendo tiempo, vacaciones, vida en París y en otras partes, porque tanto su abuela como sus padres había

viajado siempre con los miembros de su servicio más cercanos, entre ellos la abuela de Chantal, que había trabajado cincuenta años en las cocinas de la familia, como con su chófer, el señor Garnier, que había trabajado veinticinco años con ellos.

Los tres habían crecido juntos y cuando Étienne y Jean-Jacques habían terminado el bachillerato habían decidido ir juntos a Le Cordon Bleu para estudiar cocina, y dos años después los había seguido Chantal, y siguieron siendo inseparables hasta que Étienne había decidido abrir su propio restaurante en París y habían empezado los problemas de verdad, le había explicado Chantal una vez sin darle muchos detalles.

Lo único que tenía claro es que Chantal seguía hablándose con sus dos amigos del alma, pero que ellos ni se miraban, ni se hablaban, ni se trataban, y eso a su amiga le dolía muchísimo, porque los adoraba a los dos por igual.

Chantal Durand era estupenda, una repostera de lujo, una chica inteligente, guapa, generosa y muy divertida. Se habían hecho amigas nada más conocerse en Lucerna haciendo un máster en pastelería y chocolate en la Academia de Artes Culinarias Suiza, y desde el principio se habían hecho inseparables, tanto, que no habían dejado de verse y de tener contacto a pesar de vivir a miles de kilómetros de distancia, y ella siempre le había dicho que una chef de verdad tenía que foguearse en París y que la iba a ayudar a conseguirlo, y así había sido. No había parado hasta que le había conseguido trabajo en su ciudad, una oportunidad única para una extranjera, que había aterrizado nada menos que en el restaurante del famoso chef Étienne Clermont-Tonnerre, cuando él se había quedado sin su chef repostero al principio del verano.

Salió a la cocina para empezar el servicio y a lo lejos divisó a Étienne inclinado sobre su mesa de trabajo. Iba de negro de pies a cabeza, como siempre, guapísimo, con su metro noventa de estatura, su cuerpazo, su pelo rubio y sus ojos azules, su clase y su estilazo. Más parecía un modelo que un cocinero, un príncipe de cuento de hadas, sin embargo, sí que era cocinero y de los buenos. Era un genio, un innovador y un empresario muy respetado, aunque

también llenara páginas y páginas de revistas de sociedad con sus novias, sus fiestas, sus vacaciones o sus *looks* inmejorables.

Le hizo un buen repaso, calculando que seguramente sería un portento en la cama, aunque solo fuera gracias a la experiencia acumulada, porque era uno de los mujeriegos oficiales de Francia, y miró sus manos enormes imaginando lo que sería capaz de hacer con ellas fuera de los fogones...

—Tenemos seis suflés de chocolate y dos de lima y Matcha, chef.

Le soltó Tui cruzándose en su camino, dejando a su jefe fuera de su campo visual, y Sonsoles la miró a los ojos.

—Los han encargado con la reserva.

—Perfecto, me pongo con ellos, tú y Paul empezad con las tartas de Chantilly y vainilla, por favor, estamos con la hora justa.

—Oído, chef.

Se fue hacia la zona de postres y volvió a mirar al chef Clermont-Tonnerre, que en ese momento se estaba enderezando con las manos en las caderas.

Siguió el movimiento muy atenta, preguntándose qué haría para estar tan en forma, y de repente se dio cuenta de que él la estaba mirando, así que levantó la cabeza, lo saludó y luego le dio la espalda para enfrascarse en su trabajo.

# 3

Leyó la crítica de ese tío que hablaba de comida y restaurantes en una página web, y frunció un poco el ceño, porque después de poner la nueva carta del Saint-Malo por las nubes, diciendo que era exquisita, elegante y deliciosa (o sea nada original) apuntaba que era carísima y accesible solo a una élite, con lo cual se negaba a recomendarla.

Una mierda, vamos, masculló dejando el teléfono sobre la mesa, negándose a seguir leyendo reseñas sobre su restaurante por parte de esos “*influencers*” que no habían comido bien en su vida.

Por supuesto que su carta era muy cara, se pagaba por un estilo de vida, por una experiencia sensorial, no solo por unos platos hechos con los mejores productos y por las mejores manos... pero qué sabrían ellos, que ni siquiera tenían categoría para escribir en periódicos o revistas especializadas. Si la hubiesen tenido, concluyó, sabrían que para menús modestos e incluso comedores sociales contaba con su fundación, que se dedicaba a eso, a dar de comer bien a personas de todos los ámbitos sociales, recursos u orígenes. Una fundación que se financiaba, precisamente, gracias a los precios elitistas del Saint-Malo.

—Étienne...

—Papá.

Se levantó de la mesa para saludar a su padre, que lo había citado urgentemente en Londres, en un salón de su elegante club de caballeros para mantener una especie de reunión secreta, y le dio un abrazo antes de mirarlo a los ojos.

—¿Qué tal estás?, me tienes muy intrigado.

—Lo sé, hijo, pero es que no quería decirte nada por teléfono. Siéntate, estás estupendo, como siempre. ¿Qué tal el restaurante?, ¿qué tal el tren? ¿Has venido en tren o en avión?

—En el Eurostar y me vuelvo a París dentro de dos horas.

—Vaya, pensé que te quedarías a cenar con tu viejo.

—Ya veremos, ¿cómo estás?, ¿qué tal Victoria?

—Bien, ella bien, con sus cosas —Hizo un gesto con la mano para acentuar que su tercera mujer era una criatura de otro planeta, y forzó una sonrisa—. Ya sabes.

—Lo sé. Bien, ¿qué está pasando?, ¿por qué me has hecho venir a Londres en mi único día libre?

—Bueno... ¿quieres un café?, aquí el café turco es estupendo.

—No, gracias, no me apetece, me he pedido un té.

—Estupendo... —Respiró hondo mirando al techo y Étienne empezó a preocuparse en serio.

—Papá...

—Me acaban de presentar una demanda de paternidad.

—¿Otra? —Sonrió, pero él permaneció serio.

—Otra, pero esta vez me temo que es cierta.

—¿Cómo que es cierta?

—Sé que tuve un *affair* duradero con esa mujer, la madre del chico.

—Bien, entonces supongo que evitarás el proceso judicial y le darás tu apellido de inmediato.

—Nuestro apellido, Étienne, sin contar con una parte de tu herencia.

—Por mí no te preocupes, no me...

—Sé que no te preocupa porque tu madre es rica, pero el caso es que... es que tu madre es el principal problema.

—¿Mi madre?, ¿por qué?

—Porque el chico en cuestión tiene treinta años, nació cuando aún estaba casado con Geneviève, lo que viene a probar, obviamente, sus constantes acusaciones de infidelidad contra mí.

—Tarde o temprano iba a pasar —se echó a reír y Roger Clermont-Tonnerre, el playboy francés más famoso de la década de los setenta, lo miró entornando los ojos.

—No lo sabes, ¿verdad?

—¿El qué?

—Tú madre y yo teníamos un acuerdo prenupcial blindado.

—Lo sé, pero lleváis veinte años divorciados, ¿cuál es el problema?

—Ella firmó el divorcio sin poder probar mis infidelidades, que era lo único que sancionaba el acuerdo. Es decir, si uno de los dos era infiel, el divorcio sería instantáneo y las particiones no serían equitativas, o sea, ella se quedaría con todo, o más o menos con todo, sin embargo, al no poder probarlas repartimos a partes iguales y yo me quedé con una jugosa porción de su preciado patrimonio, además de dinero y acciones y otras cosas que no vienen al caso.

—¿Y?

—Que según mis abogados esa cláusula relativa a la infidelidad tiene efecto retroactivo.

—¿Disculpa?

—Sí, Étienne, soy tan idiota y estaba tan enamorado que firmé sin leer, y resulta que existe una cláusula que impuso mi exsuegro sobre el dichoso “efecto retroactivo”. El viejo nunca confió en mí y estaba seguro de que acabaría cagándola, como así fue, así que ahora ella, acogiénndose a esa cláusula, podría impugnar el reparto del divorcio y obligarme a devolvérselo todo.

—¿En serio?

—Tu abuelo era un cabrón, pero solo intentaba proteger a su hija, no se lo voy a reprochar, aunque ahora a mí pueda destrozarme.

—Ok, hipotéticamente hablando, si ese chico prueba que es tu hijo, mamá prueba con eso que le fuiste infiel y le da por tirar de un acuerdo prenupcial de hace casi cuarenta años, ¿tú tendrías que devolver lo que te llevaste con el divorcio?

—Exacto.

—Vale, causa-efecto, siempre me lo has dicho: si la fastidias asume tu responsabilidad, Étienne. Me lo has repetido cientos de veces, ahora te toca llevarlo a la práctica.

—No es tan sencillo, hijo mío, porque estamos hablando de cientos de miles de euros, más propiedades por toda Europa. Propiedades, por cierto, cuya inmensa mayoría he vendido. No tengo tanto dinero para hacer frente a una demanda de tu madre, no tendría como solventarla y me llevaría a la ruina total.

—Joder...

Se apoyó en el respaldo de la silla y observó a su alrededor a esa panda de caballeros con traje y copa de whisky en la mano, que

seguían viviendo dentro de su club como en el siglo XIX, y sacudió la cabeza antes de volver a mirar a su padre a los ojos.

—Yo te ayudaré en lo que pueda, papá, lo sabes. Tengo mi dinero y el fondo fiduciario de los De la Roche, nunca lo he tocado, y allí hay millones.

—Te lo agradezco, Étienne, de corazón, pero no pienso usar tu patrimonio para pagar un error mío de hace treinta años. Te lo he contado porque quiero que sepas lo que está pasando y lo que pensamos hacer mis abogados y yo, porque no pienso tirar la toalla tan pronto.

—¿A qué te refieres?

—Por supuesto, me negaré a hacer las pruebas de paternidad, alargaremos el proceso al máximo, eso puede llevar de dos a cuatro años, y mientras tanto intentaré llegar a un acuerdo económico y privado con el solicitante.

—Si sabes que es tu hijo, creo que no deberías alargar la agonía, pero allá tú, has lo que quieras.

—Ya hemos presentado una primera negativa para hacer las pruebas de paternidad, pero mi bufete de abogados me ha advertido que igual iban a por ti.

—¿A por mí?, ¿por qué?

—Se están dando muchos casos de este tipo, cuando el supuesto padre se niega a hacer las pruebas, se presenta una demanda para solicitar un *test* de ADN con un hermano o un familiar directo. Tus hermanas son menores de edad y viven en Australia con su madre, eso te convierte en el único candidato viable. No es seguro que lo hagan, pero quería contártelo personalmente.

—*Mon Dieu!* —exclamó empezando a incomodarse—. Y me estás sugiriendo que también me niegue, ¿es eso?

—Me temo que sí.

—Papá, yo...

—Sé que es una putada y un imprevisto absurdo, pero estoy en este punto sin retorno y necesito tu apoyo, Étienne, tienes treinta y seis años, eres un adulto, y sé que puedo apelar a tu comprensión.

—¿Y qué pasa con tu hijo biológico?

—Lo compensaré económicamente, pero no le daré el apellido. Tenemos una cita dentro de un mes con sus abogados de Miami.

—¿Vive en Miami?

—Al parecer sí, su madre, que murió el año pasado, era estadounidense y que yo sepa era de Connecticut, pero este chaval vive en Miami.

—¿Connecticut como Brandy? ¿mi *Au Pair*? —vio como palidecía y se quiso morir— ¿Te acostabas con mi niñera americana de dieciocho años?

—No fue solo sexo, Étienne, fue una relación muy larga. Se marchó después de vivir cuatro años con nosotros y nunca más la volví a ver, pero fue muy importante para mí.

—Si fue tan importante para ti, entonces deberías reconocer a su hijo, ocuparte de él y apechugar con todo lo demás.

—Es muy complicado, hijo, yo...

—¿Sabes qué?, conociendo a mamá, igual ni sabe que tiene una cláusula retroactiva de infidelidad en su acuerdo prenupcial que firmó hace cuarenta años. Los dos os habéis casado dos veces más, han pasado muchas cosas y muchas personas por vuestras vidas, seguro que ni le importa, ni le afecta lo que pasó con Brandy. En resumen: yo no me preocuparía tanto y actuaría bien con ese chico.

—Étienne... si sabe que me acostaba con la niñera me va a destrozar.

—Y con razón.

—Oye...

—Tengo que irme. Si me voy ahora podré coger el tren a tiempo para llegar a dormir a mi cama.

—¡Étienne!

Se levantó y lo siguió hacia la salida del club y cuando llegaron a la puerta principal lo sujetó por el codo.

—Hijo, no te marches así, no te enfades. He cometido errores, lo sé, pero era joven y...

—No me cabreo porque tengas un hijo fuera del matrimonio, eso me da igual, lo que me cabrea es que ahora quieras escaquearte conscientemente del asunto por miedo a que mamá te reclame

dinero. Los dos tenéis dinero y propiedades de sobra, no sé cómo puede preocuparte eso habiendo un ser humano de por medio, el hijo de alguien que conocemos y que encima dices que te importaba.

—No tengo tanto dinero como parece.

—Es igual, vende, liquida y baja tus expectativas financieras, aunque te quedaras con un cuarto de tu patrimonio, Victoria y tú seguiríais viviendo como marajás. Se trata de tu hijo, papá. Madura de una vez.

Salió de prisa a Park Lane, levantó la mano, detuvo un taxi y se subió pidiendo que lo llevara directo a la estación de Waterloo, porque de repente estaba tan enfadado que no pensaba mostrarse conciliador y agradable con su padre, al que le venía perdonando todas sus gilipolleces desde que tenía uso de razón.

Desde bien pequeño había tenido que convivir con las excentricidades de sus padres, dos seres maravillosos y muy cariñosos que, sin embargo, solo eran un par de niños de papá consentidos y caprichosos, inmaduros, que nunca habían hecho las cosas como los demás. Tal vez por eso había madurado tan pronto, y tal vez por eso también ellos, los dos, tiraban de él al primer problema o contratiempo.

Ambos se habían casado jóvenes y lo habían tenido a él después de unos años de matrimonio feliz y desenfadado. Tras su nacimiento habían empezado a vivir cada uno a su aire, su padre a tirarse a todo lo que se meneaba, y su madre a viajar, a flirtear también con otros, y a vivir la vida loca, mientras lo dejaban a cargo de niñeras y *Au pairs* como Brandy, a la que recordaba perfectamente, porque tenía un montón de fotos de su infancia con ella.

Madre mía, pensó, llegando al tren justo a tiempo para subir y desplomarse en su butaca de primera clase cerrando los ojos.

No quería darle muchas vueltas al tema, pero era imposible no recordar a Brandy, esa estadounidense rubia y angelical, una cría, que seguramente su padre había seducido con dos palabritas cariñosas y algún que otro regalo de los suyos. Seguro que ella había sucumbido a la primera y seguro que se había marchado de vuelta a los Estados Unidos cuando ya estaba embarazada, por lo

tanto, y visto lo visto, lo más probable es que hubiese criado a su hijo ella sola, o al menos sin ninguna ayuda por parte del padre biológico, que había continuado con su existencia de ensueño por Europa sin el más mínimo cargo de conciencia.

Una vergüenza, vamos, y decidió sobre la marcha que si algún juez lo llamaba para solicitarle una prueba de ADN la haría. No pensaba llamar a nadie ni remover las cosas, tampoco le apetecía perjudicar a su padre de esa forma, pero si se lo pedían lo haría y después intentaría solventar los problemas que acarrearía todo aquello, como la posible ejecución de la cláusula retroactiva, del dichoso prenupcial, del que estaba convencido que su madre, que no se sabía ni su número de DNI, no tenía ni la más mínima idea.

—Étienne, mi amor, no me lo puedo creer.

—Serena...

Susurró, levantándose para saludar a esa mujer preciosa, Serena Stanhope, una amiga a la que hacía muchísimo tiempo que no veía, y ella se le acercó y lo envolvió con sus brazos tatuados impregnándolo de inmediato con su perfume hindú inconfundible.

—Joder, qué cachonda me he puesto al verte. ¿Qué haces en el Eurostar?

—Vengo de una reunión en Londres, ¿tú?

—Voy a París a un desfile de Chanel. Me he colado en primera, estoy en turista, pero ya que te he visto: ¿quieres follar?

# 4

Cuando llevabas casi dos meses en un puesto de trabajo empezabas a enterarte de muchas cosas, de muchos cotilleos, como el que le habían contado sobre el chef Clermont-Tonnerre y su célebre vida sexual. El tipo al parecer era un portento y las tenía a pares, o de cuatro en cuatro según la temporada, era un poco fetichista y le molaban los juegos eróticos con comida, especialmente con chocolate, le había jurado Tui, que también le había contado que tenía un picadero, un piso solo para sus aventuras, en el mismo edificio del restaurante, aunque también era muy aficionado a ir a hoteles de lujo con sus novias de lujo, casi todas ellas bellezas oficiales del famoseo internacional.

Que le gustaran los juegos eróticos con chocolate le había provocado casi un orgasmo, porque a ella también le iban mucho, e imaginárselo a él, que era tan sexy, en una cama cubierto de chocolate, la había puesto a mil e incluso había fantaseado un rato con lo que le haría o le dejaría de hacer antes de comérselo enterito y con mucha paciencia.

—Sol...

—Sí...

Saltó al escucharlo pegado a su espalda y se giró hacia él con cara de inocente, aunque en su cabeza aún lo tenía desnudo y a punto de caramelo dentro de un jacuzzi repleto de chocolate.

—Dígame, chef.

—Todo el mundo habla de tus Eclairs, ¿podríamos probarlos?

—Claro, he hecho unos pocos esta mañana.

—Iris dice que vienes a trabajar casi todos los días por la mañana.

—Sí, en mi piso no tengo una cocina en condiciones y me gusta... —Sacó los Eclairs de la nevera y se giró hacia él frunciendo el ceño— ¿Supone algún problema?, no he pedido la autorización de nadie, pero creía que podría utilizar la cocina...

—Por supuesto, tranquila, puedes venir a trabajar o a probar recetas siempre que quieras. No hay problema.

Se inclinó un poco para mirar los Eclairs de cerca y ella se pudo deleitar, como siempre que lo tenía a tiro, en su pelo perfecto y en sus pestañas largas, en su perfume carísimo, hasta que él estiró la mano, cogió un pastelillo de la bandeja y se lo metió entero en la boca.

—*Mon Dieu!* Delicioso, increíblemente delicioso. Enhorabuena.

—En mi antiguo restaurante era el postre estrella.

—Y no me extraña, es delicado e intenso, perfecto. ¿Puedo llevármelos todos?

—Claro.

—Muchas gracias, chef Monzón.

Le guiñó un ojo, giró y se largó tal como había llegado, en completo silencio. Ella lo observó unos segundos y luego se sacó el mandil mirando la hora, porque había quedado con Chantal a comer en un restaurante de Montmartre que llevaba semanas intentando que conociera.

Entró en el vestuario, se cambió de camiseta y salió otra vez a la cocina donde se topó con Tui, que había llegado temprano para ver un rato a su chico, un chaval de mantenimiento que la tenía completamente embobada.

—Me voy, Tui, nos vemos dentro de tres horas.

—¿Sabes lo que está haciendo el jefe con tus Eclairs?

—Espero que comérselos.

—Sí, pero no solo eso.

La arrastró hacia una de las puertas que daba al salón del comedor principal y le señaló la mesa junto a la ventana donde estaba Étienne comiéndose los dulces a medias con una chica rubia muy guapa. Se los estaban metiendo en la boca como los niños, uno a la otra, y la otra al uno, muy pegados, y al deslizar los ojos por el cuerpazo de la chica, descubrió que una mano de ella estaba dentro de sus pantalones.

—Qué disfruten, que para eso los preparo.

—A saber dónde acaban dentro de un rato.

—¡Tui!, no seas cotilla. Me voy, hasta luego.

Le dio un beso en la mejilla y salió con prisas camino del metro, porque no pensaba gastarse dinero en los taxis de esa ciudad que parecía estar diseñada para ricos.

Desde bien joven trabajaba y tenía sus ahorrillos, ganaba un buen sueldo, pero vivir en Nueva York o en París era la ruina, y aún no conseguía acostumbrarse a pagar casi dos mil euros por una buhardilla de treinta metros cerca del restaurante, lo que la estaba animando a buscar piso en otra zona o incluso algo compartido, aunque esta última opción la horrorizaba especialmente, porque a los treinta y dos años ya no le apetecía nada renunciar a su intimidad.

Llegó al metro, se fue directo a Montmartre y subió en el pequeño ascensor hasta la Basílica del Sacré Cœur, porque Chantal le había dicho que el restaurante estaba en esa zona tan turística, pero un poco apartado del ruido, en un edificio vetusto y medio abandonado que le iba a encantar.

Caminó mirando las tiendecitas y los puestos de los pintores hasta que llegó al final de la calle principal y de pronto vio el edificio pintado con estuco blanco, con los marcos de las ventanas en azul claro, muy bonito y con un aire muy mediterráneo. Se acercó a la puerta principal y al entrar la recibió un ambiente espectacular, acogedor y muy cálido, como el de una casa particular en la Provenza, donde los muebles antiguos y los cuadros art déco lo llenaban todo de luminosidad.

—Buenas tardes, creo que me están esperando —Le dijo a la recepcionista, que era una señora de mediana edad muy guapa, y ella le sonrió indicándole el comedor.

—¿Eres Sol? Chantal te está esperando, adelante.

—Muchas gracias.

Recorrió un pasillo lleno de espejos antiguos, entró en el comedor principal y en seguida localizo a su amiga, que caminó hacia ella con los brazos abiertos.

—¡Sol!, qué alegría verte. ¿Te ha costado mucho llegar?

—No, no ha sido tan difícil. Esto es precioso —Giró mirando a los clientes y a los camareros trabajando, y Chantal la abrazó por la

cintura para llevársela a una mesa que estaba pegada a un balcón muy coqueto.

—Es una monada, a mí me encanta, y a los parisinos también, tiene tres estrellas Michelin, ¿sabes?

—¿En serio? Vaya, pues no me extraña, es muy complicado conseguir un ambiente semejante. Si se come tan bien como se ve, será una maravilla.

—Lo es. Siéntate, ¿me dejarás pedir por ti?

—Claro, soy materia dispuesta y tengo mucha hambre.

—Genial, espera, voy a llevar la comanda yo misma porque a estas horas tienen mucho lío.

Sonsoles asintió y se sentó observando el paisaje inmejorable que se veía desde aquel balconcito, dejó su bolso y esperó con calma a que su amiga regresara con una botella de vino y dos copas.

—¿Conoces a los dueños, Chantal?

—Claro, luego te lo presentaré. ¿Qué tal te va?, apenas se te ve el pelo últimamente.

—Estoy bien, pero muy liada, ya sabes cómo es el Saint-Malo, es muy exigente y además me he inscrito en ese cursillo del que te hablé, el de cremas dulces en Le Cordon Bleu.

—Vaya, qué envidia, no tengo tiempo para eso, ya me contarás.

—Claro, acabo de empezar, pero es muy interesante. Te pasaré los apuntes.

—¿Todo bien con Étienne?

—Sí, o creo que sí, apenas lo veo, en el restaurante trabajamos en compartimentos estancos y podemos pasar días sin cruzarnos. ¿Te ha dicho algo?

—No, tampoco hemos hablado mucho de trabajo, tiene un lío con su padre, que es un hombre adorable pero muy locatis, que lo tiene preocupado.

—¿Algo serio?

—No, bueno, sí, pero no tiene nada que ver con Étienne, es un lío de los suyos que al final siempre salpican al hijo, pero ya le he dicho que no se meta demasiado. No te imaginas la familia que tiene el pobre —puso los ojos en blanco y luego sonrió al camarero

que no había tardado ni diez minutos en traer la comanda—. Gracias, Omar.

Agradeció el impresionante menú degustación que les puso sobre la mesa y Sonsoles se concentró en probarlo todo, porque parecían unas verdaderas obras de arte.

—Madre mía, está buenísimo.

—Sí, es la bomba.

—¿Étienne no tiene hermanos? —Preguntó y Chantal movió la cabeza.

—Tiene hermanastras, dos por parte de padre, de su segundo matrimonio, pero no viven en Francia, viven en Australia y deben tener quince y diecisiete años más o menos.

—Como las mías.

—Sí, en realidad, tenéis muchas cosas en común.

—Lo dudo mucho, no lo conozco apenas, pero me parece como de otro planeta.

—¿Por qué?

—¿Por qué?, porque su familia es rica, es conocido y famoso por su restaurante, vive de lujo en esta ciudad de lujo, es un tipo afortunado que liga muchísimo con mujeres de bandera, es...

—Al final es un ser humano como todos —la interrumpió— y te aseguro que es mejor que la media. Es listo y trabajador, educadísimo, cariñoso y tremendamente generoso. Igual que tú.

—Muchas gracias, pero no creo que compartamos nada más allá del amor por la cocina, y el chocolate.

—¿El chocolate?, ¿ya te han contado la leyenda urbana? —Se echó a reír a carcajadas y Sonsoles con ella.

—Bueno, en el restaurante corren rumores.

—Seguro que todos son ciertos.

—No lo sé, pero ¿a quién no le gusta jugar un poco con el chocolate?

—Exacto —la miró de reojo— ¿O sea qué te cae bien?, Étienne, digo.

—Me estás preocupando, ¿se ha quejado de mí?

—Al principio me dijo que eras un poco distante, pero nunca más volvió a mencionarlo.

—¿En serio?, ¿distante?. Solo soy respetuosa, es mi jefe y una estrella en nuestro gremio, solo intento mantener las formas.

—Ya, es que ahí dónde lo ves es un tío muy cercano, afectuoso, que está acostumbrado a gustar a todo el mundo, normalmente es él el que pone las barreras y toma distancia, y no al revés.

—Vaya, espero no haber sido demasiado borde.

—No te preocupes, seguro que ya no lo ve así, porque no se ha vuelto a quejar.

—¿O sea que se quejó?

—Lo comentó, nada más. Olvídalo. ¿Qué tal con Olivier?, ¿lo sigues viendo?

—Poco porque no tengo mucho tiempo, pero sí, es al que más veo.

—¿Al que más ves?, ¿o sea que sigues viendo a otros?

—Por supuesto, es marca de la casa.

—Madre mía, ¿ves?, si es que eres igual que Étienne y aleluya, ojalá yo pudiera ser así.

—Puedes serlo cuando quieras, si te los llevas de calle, Chantal Durand —Le guiñó un ojo y ella sonrió— ¿Qué tal con el tío italiano del cumpleaños de René?

—Bah, qué pereza, en serio, no me apetece nada salir con gente, no me acaba de gustar nadie.

—¿Ha reaparecido Harry?

—¡No!, ¿por qué lo dices?

—Chantal, cielo, porque cada vez que te da pereza salir con alguien es porque Harry ha reaparecido y te ha cambiado los muebles de sitio, y no pasa nada, en serio, es tu exmarido, yo no te juzgo, solo estoy preguntando.

La miró a los ojos y ella la observó empezando a ponerse nerviosa, así que estiró la mano, le acarició la suya y le sonrió, porque no pretendía incomodarla, y antes de volver a probar su copa de vino, la voz profunda de un hombre las interrumpió.

—Espero que probéis los postres y me deis vuestra opinión, chefs.

—Eso por descontado, cariño. Ven, acércate, saluda a mi amiga Sonsoles, aunque la puedes llamar Sol. Coincidisteis en mi boda,

pero no sé si la recuerdas.

—Claro que la recuerdo. Hola, Sol, encantado de verte otra vez.

Le dijo ese tío moreno, alto, guapísimo, dueño de unos ojos negros impresionantes, estirando la mano para saludarla. Ella tragó saliva intentando no parecer muy afectada por su pinta de actor de cine y le sonrió sin poder dejar de mirarlo.

—Hola, Jean-Jacques —susurró y él le guiñó un ojo—. No sabía que el restaurante fuera tuyo, Chantal no me había dicho nada.

—Quería que fuera una sorpresa. Siéntate un segundo JJ y tómate un vino con nosotras.

—Claro, pero solo un segundo.

Se desplomó a su lado y Sonsoles admiró de cerca sus bíceps perfectos, su piel tostada y su actitud más de deportista de élite que de chef tres estrellas Michelin, y le sonrió moviendo las manos.

—El restaurante es precioso y la comida insuperable, Jean-Jacques. Me ha encantado. Enhorabuena.

—Me alegra que te guste mi casa, trabajamos muy duro para mantener los estándares que nos propusimos al principio.

—Todo está perfecto.

—Muchas gracias. Omar, por favor, que vayan preparando una tabla de postres variados para las señoritas, que son chefs reposteras —Le dijo al camarero y luego la observó con atención— ¿Qué tal te encuentras en París, Sol? No suele ser una ciudad muy amable.

—Lo que es, es una ciudad carísima, salvo eso, estoy muy a gusto. Me encanta mi trabajo y estar cerca de Chantal es...

—Estar cerca de ella siempre es un regalo —Deslizó la mano y cogió la de su amiga—, pero trabajar en el Saint-Malo no sé si es tan buena idea.

—Jean-Jacques no empieces —Lo regañó Chantal y él bufó.

—Ella aplica la censura como le da la gana, ¿sabes?, todo sea por no atacar a su amiguito del alma.

—No seas celoso, os quiero a los dos por igual, es absurdo...

—Vale, vale, no te enfades.

—Joder, es que me lo ponéis muy difícil, a ver cuándo os sentáis, habláis y me facilitáis un poco la vida.

—Eso no pasará, bombón.

—Y así me va.

—Venga, no me regañes y bajemos a tomar el postre a la cocina, ¿ok? Me gustaría enseñarle un poco el restaurante a Sol, que no ha venido para hablar de nosotros ni del capullo de tu amigo Clermont-Tonnerre.

—¡Jean-Jacques!

—¿Vienes, Sol? Venid las dos.

Sonsoles asintió muerta de la risa, porque se peleaban como niños de diez años, y los siguió viendo como él cogía a Chantal por el cuello para besarle la cabeza.

Dio unos pasos hacia la escalera que bajaba a la zona de las cocinas y de repente el teléfono le empezó a vibrar en el bolso, lo miró y al ver que se trataba de Olivier lo contestó con una sonrisa.

—Hola, guapo.

—Hola, bellísima, ¿puedes quedar esta noche?

—Trabajo, como todos los días.

—Después del trabajo, ¿a qué hora te recojo?

—Después de medianoche si todo va bien.

—Ok, ahí estaré para untarte en mantequilla y comértelo todo.

—Me parece perfecto. Adiós.

# 5

Le gustaban las mujeres en general, todo de ellas, no era de los fetichistas solo de piernas, pechos o labios carnosos, él era capaz de pillarse por cualquier rasgo insignificante: un hombro, la curva de una cadera, un tobillo, una orejita diminuta, el rizo de un cabello largo y oscuro... una sonrisa, unos ojos inteligentes... solía presumir de gusto amplio y rico en matices; pero lo de esa mujer, podía certificarlo, era un todo, y tan evidente que no solo lo estaba encandilando a él, seguramente, estaba encandilando a media cocina, y se apoyó en el borde de su mesa de trabajo para disfrutarlo.

Alguien había recordado que en las estanterías superiores de la cocina central había cacharros sin estrenar, y antes de ir a buscar escaleras y montar un sirio, Sonsoles Monzón, la nueva chef repostera, había saltado sobre la encimera y ahí estaba, bajando ollas, sartenes y tablas de quesos sin despeinarse, con su inconmensurablemente perfecto culo en todo su esplendor, porque llevaba unos pantalones negros de talle bajo, anchos, de esos de viscosa tan cómodos que se pegaban de forma deliciosa a sus curvas.

Era muy menudita, no más de un metro sesenta y cinco de estatura, pero estaba buenísima. Tenía un *derrière* espléndido y una cintura estrecha, una piel luminosa y sexy, y se empezó a excitar sin poder evitarlo, porque tenía el típico trasero respingón que te apetecía empotrar contra una mesa o contra el capó de un coche, o sobre los fogones apagados, o sobre la arena, después de arrancarle con los dientes un bikini...

—Ya está...

Anunció de pronto ella con su acento español y se giró hacia su público con las manos en las caderas, dejando a la vista un abdomen liso y precioso, un vientre muy sensual... un ombligo pequeñito y tan erótico que se empalmó y tuvo que darle la espalda para evitar que lo pillara en semejante tesitura.

—Genial, Sol, mil gracias. Un aplauso para la chef Monzón.

Gritó Iris y todo el mundo aplaudió la hazaña de esa chica joven y tan guapa que lo mismo te hacía unos Eclairs de lujo, que se ponía a echar una mano picando verdura en medio del caos del servicio o se metía debajo de un lavaplatos para arreglarlo.

Tal como le había advertido Chantal, era un portento, amaba su trabajo y no tenía miedo a la faena dura y complicada de un restaurante como el suyo. Era muy eficiente, y ahora acababa de convertirse también en una fantasía erótica, porque dudaba mucho que pudiera olvidarse de su imagen allí arriba, con ese trasero tan follable a solo unos metros de su alcance.

—Nos hemos ahorrado una pasta —Le dijo Iris poniéndose a su lado y él la miró de reojo—. Pierre había hecho una lista con un montón de utensilios para comprar que me mí me sonaba que ya teníamos, y mira, sí que los teníamos.

—Me alegro.

—Lo que pasa es que aquí nadie mueve el culo por iniciativa propia, menos mal que a Sol no le importa colaborar y ensuciarse las manos. Llevaba semanas pidiendo que alguien revisara los armarios superiores y no ha sido hasta hoy, cuando se lo he comentado a ella, que se ha hecho.

—Estupendo.

—Es la única que no se queja de hacer cosas que no son exclusivas de su sección, eso es muy de agradecer y deberíamos tenerlo en cuenta, chef.

—¿A qué te refieres?

—A que hay que cuidarla y procurar que se quede con nosotros.

—¿Ha hablado de irse?

—No, pero sé cómo está el mercado de chef reposteros en esta ciudad y ya se ha corrido la voz sobre su trabajo.

—¿Qué quieres que haga?, ¿subirle el sueldo?

—Aún no, pero podrías contemplar la posibilidad de incluir alguno de sus postres en la carta, seguro que sería un incentivo muy interesante.

—Yo...

—Podemos ofrecer sus maravillosos Eclairs con el café, seguro que sería un éxito. ¿Lo pensarás?

—De acuerdo, inclúyelos.

—Genial, hablaré con Sonny para que se lo diga a los camareros. Voy a contárselo a Sol.

Lo dejó a su aire trabajando y él se concentró en su dorada al horno hasta que alguien dio un grito y lo sacó de golpe de su ensimismamiento. Se giró hacia el *office* y vio a Justin, el encargado de ensaladas, sangrando copiosamente sobre una de las tablas de cortar, soltó su cuchillo y corrió para atenderlo.

—¡Me cago en la puta, Sarah!, ¿qué has hecho? —Chillaba histérico.

—¿Qué ha pasado? —Se acercó y en seguida vio que tenía el índice derecho cercenado casi hasta el hueso, levantó la cabeza y buscó a Iris con los ojos—. Llama una ambulancia y que alguien traiga paños limpios. ¡Vamos!

—¡Putita loca!, lo has hecho a propósito.

—Ha sido un accidente, chef, se lo juro, ha sido un accidente.

—Ha tirado un puto cuchillo al aire, ¡podría haber matado a alguien!, ¡puta loca!

—Vale, ¡silencio los dos! Siéntate, Justin y que alguien atienda a Sarah. ¡Iris, la ambulancia!

Sentó a Justin en una banqueta y le envolvió el dedo con varias toallas limpias, aunque era imposible detener la hemorragia, miró a su derecha y vio que Sarah, que era una de las pinches más nuevas, estaba con un ataque de ansiedad y de cuclillas en el suelo atendida por varias compañeras, respiró hondo y vio aparecer a Sol en su campo visual.

—Estamos en pleno servicio, ponlos a trabajar, por favor.

—Oído, chef.

Contestó ella y se puso a dar órdenes con autoridad y una calma pasmosa mientras Iris y él levantaban a Justin para sacarlo de la cocina.

Antes de que llegara la ambulancia la chef Monzón ya tenía a todo el mundo trabajando, y ella misma se había puesto a la cabeza de las ensaladas para sacar las comandas a buen ritmo, incluso,

cuando él volvió corriendo para cambiarse el mono manchado de sangre, la pudo ver acabando sus platos de dorada con mucho mimo y mucha disposición, cubriéndolo sin pestañear y sin una sola palabra de protesta.

Demasiado bueno para ser cierto.

—¿Una copa de cava?

Le preguntó tres horas después, cuándo ya habían acabado el servicio. Estaba solo en la cocina y ella pasó por delante de su mesa vestida de calle y soltándose el pelo largo y castaño, y se detuvo para mirarlo con cara de sorpresa.

—¿Cava?

—Tengo un amigo en Villafranca del Panadés y me ha mandado una caja estupenda.

—Bueno, yo... —Miró hacia la salida un poco indecisa y él respiró hondo.

—Me gustaría agradecer el cable que me has echado hoy.

—Ningún cable, somos un equipo. ¿Qué se sabe de Justin?

—Gracias a Dios está perfectamente, lo han intervenido, pero mañana se va a su casa.

—Me alegra saberlo.

—No todo el mundo reacciona tan bien en medio de una crisis, así que gracias —Insistió, levantó su copa de cava y ella se le acercó.

—Ok, voy a tomarme esa copita, pero antes voy a buscar algo que le vendrá de perlas.

Se dio media vuelta y desapareció camino de su sección, él la siguió con los ojos y no se movió hasta que la vio volver con un túper de cristal.

—¿Le apetece un bombón?

—¿Los has hecho tú?

—Sí, los hago con el chocolate que sobra de los suflés.

Destapó el recipiente y dejó a la vista media docena de bombones preciosos, artesanales y relucientes. Eran como pequeñas obras de arte y sonrió como un niño pequeño antes de estirar la mano y coger uno.

—¡Santa madre de Dios! —Exclamó, metiéndoselo entero en la boca—. Delicioso.

—¿Le gusta, chef?

—Étienne, fuera del servicio y haciendo estos bombones insuperables puedes llamarme Étienne.

—Muy bien.

Sonrió, iluminando toda la cocina a esas horas de la noche en penumbras, y él se quedó durante un segundo fuera de juego, sin poder moverse, solo mirándola, hasta que ella volvió a hablar dejando el túper con los bombones a su alcance.

—Y gracias por incluir los Eclairs en la carta, es una oportunidad muy importante para mí.

—La oportunidad es para nosotros, porque son exquisitos.

—Gracias.

—¿Estás a gusto en el Saint-Malo, Sol?

—La verdad es que sí, mucho.

—Sé que el trabajo es duro, pero...

—No me asusta el trabajo duro, al contrario, me encanta el ritmo de los servicios en un restaurante de esta categoría y, además, todo el equipo de aquí es de primera.

—Me alegra oír eso y si tienes algún problema, sugerencia o lo que sea, puedes hablarlo siempre conmigo o con Iris, lo sabes ¿no?

—Lo sé, muchas gracias —de repente sacó el móvil y lo miró—. Vaya, tengo que irme, pero muchas gracias por el cava, está riquísimo.

—Gracias a ti por todo.

Le sonrió y la vio marcharse, pero no se pudo resistir y se levantó como hipnotizado para seguirla en silencio a la parte trasera del edificio, donde había un callejón que cruzaba ambas manzanas y dónde solían aparcar los coches.

Llegó allí con el único propósito de no perderla de vista y lo que se encontró lo hizo detenerse en seco, porque había un Hummer último modelo, y un tío negro y alto apoyado contra una de las puertas esperándola.

El hombre se movió para recibirla con los brazos abiertos y cuando lo tuvo más a la luz pudo comprobar que se trataba nada

menos que de Olivier Abara, el delantero centro del París Saint-Germain, su equipo de fútbol favorito. Ídolo de millones de hinchas del PSG y de la selección francesa de fútbol.

Parpadeó para fijar mejor la vista y ya no tuvo dudas, era él, algo desconcertante porque lo conocía bien y sabía que no solo tenía una prometida muy famosa, sino que, además, era uno de los mejores clientes de Natasha.

## 6

Se apeó en la estación de metro de Belleville, el barrio donde vivía Chantal, que era una zona muy pintoresca ubicada al Nordeste de París, y famosa principalmente por su gran barrio chino y por su parque, dueño de unas colinas que gozaban de unas vistas privilegiadas del centro de la capital, y buscó un taxi que la llevara al chalé de su amiga, que estaba un poco apartado del metro.

Por supuesto, aquello no era el lujo, ni los distritos donde estaba acostumbrada a moverse, pero le gustó llegar allí y ver a gente más normal, gente de clase media con sus niños y sus perros y su vida de personas normales, sus restaurantes chinos y sus cafés abiertos y repletos de actividad, y se planteó por primera vez desde que había aterrizado en Francia si no sería Belleville una opción buena y más barata para sobrevivir en París, aunque aquello le supusiera invertir en un coche o en una moto, porque sus horarios nocturnos no eran demasiado compatibles con el transporte público.

Se subió a un taxi disfrutando del paisaje y dejando pendiente estudiar aquello de Belleville como posible residencia, y en seguida llegó a la casita de su amiga, que estaba en las afueras del barrio, cerca del famoso parque, y rodeada por un jardín muy bonito.

El sitio era muy agradable y tocó el timbre recordando que la casa era propiedad de la abuela de Chantal, que se la había dejado después de su divorcio, cuando de la noche a la mañana lo había perdido casi todo, pero no quiso pensar en esos malos momentos y se arregló el vestido decidiendo disfrutar de la noche y de la fiesta que había organizado su amiga para celebrar su treinta y cuatro cumpleaños.

—¡Hola!

La saludó Chantal abriéndole la puerta y ella la abrazó y le dio el regalo antes de mirarla de arriba abajo.

—¡Qué guapa, cumpleañera!, felicidades.

—Tú sí que estás guapa. Pasa, pasa. ¿Te ha costado mucho llegar? Luego pensé que debí combinar con alguien para que te

trajera de París.

—No te preocupes, he venido en metro y ahí he cogido un taxi.

—Vale, pero a la vuelta te enchufo con alguien o duermes aquí, que estamos muy lejos de tu piso.

—No te preocupes, ¿qué tal estás?

—No lo sé —bufó, la agarró de un brazo y se la llevó a la cocina —. Ha venido Jean-Jacques y en seguida llegará Étienne, ninguno me había confirmado que vendría y ahora aparecen los dos en la misma fiesta. Una bomba de relojería, Sol, te lo digo en serio.

—Pero ¿cómo...? ¿Tan serio es?

—Mucho, se ven y se muerden, aunque en realidad llevan al menos dos años sin verse.

—Un día me tendrás que explicar qué les pasa, porque no entiendo nada.

—Un problema puramente profesional que acabó tocando gravemente lo personal. Ese es el resumen.

—Vale y ¿no le has dicho a Étienne que Jean-Jacques está aquí?

—Claro, lo he llamado, se lo he contado y me ha dicho que él no tiene que esconderse de nadie y que ya estaba entrando en Belleville, que no pensaba dar marcha atrás.

—Vaya por Dios, ¿en qué te puedo ayudar?

—Procuraremos que no se crucen, esto es grande y si no quieren verse no se verán, trata de ocuparte de Étienne y yo haré el resto. ¿Te importa?

—No, claro que no me importa, pero me fastidia que te estén complicando tu fiesta de cumpleaños, si tan amigos tuyos son deberían... —Se calló al oír el timbre y Chantal le sonrió.

—Ya es tarde, voy a abrir, que sea lo que Dios quiera.

Le dio la espalda y se fue a abrir la puerta, ella miró la cocina, que estaba repleta de bandejas con comida que administraban dos camareras muy majas, las saludó y salió al pasillo para ver si era su jefe el que llegaba. Efectivamente era él, vestido de sport, con unos vaqueros que le sentaban de cine, una camisa blanca abierta hasta el tercer o cuarto botón, y un enorme ramo de rosas.

Observó cómo se acercaba muy cariñoso para abrazar a Chantal, y justo a su espalda apareció una chica casi tan alta como

él, pelirroja y espectacular, que traía una bolsa llena de regalos. Étienne las presentó, dio un paso atrás, miró a su alrededor con curiosidad y en seguida la descubrió de pie en el pasillo, sonrió de oreja a oreja y se le acercó.

—*Mon Dieu!* Qué sorpresa verte aquí, Sol.

—Hola, chef... Étienne, ¿qué tal?

—Vaya...

La miró descaradamente, de arriba abajo y de abajo arriba, sin ningún disimulo, y luego le clavó los ojos azules con una sonrisa de las suyas.

—De saber qué venías podría haberte traído.

—Bueno, yo... —balbuceó un poco intimidada por su escrutinio y por lo atractivo que se veía sin la ropa de trabajo, y Chantal la interrumpió.

—¿Cómo no iba a venir?, si es mi amiga —Lo regañó y luego les señaló la terraza—. Pasad al patio trasero, hay comida y música. Sol, ¿puedes acompañarlos?

—Claro. Hola, me llamo Sol, encantada.

Le dijo a la chica pelirroja, que como poco debía ser una Miss Francia, y ella le sonrió muy amable antes de engancharse con fuerza al brazo del chef Clermont-Tonnerre, que seguía mirándola sin ningún disimulo, tanto, que empezó a temer que el vestido le quedara fatal o que tenía algo entre los dientes.

—Vaya, una paella a las nueve de la noche...

Masculló, viendo la inmensa paella, como para unas veinte personas, reposando (por lo tanto, secándose sin que nadie la probara) encima de unas de las mesas del jardín trasero, y se acercó al bar para servirse un refresco.

Había mucha gente y no conocía a nadie, salvo a su jefe y a Jean-Jacques Garnier, que no andaba cerca, pero no tardó ni cinco minutos en entablar conversación con varias personas que se le acercaron muy amables para presentarse y ofrecerle una silla, y atenderla con muchísima cortesía, demostrando lo que había pensado siempre, que Chantal Durand era una chica muy querida y con muy buenos amigos.

—Menudo éxito, chef Monzón...

Le susurró Étienne Clermont-Tonnerre media hora después, acercándose a su oído mientras ella servía platos de paella a todo el mundo, y lo miró de reojo sonriendo.

—No la he hecho yo, no sé de quién será, pero se estaba secando y me estaba poniendo nerviosa.

—No me refiero a la paella, me refiero a los invitados.

—¿A qué te refieres?

—A que los tienes encandilados y no me extraña —Le guiñó un ojo y ella frunció el ceño.

—Qué tontería.

—Hola, Sol, ¿podría probar esa paella?

Preguntó alguien de repente y ella levantó la cabeza y se encontró de frente con Jean-Jacques Garnier extendiéndole un plato con su sonrisa de anuncio. Sin querer se puso tensa, porque no le apetecía nada estar en medio si a ese par le daba por empezar a discutir, y le sirvió un plato sin dejar de sonreír.

—No la he hecho yo, pero no está nada mal.

—La ha hecho el catering de una amiga, seguro que da el pego. Muchas gracias.

—De nada, yo...

Observó cómo le daba la espalda y se perdía entre los invitados, y miró de soslayo a Étienne, que ni se había movido, ni había abierto la boca.

—¿Quiere paella, chef?

—¿Otra vez estamos con lo de chef?

—Lo siento, es la costumbre. ¿Quieres un poco?, ¿a lo mejor tu novia...?

—Acabo de conocerla... —Señaló a la chica pelirroja con la copa de vino que tenía en la mano—. Se llama Grace, pero acabo de conocerla, es amiga de una amiga, nunca la había visto antes.

—¿Ah no?

—¿Tú has traído acompañante?

—No.

—Perfecto. Deja eso y ven conmigo.

Le quitó la cuchara de la mano, la apartó de la mesa sujetándola por la muñeca y se la llevó dentro de la casa sin hablar. Sonsoles lo

siguió en volandas, sin oponer la más mínima resistencia, sin saber muy bien por qué, y subió unas escaleras detrás de él hasta que llegaron a un ático muy destartado.

—¿Qué es esto?, ¿podemos estar aquí?

—Claro que podemos estar aquí, he venido aquí desde los seis años.

Le soltó la muñeca, se acercó a un ventanal enorme que parecía tapeado, pero lo abrió sin mucho esfuerzo, dejando a la vista un pequeño balconcito con unas vistas espectaculares hacia las luces de París.

—Todo el mundo viene a las colinas de Belleville para disfrutar de estas vistas, ¿sabes?, pero nuestra querida Milú, la abuela de Chantal, las tenía desde su propia casa. Ven, acércate.

—Vaya...

Salió al balcón, que parecía surgir del mismo techo de la casa, y se puso a su lado para admirar el espectáculo del hermoso París en todo su esplendor. Era de noche, pero se apreciaba perfectamente el contorno del centro, las millones y millones de luces, y si te esforzabas podías divisar el Sacré Cœur.

—Con unos prismáticos podríamos ver todo Montmartre, la Torre Eiffel e incluso Notre Dame. De hecho, cuando éramos pequeños, nos dedicábamos a localizar los grandes monumentos, llegamos a tener un mapa bastante completo.

—Es precioso.

—¿Te gusta París, Sol?

—¿A quién no le gusta París?

—Conozco a más de uno.

—Bueno, hay gustos para todo, pero lo normal es que fascine a todo el mundo.

—¿Tú de dónde eres?

—¿Yo?... nací en Madrid, pero he vivido fuera mucho tiempo. Me fui a hacer el último año de secundaria a los Estados Unidos, concretamente a Nueva Jersey, donde vive mi padre, luego estudié en Nueva York y finalmente vine a París para estudiar lo que realmente quería, cocina en Le Cordon Bleu. Después de eso volví a Madrid y trabajé dos años en un hotel hasta que me fui a Suiza

para seguir estudiando, allí conocí a Chantal. Acabado ese máster me contrataron en Nueva York.

—Y de vuelta a París.

—Exacto, al Saint-Malo.

Le sostuvo la mirada sin entender qué estaba pasando ahí, porque ese tío hasta hacía nada apenas le dirigía la palabra, y respiró hondo recorriendo su camisa, su pecho perfecto, su cuello, su mentón cuadrado y su boca tan sexy sin cortarse un pelo, hasta que volvió a mirarlo a los ojos y él respiró hondo.

—Desde que te vi sobre la encimera de mi cocina, sacando cacharros de las estanterías superiores, no he podido quitarme tu imagen de la cabeza.

—¿Perdona? —Se echó a reír y él con ella.

—No soy de los que pierde el tiempo y me da que tú tampoco lo eres, Sonsoles.

—No sé a qué te refieres.

—A que si no fueras una empleada de mi empresa te hubiese tirado los tejos a saco hace un par de días, y ahora estaría intentando meterte mano, pero al trabajar para mí no puedo hacerlo, porque no quiero abusar de mi posición.

Le soltó con total desparpajo, sin parpadear, y ella dio un paso atrás intentando determinar si iba en serio o le estaba gastando una broma.

—Si quieres tener un *affair* conmigo dependerá solo de ti, Sol.

—Directo al grano ¿eh?, ya me lo habían advertido.

—¿Quién?, ¿Chantal?, seguro que me ha puesto fatal, nunca quiere que me acerque a sus amigas.

—Mejor bajemos a la fiesta, le dije que le echaría una mano.

—Vaya, mala suerte.

—Y te recuerdo que has venido acompañado, tu amiga Grace tiene que estar preguntándose dónde estás.

—¿Qué edad tienes?, ¿treinta y dos? Yo tengo treinta y seis, cumplo treinta y siete dentro de nada, ¿crees que podemos perder el tiempo y retrasar lo inevitable?

—¿Lo inevitable?... —Soltó una carcajada y entró otra vez al ático—. Te lo tienes muy creído. En fin, voy a hacer como si nunca

hubiésemos mantenido esta charla, chef.

—¿Tienes novio?

—No, y no se trata de eso.

—¿De qué se trata?

—Se trata de que eres mi jefe, de que hasta hace nada ni me mirabas, ni hablabas conmigo, así que todo esto es muy raro.

—De acuerdo, lo entiendo.

—Gracias. Voy a bajar.

—Sol...

—Adiós.

Salió hacia las escaleras sintiéndose muy halagada, pero mucho más confundida porque que en circunstancias normales hubiese saltado y se lo hubiese tirado ahí mismo, ya que obviamente el chef Clermont-Tonnerre era como París, que le gustaba a todo el mundo, pero no podía actuar de otra forma, y se odió por tener que ser así, por tener que parecer mojigata o “difícil”, pero prefería parecer eso a meter la pata y liarse con el jefe, que era algo que nunca había hecho, ni pretendía hacer.

Llegó otra vez a la fiesta, donde ya estaba todo el mundo bailando, y se cruzó con Grace, la amiga de Étienne, que andaba como pollo sin cabeza mirando a la gente, se le acercó y se la llevó a una silla para sentarla y ofrecerle algo de beber.

Dos horas después, pidió un Uber y se marchó a casa, harta ya de que todos los tíos solteros de la fiesta, con unas copas de más, insistieran en llevársela a la cama.

# 7

Salió de la Isla de San Luis poniendo el cronómetro en marcha y se lanzó a correr por la orilla del río hasta el Puente del Carrousel. Era una buena distancia, pero tampoco tanto, porque esa mañana se había dormido y no disponía de demasiado tiempo.

Bajó al Sena cruzándose con otros corredores, porque a las nueve de la mañana era lo habitual, y se lanzó a correr con la intención de poner la mente en blanco y relajarse. Para eso corría, lo mismo que para eso nadaba, para olvidarse del mundo y por una o dos horas no tener a nadie en la cabeza, mucho a menos a su padre con sus líos de paternidad, a Pierre con sus proveedores, a Iris con sus interminables papeles y decisiones que tomar o a las chicas con las que salía y entraba, y a las que solo les pedía una cosa: dejadme en paz.

Sabía que a veces podía parecer egoísta, que en el fondo lo era, no lo iba a negar, o pasota o mal educado, por eso desde que conocía a alguien y empezaba a acostarse con ella se lo dejaba clarísimo: ni llamadas (menos en horas de trabajo), ni avalancha de mensajes, ni apariciones sin avisar, ni solicitud de explicaciones, ni requerimientos, ni ruegos... lo suyo era la independencia absoluta, vivía a su aire y odiaba que se impusieran dentro de su vida sin su consentimiento. Consentimiento que no solía conceder a nadie, muchísimo menos a sus amantes.

Por supuesto, cuando estaba con alguien garantizaba entrega total y momentos de máxima calidad. Cuando se veía con una mujer que le gustaba no tenía horarios, ni cortapisas, ni prejuicios, se entregaba al cien por cien y la hacía sentir como la única mujer del universo, porque disfrutaba halagando y dándose todo a sus amigas especiales, pero eso se circunscribía únicamente a sus encuentros, todo lo que quedara fuera de esos instantes de compañía, pasión o sexo, era SU TIEMPO, y en su tiempo no entraba ni Dios, salvo sus amigos del alma como Chantal o Iris, o

algunas personas de su familia, pero NADIE más, por mucho que le gustara.

De repente, pensó en la de veces que había roto con alguien porque lo había llamado más de dos veces seguidas o se había plantado en el restaurante para darle una “sorpresa”, y no le quedó más remedio que sonreír, porque habían sido muchas.

Eso era lo malo de la gente, que no escuchaba, y por más claro y explícito que fueras no te prestaban atención y entonces surgían los problemas. Luego venían las quejas y las discusiones, incluso los insultos, pero eso ya no era asunto suyo, porque nunca engañaba a nadie, ni le daba falsas esperanzas, él, desde el primer segundo era meridianamente claro y si luego la gente se confundía y empezaba a exigir cosas fuera de sus reglas, lo cortaba de cuajo, rompía y a otra cosa, mariposa. No tenía tiempo para andar perdiéndolo con personas que no sabían comprender su filosofía de vida, y muchísimo menos si empezaban a fantasear con la idea de hacerlo cambiar.

—Hola, Alain, ¿qué pasa, tío?

Respondió a su abogado sin dejar de correr y él lo saludó corriendo también.

—¿Dónde estás, Étienne?

—Corriendo por el río, ¿tú?

—Yo corriendo en la cinta del gimnasio. Escucha, me acaba de llamar uno de los socios de Moureau Dubois Abogados.

—¿Y?

—Me habla de una demanda de paternidad, ¿en qué lío te has metido, chaval?

—Yo en ninguno, es de mi padre, le ha aparecido un hijo en los Estados Unidos y se ha negado a hacer la prueba de paternidad. Me advirtió que a lo mejor me la requerían a mí como su único hijo legítimo mayor de edad. Seguro que es eso.

—Joder... he quedado de llamar al tío dentro de una hora, ¿qué le digo?

—Que si me lo piden judicialmente me haré la jodida prueba.

—Vaya, ¿no deberías hablarlo con tu padre primero?

—Le dije que hiciera lo correcto y que si no lo hacía ya lo haría yo, lo que no me imaginaba es que sería tan rápido, me lo comentó hace un mes.

—Ahora todo va volando. ¿Crees que la solicitud es veraz?

—Totalmente, dice que es hijo de mi niñera de aquellos años y que tuvo una relación extramatrimonial larga con ella.

—Madre mía...

—No iré a toda prisa a hacer el test de ADN, pero si me lo reclaman por vía judicial lo haré, no tengo ningún problema.

—Muy bien, le diré que nos notifiquen, etc. Ya te iré contando.

—Muy bien, gracias...

Subió las escaleras hasta la acera para cruzar el puente del Carrousel por encima y de repente divisó a Sonsoles Monzón corriendo por la ribera del Sena justo por debajo de él, es decir, venía desde más lejos y por primera vez se preguntó dónde viviría.

—Te dejo Alain, voy a...

—¿Tienes entradas para el próximo partido del PSG?, yo tengo hueco en el palco por si quieres ir, es el último partido antes de las navidades.

—Te avisaré, ¿ok?, gracias. Adiós.

Le colgó y apuró el ritmo para alcanzar a esa chica tan peculiar que lo tenía muy intrigado, sobre todo después del cumpleaños de Chantal hacía una semana, cuando lo había rechazado de pleno, aunque estaba seguro de que le gustaba, porque eso no se podía disimular.

Todos los seres humanos eran transparentes a la hora de mirar algo que les gustara, llámese coches, cuadros, comida, ropa u otros seres humanos. Las pupilas se dilataban, los ojos se veían más brillantes, el cuerpo se adelantaba de forma imperceptible, se sonreía más... y él era un experto en saber detectar cuando le gustaba a una mujer, por eso jamás erraba el tiro y siempre iba sobre seguro. Siempre, hasta esa noche en casa de Chantal, cuando no se había podido controlar (porque estaba buenísima y era muy sexy) y había intentado ligar con su chef repostera y ella, que era tan guapa como fría, le había pegado el corte de su vida.

—¡Sol!

Llamó acercándose por su espalda y ella se volvió y lo miró con cara de pregunta.

Iba con un chándal viejo y un anorak sin mangas, porque hacía mucho frío a principios de diciembre en París, una gorra de beisbol y los auriculares puestos, y al reconocerlo no paró su ritmo de carrera, pero le sonrió con amabilidad.

—Buenos días, chef.

—No sabía que salieras a correr por aquí, ¿vives cerca?

—Vivo frente a la Isla de San Luis, en la ribera derecha del Sena, cerca del Puente Marie.

—Ah, no lo sabía.

—¿Podemos seguir corriendo o me despido y esprinto yo?. Lo siento, pero es que tengo clase dentro de hora y media.

—No, no, vamos, voy contigo, yo también tengo prisa y voy a San Luis, vivo allí.

—¿En el edificio del restaurante? —Preguntó corriendo a su lado y él negó con la cabeza.

—No, en la Place Louis Aragon, a dos calles del restaurante.

—Ya...

—¿Está bien tu piso?, ¿estás a gusto?

—No es un piso, es una buhardilla diminuta y carísima, estoy buscando algo más lejos. Chantal está mirando en Belleville, que es menos caro que esta zona, pero es igualmente caro. Esta ciudad es... —Lo miró de reojo y él asintió—, ya me entiendes, es para unos pocos privilegiados.

—Igual deberíamos revisar las condiciones de tu contrato — Respondió sintiéndose un poco culpable y ella negó con la cabeza.

—No tiene nada que ver con mi sueldo, sino con París, que es demasiado caro. Vengo de Manhattan y allí tampoco podía pagar un buen apartamento, así que vivía en Brooklyn, necesito una solución similar aquí. No obstante, mientras tanto, estoy a gusto es mi mini buhardilla, al menos voy andando al trabajo.

—Entiendo, a lo mejor podemos ayudarte a buscar esas soluciones.

—No hace falta, pero gracias. Nos entregaron el menú de Nochebuena y Navidad y me ha encantado —Cambió de tema de

forma radical y él le siguió la corriente.

—Espero que a nuestra clientela también, tenemos muchísimas reservas.

—¿Y cerramos en Nochevieja?

—Sí, siempre damos Nochevieja y Año Nuevo al personal, volvemos a trabajar el 3 de enero.

—Genial, me vendrá muy bien el descanso. Ya hemos llegado...

La indicó con la cabeza el Puente Marie y él resopló un poco decepcionado, porque le apetecía seguir charlando con ella, pero no podía retenerla y se limitó a sonreír y a observarla alejarse hasta que un impulso inexplicable lo obligó a seguirla y a llamarla antes de que cruzara el paso de peatones camino de su casa.

—Sol...

—¿Sí?

—Espero no haberte incomodado en casa de Chantal, ha pasado una semana y no había tenido oportunidad de decírtelo, pero yo...

—No pasa nada, está olvidado.

—Te fuiste muy pronto.

—Tenía que coger el metro de vuelta, así que no quería que se hiciera muy tarde.

—Podía haberte traído yo.

—Adiós.

De despidió con la mano y corrió hacia su calle dejándolo plantado en medio del viento helado. Miró el cielo y comprobó que estaba cayendo agua nieve, así que decidió girar hacia San Luis para llegar a su casa antes de quedarse frío en la calle. Frío por el clima y por ella, pensó moviendo la cabeza, porque era una persona muy amable y educada, pero extremadamente distante, al menos con él, algo que lo desconcertaba a unos niveles difícilmente aceptables.

Por un segundo pensó en llamar a Chantal para quejarse, pero antes de coger el teléfono ya estaba vibrando con una llamada entrante, la miró y al ver que se trataba de su madre respondió de inmediato.

—Hola, mamá.

—Hola, amor mío, ¿dónde estás?

—Entrando en el ascensor para subir a casa, vengo de correr. ¿Tú cómo estás?, ¿estás en París?

—No, sigo en Nasáu, pero no estoy bien, estoy indignada con tu padre ¿Sabes algo de la demanda de paternidad?

—Sí, me lo comentó.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Porque no suelo meterme en vuestras cosas.

—¡Étienne!

—Es verdad, ¿qué quieres que haga?

Entró en su enorme piso y vio a una de las personas de la limpieza repasando el salón, la saludó con la mano y se fue directo hacia su dormitorio.

—Según Gustav es el hijo de Brandy, la *Au Pair*, ¿te lo puedes creer?, la muy zorra tendría dieciocho años por aquel entonces.

—De muy zorra nada, mamá, el tío adulto y casado era tu marido, así que encima no insultes a la pobre Brandy, que murió el año pasado.

—¿Te estás oyendo?

—Y ¿tú?... ¿ves?, por estas cosas no te lo había comentado.

—Es que es una vergüenza, me siento humillada otra vez y tú, mi único hijo, te pones de su parte.

—No me pongo de su parte, no me pongo de parte de nadie, solo digo lo que pienso. Me parece horrible que papá te haya sido infiel con una niñera que traíais de los Estados Unidos para que me enseñara inglés, y me parece absurdo que te sientas humillada veinte años después de haberte divorciado de él. Creo que se portó como un auténtico hijo de puta contigo y con todas las mujeres con las que te fue desleal, pero eso no me hace ver a Brandy como la culpable porque, como bien dices, tendría unos dieciocho años por aquel entonces y el único responsable era y sigue siendo Roger.

—Vale, no lo voy a discutir contigo, solo diré que hay muchas mujeres que, aún sabiendo que el hombre está casado, no dudan en ir a por él. Ha sido así toda la vida.

—Qué machista y retrógrado suena eso, mamá.

—Es igual, porque es la verdad y ahora, encima, treinta años después, vienen a destapar el cubo de mierda y a dejarnos en

evidencia otra vez, es desolador.

—Llevas veinte años divorciada, no tienes que involucrarte en todo eso, no seas dramática.

—Velo por mi derecho al honor, honor que tu padre arrastró por el fango muchos años, y por tus intereses, que ahora se verán mermados por un hijo secreto salido de... ¿Miami...? Santa madre de Dios.

—Nadie mermará nada, tranquila, tengo que dejarte.

—Tu abuelo impuso un acuerdo prenupcial único y blindado cuando insistí en casarme con Roger Clermont-Tonnerre, le he pedido a Gustav que lo busque y lo revise. Se lo mandaré a sus abogados, pero díselo de mi parte, dile a tu padre que esta nueva deshonra cometida dentro del seno de nuestro matrimonio me la va a pagar.

—Mamá, sueñas a Ana Karenina.

—Eso, tú tómatelo a broma. Hasta luego.

Le colgó indignada y él se desnudó para meterse debajo de la ducha de agua caliente. Cerró los ojos pensando en alertar a su padre de que sus mayores temores se harían realidad, o sea, que Geneviève sacaría a pasear el acuerdo prenupcial, y luego sin querer su mente voló hacia Sonsoles Monzón, esa chica tan guapa y sensual, incluso vestida con un chándal viejo y la cara lavada.

Era sexy, intensa y muy femenina, y se la iba a llevar a la cama tarde o temprano, estaba seguro, porque una vez que se le había metido en la cabeza una mujer, no se le solía escapar.

## 8

—Adelante...

Chantal, que la había ido a recoger al metro en coche, abrió la puerta de su casa y le hizo una reverencia para dejarla pasar. Sonsoles la miró sin entender nada, porque la había hecho ir hasta Belleville para enseñarle un piso que le había encontrado, no para pasar por su chalé, y sin querer frunció el ceño.

—Cariño, no puedo entretenerme mucho, tengo que estar en hora y media en el restaurante. ¿Podemos ir directamente a ver el apartamento, por favor?

—Entra.

La agarró por la muñeca, la metió dentro de la casa y cerró la puerta antes de mirarla a los ojos.

—Este es el piso que te he encontrado.

—¿A qué te refieres?

—A mi casa, una propiedad con ciento veinte metros cuadrados construidos, dos plantas, buhardilla, sótano, jardín delantero y trasero, cocina...

—¿Qué?

—Mi casa, Sol, te estoy ofreciendo esta casa para vivir conmigo. Es enorme, ni siquiera nos veremos, puedes instalarte en la segunda planta y yo me quedo con la primera. No sé cómo no se me había ocurrido antes, aunque, claro, te queda muy lejos del Saint-Malo y con tus horarios, pues...

—No, no, te lo agradezco mucho, pero no puedo invadir tu casa, yo...

—No invades nada, ¿estás loca?, me encantaría tener compañía, la casa se me hace enorme y tú y yo nos llevamos tan bien que podemos...

—Te lo agradezco mucho, pero no puedo, es la casa de tu abuela y yo...

—Mi abuela vive en la costa.

—Lo sé, pero es su casa, te la ha cedido a ti, no...

—La casa ni siquiera es nuestra, Sol.

—¿Cómo dices?

—Cuando mi abuela se quiso mudar a Brest intentamos vender la casa, hicimos todo lo posible, pero nadie nos hizo una oferta lo suficientemente generosa como para permitirle dejar París y comprarse algo en la Bretaña. Ella, por supuesto, no quiso recibir la ayuda de nadie y empezó a desesperar hasta que Étienne se enteró y se le ocurrió comprarla él de manera anónima. En realidad, le dio el dinero, una suma muy generosa, a través de una de sus empresas y no quiso aceptar la propiedad, pero yo lo obligué a quedársela y al final es suya. Fue él el que me cedió esta casa tras el divorcio, aunque yo siempre diga que me vine a vivir al chalé de mi abuela.

—Ah, yo...

—Espero que nos guardes el secreto. Étienne, por respeto a mi abuela, prefiere que no se sepa que él compró la casa por una suma estratosférica, no lo sabe casi nadie, solo mis padres, Jean-Jacques, yo y ahora tú.

—Vale.

Masculló sin saber qué decir, aunque muy conmovida por el gesto tan bonito de su jefe, y la miró a los ojos.

—¿Él te pidió que me ofrecieras alojamiento?

—¿Étienne?, ¿por qué?

—Porque ayer le conté que andaba buscando piso en las afueras.

—No, ni siquiera he hablado con él sobre esto.

—¿Segura?

—Por supuesto, ¿por qué le iba a hablar de tu búsqueda de piso?

—Por nada, pero... de todas maneras, no sé...

—La única pega es que te queda un poco lejos del centro, pero si te compras un cochecito de segunda mano puedes ir y venir a la hora que quieras.

—Chantal...

—Escucha, Sol, me harías un favor. No tienes que pagar alquiler, porque yo no pago nada, pero sí me podrías ayudar con los gastos

generales. Es un poco caro mantener una casa vieja y de estas dimensiones, y si no te vienes tú conmigo, tendré que buscar a otra persona.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

—Entonces de acuerdo, muchísimas gracias.

Una hora después estaba entrando en el trabajo muy contenta, e ilusionada con la posibilidad de compartir su vida con alguien como Chantal, a la que quería un montón, y se metió en el vestuario dispuesta a cambiarse y a ponerse manos a la obra mientras iba organizando mentalmente su inminente mudanza, porque pensaba dejar la buhardilla a finales de diciembre. Lo ideal era entregar las llaves a primeros de año, decidió, pero mejor si aprovechando los días libres de después de Navidad ya se mudaba y se quitaba ese lío de encima.

Tampoco tenía muchas cosas, solo dos maletas grandes, así que se iría con Chantal justo después de Nochebuena, ojalá ya con un cochecito de segunda mano comprado y listo para...

—Chef.

La llamó alguien por la espalda y ella se giró y se encontró de bruces con Étienne Clermont-Tonnerre, se limpió las manos llenas de harina en el delantal y se le acercó.

—Dígame, chef.

—¿Puedes venir un segundo?

—Claro.

Lo siguió después de dejar a Tui al mando y entró en su despacho observando como él, que estaba como un queso vestido con su ropa negra de faena, cerraba la puerta de cristal y le ofrecía una silla.

—Prefiero no sentarme, gracias. ¿En qué te puedo ayudar?

—Hemos aprobado tu tarta de bizcocho de vainilla bañada con chocolate caliente para el menú de Navidad, y también el Panettone relleno de chocolate para todas las fiestas a partir de mañana.

—¿En serio? —Sonrió de oreja a oreja y él con ella.

—Por supuesto, pero necesito que enseñes a alguien de tu equipo a verter el chocolate caliente sobre la tarta de cada cliente, no quiero manchas, ni salpicaduras...

—Yo tampoco, no te preocupes, me ocuparé personalmente de los clientes. Solo serán dos días ¿no?

—Sí, la cena de Nochebuena y la comida de Navidad, pero seguramente acabemos incluyendo tu tarta de forma permanente en la carta, ya veremos.

—Muchas gracias, chef, agradezco muchísimo la confianza.

—Gracias a ti.

—¿Algo más?, debería irme, tengo los suflés...

—Sí, una cosa más. He estado dándole vueltas al tema de tu alojamiento y bueno, tenemos un piso vacío en la segunda planta de este edificio, es propiedad del restaurante y puedes usarlo, si quieres, al fin y al cabo, has venido desde los Estados Unidos para trabajar con nosotros y me preocupa que no hayamos previsto como empresa ocuparnos de tu vivienda.

—El contrato no hablaba de una vivienda y yo lo acepté.

—De acuerdo, pero se debió tener en cuenta tus circunstancias personales y creo que estamos a tiempo de subsanarlo. El apartamento es tuyo mientras trabajes en el Saint-Malo, si quieres.

—Agradezco de corazón la propuesta, chef, es un detallazo, pero ya tengo casa, me voy a mudar con Chantal.

—¿Te vas a Belleville?

—Sí, lo hemos decidido hoy a mediodía y lo cierto es que me hace muchísima ilusión.

—Está un poco lejos para alguien que termina de trabajar después de medianoche.

—Mucha gente de la plantilla vive incluso más lejos, y me compraré un coche de segunda mano.

—Bueno, como quieras —La observó un poco desconcertado, pero asintió—. El piso seguirá a tu disposición si algún día lo necesitas.

—Muchísimas gracias, chef.

—Étienne.

—Étienne, muchísimas gracias —Le sonrió y giró para volver al trabajo—. Buen servicio.

—Buen servicio.

Susurró él sin moverse y ella volvió corriendo a su mesa para contarle a Tui y a sus dos ayudantes las novedades con respecto a su tarta bañada en chocolate, que estaba segura era perfecta para la Navidad.

La había visto una vez en los Estados Unidos, en una cadena de comida americana muy famosa, y le había parecido deliciosa, tanto, que se había empeñado en mejorar la receta y la presentación, y finalmente había conseguido la mejor y más esponjosa tarta de chocolate del universo. Una delicia casera insuperable, aunque estuviera feo que lo dijera ella misma, y sabía que los parisinos sabrían apreciarla, muchísimo más durante los días de fiesta, en los que todo el mundo se saltaba las dietas para disfrutar con un poco más de relajación del dulce.

Desde luego, que le dieran la oportunidad de estrenarla en Nochebuena y Navidad era una especie de regalo, y no pensaba pifiarla, así que acabado el servicio de esa noche se fue al almacén con el permiso de Iris para buscar jarritas de cristal, aceiteras o lecheritas con las que presentar el chocolate caliente.

No necesitaba que fueran muy grandes, para ajustar la medida al milímetro, pero sí era importante que fueran elegantes y con estilo, algo de lo que el Saint-Malo sabía muchísimo, y tal como había supuesto, en medio de unas cajas con platos de firma y vasos de cristal, encontró un juego de seis jarritas transparentes para la leche y otras seis aceiteras muy modernas que le darían la misma prestación, las cogió todas y se las llevó a su mesa para limpiarlas y empezar a probarlas.

—¿No es muy tarde para seguir aquí?

Le preguntó Étienne Clermont-Tonnerre acercándose despacio a su mesa y ella levantó la cabeza y parpadeó para prestarle atención.

—Es la una de la madrugada, ya iba a cerrar, no queda nadie en el local.

—¿Puedo cerrar yo, chef?, me gustaría acabar con esto.

—¿Qué haces?

—He encontrado estas jarritas para el chocolate caliente de mi tarta americana, las estaba limpiando e iba a empezar a probarlas.

—Vaya... —Suspiró, dejó su bandolera sobre una silla y se acercó más para observar el chocolate caliente que tenía sobre un calentaplatos— ¿Así lo mantienes en su punto?

—Sí, hay otros artilugios, pero el calentaplatos me parece perfecto.

—¿Puedo probar? —Le clavó sus ojazos azules, ella asintió y ni corto ni perezoso metió el dedo en el chocolate y luego se lo lamió —. Delicioso, ¿chocolate suizo?

—No, es chocolate belga, lo encargo a Neuhaus, es un poco más caro, pero creo que vale la pena pagar lo que cobran por él.

—Por supuesto —Buscó una silla y se le sentó al lado— ¿O sea que la llamas “Tarta americana”?

—Sí, bueno, es muy típica en los Estados Unidos, pero podemos bautizarla con cualquier otro nombre, no me importa. ¿“Tarta de la casa” estaría bien?

—*D'accord*. Me parece perfecto.

Opinó y siguió sin moverse, mirando con muchísima atención sus jarritas y probando de cuando en cuando el chocolate derretido. Ella siguió trabajando en silencio, pero al final empezó a sentirse un poco incómoda con él delante y optó por apagar el calentaplatos y aplazar sus experimentos para el día siguiente.

—Bueno, chef, creo que continuaré mañana, en realidad, tienes razón, ya es muy tarde y estoy un poco cansada.

—No te vayas por mí, no te estoy vigilando, solo intento aprender.

—No, no es por...

—Siento una debilidad casi enfermiza por el chocolate, ¿sabes?, desde bien pequeño. Me resulta reconfortante, no sé, me equilibra cuando tengo un bajón.

—Le pasa a mucha gente.

—¿A ti no?

—Sí, pero no suelo tomar chocolate.

—¿En serio?, no me lo puedo creer.

—Cuando trabajas todo el día con él acabas mirándolo con otros ojos.

Respondió, recordando de repente los miles de chismes que circulaban por el restaurante respecto a los extravagantes gustos amatorios del chef Clermont-Tonnerre relacionados con el chocolate, y se giró para que no la viera sonreír mientras guardaba las jarritas.

—De pequeño Milú, la abuela de Chantal, que gobernaba la cocina de mi familia con mano de hierro, me acostumbró a tomar un chocolate caliente antes de ir a dormir y aún hoy, cuando estoy muy estresado, me tomo uno.

—¿Con cacao puro?

—No, con chocolate normal.

—Pues es un milagro que te relaje con la cafeína y el azúcar que contiene.

—Supongo que se trata más de un tema emocional que físico. Tomar un chocolate caliente me trae buenos recuerdos y me tranquiliza.

—Si quieres te preparo uno con cacao puro, tengo uno buenísimo entre mis tesoros.

Le soltó sin saber muy bien por qué y él sonrió de oreja a oreja, como un niño pequeño, lo que acabó de descolocarla por completo, así que le dio la espalda para buscar en un armario su cacao puro de Neuhaus, que era una verdadera delicatesen.

—Ya sé que comer chocolate produce endorfinas y gracias a ellas se experimenta esa agradable sensación de bienestar, de hecho, cuento con ello para encandilar con mis postres, pero si te gusta tanto el chocolate, la opción más sana es el chocolate puro, 100% cacao o al menos un 80%, y está igual de bueno.

Le explicó volviendo con su cacao de Neuhaus y sacó un cazo para calentar la leche en los fogones.

—Le pongo un pelín de canela y... —Se detuvo para mirarlo con atención y él le sonrió.

—Lo sé, sé que es más saludable, pero soy muy goloso y disfruto del chocolate con leche como un crío de diez años.

—Ya verás que este te gusta igual.

—¿Cómo es que decidiste dedicarte a la cocina, Sol?

—¿Yo?, pues, no sé, de pequeña veía programas de cocina, concursos de esos de la tele, y empecé a aficionarme. En mi casa no se guisaba demasiado, porque mi madre no tenía tiempo para eso, pero en casa de mi abuela sí y muy pronto empezó a familiarizarme con la cocina. A los diez años ya preparaba croquetas, tortilla de patatas, gazpacho, etc., luego pasé a la repostería y cuando me mudé a los Estados Unidos con mi padre descubrí que en mi instituto impartían clases de cocina y ya me dediqué a ello en cuerpo y alma. Hice los cuatro años de universidad y luego me vine a París, a estudiar a Le Cordon Bleu, así empezó todo.

—¿Dónde cursaste el *college*?

—En la Universidad de Nueva York, me especialicé en Legua y Literatura Española —Le puso el tazón de cacao delante y se apoyó en la mesa para mirarlo a los ojos.

—Muchas gracias, tiene una pinta estupenda.

—De nada, y tú, ¿cómo es que te dedicas a la cocina, chef?

—Claramente por Milú, la abuela de Chantal. Me crie pegado a sus faldas y me entretenía amansando o batiendo huevos. Por aquel entonces tenía niñeras, porque mis padres no estaban mucho por casa, pero la única que me gobernaba y mantenía a raya era Milú en su cocina.

—Igual que a Chantal.

—Sí, ella nos distraía a los tres entre sus fogones, a Chantal, a nuestro amigo Jean-Jacques y a mí. Los tres acabamos dedicándonos a la cocina y a ella le encanta. ¿La conoces?

—¿A Milú?, la vi una vez, pero como vive en la Bretaña no la he vuelto a ver.

—Tiene ochenta y cinco años y está como una rosa.

—Eso dice Chantal. ¿Te gusta el cacao?

—Delicioso, me encanta, muchas gracias, creo que esta noche dormiré como un bebé.

—Te daré un poco para que tengas en tu casa.

—Genial. ¿Piensas usar este para la “tarta de la casa”?

—Podríamos hacer dos versiones, una con chocolate puro y otra con chocolate con leche, ¿qué te parece?

—Tú mandas, las dos opciones las apoyaré.

—Gracias.

Le sostuvo la mirada, porque era imposible que no te atrapara con la intensidad con la que la estaba observando, y para evitar caer desmayada a sus pies se movió, estiró la mano y cogió un trocito de su célebre bizcocho de vainilla.

—¿Puedes probarlo?, unta un poco y me das tu opinión, por favor.

—Será un placer.

Cogió el trozo de bizcocho rozándole los dedos, lo untó en su tazón de chocolate y luego se lo metió a la boca cerrando los ojos.

—Mère de Dieu! Esto es oro puro.

—¿En serio?

—En serio, Pruébalo.

Volvió a untarlo y se lo ofreció, Sonsoles se le acercó notando cómo le rozaba las rodillas, dejó que le metiera un trocito en la boca, lo probó y sonrió mirándolo a los ojos, con muchas ganas de embadurnarlo a él de chocolate y comérselo a besos, porque estaba buenísimo.

—Guau, está mal que yo lo diga, pero está muy rico.

Asintió, muy contenta por el resultado de su postre y se dio cuenta de que no podía apartarse de él, porque una energía muy potente le impedía moverse y alejarse, hasta que levantó la cabeza, volvió a clavarle los ojos y se quedó prendada de su cara, de su boca, de su proximidad. Se le pegó más, Étienne Clermont-Tonnerre estiró la mano, la sujetó por la cintura y la besó.

Un beso directo y contundente, que sabía a chocolate, y a muchas cosas más que la hicieron perder los papeles de inmediato, porque de pronto se vio lamiéndolo y besándolo con muchas ganas, porque sabía de maravilla y besaba mucho mejor.

Su lengua era experta, pero también muy cálida, y antes de decir ni mu, estaba sacándole la camiseta, mientras él le arrancaba el uniforme a manotazos, la levantaba sin ningún esfuerzo, la apoyaba en el borde de su mesa de trabajo y la empotraba contra el cacao, el bizcocho y sus utensilios de cocina haciendo que gimiera de placer.

Elevó las piernas y lo envolvió contra su cuerpo sintiendo como la penetraba hasta lo más profundo, hasta donde no recordaba haber ido antes, y devolvió el deleite acariciándole el pecho y besándolo a mordiscos, disfrutando de su aroma a tío recién duchado y a chocolate, y a todas esas cosas buenas que había a su alrededor, hasta que él se detuvo para mirarla a los ojos, despejarle el pelo de la cara y obligarla a mirarlo mientras iniciaba un balanceo bestial, inhumano, que la hizo arquearse y suspirar y gemir pensando que iba a perder el sentido en cualquier momento, sobre todo cuando él se inclinó y le atrapó los pechos con la boca abierta.

—Eres increíble.

Le dijo jadeando contra su cuello, después de compartir juntos el orgasmo más demoledor y satisfactorio que había tenido en mucho tiempo, y, sin salir de su cuerpo, buscó su cara y se la acarició con los pulgares.

—Eres preciosa y sexy, y preparas el mejor cacao del universo.

—¿En ese orden?

Bromeó, empezando a ser consciente de lo que acababan de hacer e intentó separarse de él, pero no la dejó y volvió a besarla.

—En el orden que quieras, me gustas mucho Sol.

—Lo mismo digo, pero...

—No, sin peros, no pienso escuchar ninguno.

—Debería recoger el estropicio —Miró su mesa de trabajo y él sonrió.

—Eso no es nada, ya lo arreglarán mañana, ahora vayamos a mi casa y yo te prepararé algo de comer.

—No, no, no, no...

Consiguió zafarse de su abrazo, pisó el suelo buscando sus bragas y sus pantalones, logró ponérselos y se alejó de él arreglándose el pelo.

—Escucha, ha sido... ha estado... fenomenal, pero no suelo hacer estas cosas. Jamás me enrolló con un compañero de trabajo, mucho menos con mi jefe, así que esto, a todos los efectos, no ha pasado. ¿De acuerdo?

—No, no estoy de acuerdo.

—¿Perdona?

—Me gustas desde que te conocí, me empalmo pensando en ti, me pones cachondo desde... es igual... creo que tenemos una química demoledora, acabamos de comprobarlo y no pienso hacer cómo si no existiera. Somos adultos, no voy a...

—No es lo adecuado y punto.

—¿Por qué no es lo adecuado?, ¿tienes pareja?

—¡No!

—¿Entonces?

—Trabajamos juntos y eres mi jefe.

—¿No ha sido consentido por ambas partes?

—Por supuesto, pero...

—Esto no es América, Sol, esto es París y aquí si nos gustamos, follamos. Fin de la historia.

Se agachó para recoger su ropa, se la empezó a poner muy serio y Sonsoles comenzó a respirar hondo intentando no hacer de una minucia un drama, se acercó a la mesa y recogió lo que habían tirado sin abrir la boca.

—Deja eso, es tardísimo, vayamos a mi casa, tomemos algo y charlemos.

—He dicho que no, gracias.

—Sol.

—No, gracias. Hasta mañana, chef.

Espetó indignada, se fue hacia la basura para tirar lo que había recogido y luego giró hacia los vestuarios del personal, entró allí, cerró la puerta y se sentó en uno de los bancos tapándose la cara y sabiendo, fehacientemente, que había metido la pata hasta el fondo y que no se lo iba a perdonar en la vida.

# 9

—¿Tu madre no nos fallará?

—No, Simón, llega esta noche a París, estará en la gala como prometió.

Respondió a Simón Buchamps, el gerente de su fundación, y él asintió bajando la cabeza. Étienne miró al resto de sus compañeros, el responsable de comunicación, la directora financiera y una secretaria, y todos sonrieron conciliadores.

—Perfecto, la gala no sería lo mismo sin nuestra presidenta.

—¿Qué más? —miró la hora y luego la nieve que caía plácidamente al otro lado de la ventana—. Tengo que llegar al restaurante temprano y el tráfico estará imposible.

—Han confirmado ciento veinte invitados, la mayoría patrocinadores, pero necesitamos captar donantes nuevos y hemos pensado que, tal vez, podrías invitarlos tú personalmente —Le soltó Solange acercándole una lista—. Sé que no te gusta hacer estas cosas, pero igual puedes echar un cable, Étienne, hemos hecho una lista con diez personas interesantes que seguramente son amigos tuyos.

—Todos mis amigos ya patrocinan la fundación, pero, vale, dámela e intentaré hacer algo.

—Si todo va bien, pensamos superar los dos millones de euros solo con las entradas a la gala y la subasta silenciosa, creo que vale la pena intentarlo.

—Por supuesto, en fin...

Se puso de pie arreglándose la chaqueta, porque a esas horas ya llevaba tres reuniones con banqueros y con el patronato de su fundación, y sus compañeros lo siguieron recogiendo sus cosas.

—Dicen que la nueva chef repostera del Saint-Malo es un prodigio, espero que se luzca con algo especial para la gala. ¿Crees que colaboraría?, podríamos subastar una de sus especialidades —Preguntó Simón y él lo miró con el ceño fruncido.

—Ya sabemos que Chantal se ocupa de la repostería y los postres, como siempre, pero si tu nueva chef se apunta sería estupendo —Opinó Solange.

—Lo hablaré con ella, no creo que haya problema.

De repente, un *flash* de Sonsoles Monzón apoyada contra su mesa de trabajo, desnuda y gimiendo de placer, le estalló en la cabeza provocándole un escalofrío por todo el cuerpo, y sintió una erección clarísima apretándole los pantalones. Parpadeó, para intentar no seguir pensando en ella, algo que no podía evitar desde la noche anterior, y caminó hacia la puerta decidido.

—Muy bien, si hay algo más habladlo con Iris, por favor.

—Gracias, Étienne, adiós.

—Adiós.

Salió de la sala de reuniones, pasó por las animadas oficinas de la *Fondation Famille et Alimentation*, la fundación que había creado hacía seis años con la ayuda Chantal, Jean-Jacques y su madre, pero que solo gestionaba él junto a un equipo muy eficiente de profesionales que estaban realizando un trabajo espléndido dentro y fuera de Francia, se despidió con la mano de los empleados y bajó a la calle corriendo para pillar un taxi.

Desde hacía horas solo pensaba en llegar al restaurante para hablar con Sol, que lo había dejado tirado dos minutos después de haber compartido un polvo increíble en la cocina del Saint-Malo.

Evidentemente, no era un romántico, ni un capullo dependiente, pero se había quedado bastante frío por su rechazo. Un rechazo innecesario después de haber hecho el amor como si se conocieran de toda la vida, con una química y una armonía increíbles, y se había ido a casa sintiéndose un poco huérfano, pero, sobre todo, bastante frustrado, porque a él nadie, nunca, lo había tratado así, y necesitaba aclararlo antes de empezar a cabrearse de verdad.

Se subió a un taxi y cerró los ojos pensando en su cuerpo perfecto y acogedor, su piel de terciopelo, sus pechos abundantes y firmes, calientes, donde podría haber pasado el resto de su vida. Su boca sensual y sabrosa, sus piernas torneadas sujetándolo por las caderas... su trasero respingón y su intimidad húmeda y generosa, porque había sido muy generosa, y muy intensa, y a punto estuvo

de eyacular, porque solo pensar en el tacto de su cuerpo y su aroma a vainilla y chocolate, le podía provocar un orgasmo instantáneo.

—¿Qué? —Respondió al teléfono sin mirar y fue la voz de Natasha la que lo sacó de su ensoñación sexual en medio del tráfico parisino.

—Hola, guapo, siento llamar, pero quería despedirme de ti, porque no sé cuándo pueda volver a París.

—¿Qué hay, Natasha?, ¿dónde vas?

—¿No lees la prensa?

—¿A qué te refieres?

—La novia de uno de mis clientes nos pilló en el Ritz, salimos en todas las portadas de Europa porque ella llamó a los fotógrafos, y él me ha dado una pasta para que me vaya de la ciudad una temporada.

—Vaya, lo siento.

—Es igual, así Dimitri y yo podremos pasar las navidades en Moscú, luego nos iremos a Miami porque me han dicho que hay muchos ricachones cachondos por ahí —Le soltó con su acento ruso y él sonrió.

—Eso dicen. ¿O sea que has vuelto con Dimitri?

—Nunca lo he dejado, amor. No te lo había dicho para que no me privaras de tu polla, pero él nunca se ha ido.

—Muy bien, tú sabrás.

—*Poká, mon amour!*, pórtate bien y cuando vuelva nos vemos.

—*Poká.*

Se despidió en ruso y le colgó llegando al Saint-Malo, se bajó del taxi a la carrera sin pensar mucho en Natasha y su chulo con pinta de mafioso, del que era novia desde los trece años, y entró en el restaurante saludando al personal que ya estaba empezando a preparar el servicio de cenas. Se entretuvo un segundo en mirar la decoración navideña que lo plagaba todo, entró en el área de la cocina y en seguida localizó a Sol, que estaba vestida con su mono negro, trabajando sobre una tarta de champaña.

Sin poder evitarlo la recorrió con los ojos y se quedó clavado en el suelo, prendado de su trasero, dio un paso hacia ella, pero Iris lo agarró de un brazo para sacarlo al comedor principal.

—¿Qué pasa, Iris?

—Han acabado la decoración de la segunda planta, ¿sabes cuánto nos gastamos cada año en esta mierda navideña?, no quiero ni pensarlo, así que por lo menos échale un ojo, Étienne.

—Pagamos una fortuna para que la hagan los mejores, así que seguro que está perfecta —Asomó la cabeza para mirarlo todo sin mucho afán y luego escrutó la cara de Iris— ¿Qué te pasa?

—Omar ha perdido una fortuna en el póquer, necesitaré un adelanto.

—Joder... —estiró la mano y la posó sobre su hombro—. Lo siento mucho, pero no hace falta que lo pidas, coge lo que necesites.

—No, él cree que tengo que pedirte de rodillas y mejor que siga siendo así o me arruinará del todo.

—Dile que quiero hablar con él, me prometió que si volvía a cagarla iría a terapia.

—¿Lo harías por mí?, ¿hablarías con él?

—Claro, le echaré una buena bronca, lo acojonaré un poco y lo mandaré al terapeuta de mi madre, no te preocupes por eso. ¿Ok?... ¿Iris?

—Gracias, Étienne.

Respondió ella, que llevaba muchos años a su lado y que tenía un marido que era un completo desastre, y le dio la espalda muy seria para seguir con su trabajo. Étienne miró una vez más el comedor y lo que se intuía de la segunda planta, y regresó sobre sus pasos para ir a buscar a Sol, que era el asunto que le preocupaba más.

—Chef Monzón, a mi despacho, por favor.

Ordenó con tono marcial pasando por su lado y no esperó su respuesta, se encaminó directamente a su oficina y la esperó allí sacándose la chaqueta y abriéndose la camisa. Ella apareció cinco minutos después con cara de duda y él le indicó la puerta con la mano.

—Cierra, por favor.

—¿Es necesario?

—No, si quieres hablamos del polvo de anoche delante de toda la cocina.

—Mierda —Masculló en español, cerró la puerta y luego lo miró cruzándose de brazos— ¿Cuál es el problema, chef?

—No te voy a despedir, no es necesario que me mires así.

—¿Así?, ¿cómo?

—Como si fuera el enemigo, porque no lo soy.

—Vale, mira, por situaciones como esta yo...

—No sé con qué clase de personas sueles tratar, Sol —La interrumpió con mucha calma—, pero las personas adultas, sanas e independientes como yo, no solemos comportarnos como idiotas, en ningún caso lo que pase entre nosotros a nivel personal va a interferir en nuestro trabajo, en el desarrollo de tu actividad aquí o en nuestra relación profesional delante de nuestros compañeros.

—Estupendo, aunque no se volverá a repetir.

—¿Ah no?, pensé que nos había ido bien.

—Yo... —Se pasó la mano por la cara y luego se puso en jarras—. Tú no me conoces, pero soy una persona muy abierta, no tengo pareja, salgo con mucha gente, me divierto y no establezco lazos con nadie, no me asustan las relaciones sexuales, al contrario, me gusta mucho el sexo, pero suelo separar esa parcela de mi vida de la del trabajo, porque no me gusta mezclar las cosas. ¿Está claro?, espero que sí, porque no pienso seguir hablando sobre esto.

—¿Y qué pasa conmigo?, ¿no importa lo que yo piense?

—Para ti esto es un juego, chef, incluso un reto, seguro que te pone que tu nueva empleada te eche un polvo y luego no quiera saber nada de ti.

La miró atento, porque no sabía ni qué responder a eso, y ella respiró hondo y le dio la espalda para salir del despacho, pero la detuvo antes de que abriera la puerta.

—No sé qué mierda de imagen tienes de mí, imagino que la peor si te atreves a decirme eso, pero es igual, déjalo. Hasta luego, chef Monzón.

—No juegues la carta de la culpabilidad, Étienne, porque no pienso sentirme culpable, al contrario, creo que lo mejor para los dos es olvidar lo que pasó anoche, y con eso me pienso quedar.

—Pues yo me pienso quedar con el mejor polvo que he echado en mucho tiempo. Si de verdad te gusta el sexo, debes reconocer que...

—Me largo, no quiero hablar más de temas personales en el trabajo.

—Lo que pasa es que me tienes miedo.

—Yo no tengo miedo de nada.

—No te creo.

La miró de reojo y entró en su cuarto de baño para cambiarse, ella, tal como esperaba, lo siguió para seguir defendiendo su posición y en cuanto la tuvo a mano la metió dentro, cerró la puerta y la arrinconó contra la pared sujetándola por el trasero.

—Esta noche, después del servicio, iremos a mi casa y hablaremos tranquilamente, ¿de acuerdo?

—No, no pienso ir a ningún sitio.

Trató de zafarse, pero sin mucho empeño, y él se inclinó y la besó con la boca abierta, le separó los labios con la lengua y siguió besándola mientras le bajaba los pantalones y la levantaba a pulso para empotrarla contra los azulejos del baño.

La penetró percibiendo perfectamente como temblaba y se disolvía recibéndolo dentro, como se humedecía entera, y subió las manos por debajo de su camisa para atraparle los pechos con las dos manos antes morder y saborear esos pezones firmes y sonrosados que tenía.

Hicieron el amor como la noche anterior, incluso mejor, aunque muy rápido, y cuando eyaculó ahogando un grito contra su cuello, ella se apartó y le clavó los ojos oscuros moviendo la cabeza.

—Como me convierta en la comidilla del restaurante te mato, Étienne Clermont-Tonnerre.

Se apartó muy enfadada y buscó su ropa por el suelo intentando recogerse el pelo a la vez.

—¿Puedes al menos dejarme un momento a solas en el cuarto de baño?, necesito algo de intimidad.

—Claro.

Se acercó, le dio otro beso en la boca y salió poniéndose su ropa de trabajo. Se acercó al escritorio y la esperó allí sintiéndose genial,

porque follaba como los ángeles y parecía estar hecha a su medida exacta.

—Chef —La llamó al verla salir directo hacia la puerta con el pelo recogido y la cara lavada, y ella lo miró entornando los ojos—. Tengo que hacerte una propuesta y va en serio.

—¿Qué pasa?

—Ya sabrás que tengo una fundación que se ocupa de procurar alimentos y comida caliente a familias necesitadas.

—Sí.

—La semana que viene es la gala de navidad para recaudar fondos, Chantal suele ocuparse de los postres, pero me han pedido una aportación tuya, algo así como una de tus tartas o uno de tus postres para que entren en la subasta silenciosa.

—¿Míos?

—Tu fama te precede.

—Por supuesto, puedo hacer lo que queráis y si puedo ayudar en algo más, contad conmigo.

—Si puedes venir, estaría muy bien.

—Claro, puedo hacer de voluntaria, ¿a quién tengo que llamar para...?

—Vienes conmigo y ya veremos qué tarea te podemos asignar, igual solo satisfacerme... ¡Sol!

Llamó al verla salir indignada del despacho por la broma, y la siguió a la carrera hasta su puesto en el área de postres, se le acercó con precaución y le habló bajito.

—Estaba bromeando, lo siento mucho.

—No eres nada gracioso, chef.

—Vale, de acuerdo, ahora en serio, cualquier ayuda que nos puedas ofrecer será bien recibida. Se celebra la noche libre del Saint-Malo, con lo cual...

—Aquí estaré.

—Genial, muchas gracias, y recuerda que esta noche tienes una cita conmigo.

La guiñó un ojo, ella movió la cabeza mirando al cielo y luego le dio la espalda, así que él se despidió de su equipo para ir a ocuparse de su propio puesto de trabajo.

# 10

Las sábanas de algodón egipcio de seiscientos hilos no eran un mito, de verdad existían, había gente que se las compraba y realmente valían lo que quisieran cobrar por ellas, pensó, estirándose para disfrutar de su tacto suave y su sensación de confort insuperable, porque eran una maravilla.

Suspiró, giró y miró el techo de esa habitación enorme deseando poder quedarse allí el resto de su vida, o al menos el resto de sus vacaciones, durmiendo y reponiéndose de una de las temporadas más agotadoras, pero también más satisfactorias, de toda su trayectoria profesional.

Mudarse a vivir a París para trabajar en el Saint-Malo, era, sin lugar a duda, la mejor decisión que había tomado en toda su vida. Estaba a gusto en la ciudad, en el restaurante, donde se valoraba su trabajo y donde había encontrado un equipo de primer nivel del que estaba aprendiendo muchísimo. Se sentía apoyada e integrada, y encima había podido cerrar su primer trimestre allí colaborando activamente en la gala de la *Fondation Famille et Alimentation*, la famosa fundación de Étienne Clermont-Tonnerre que se dedicaba en Francia, y en otros países, a procurar alimento y comida caliente a cientos de familias en peligro de exclusión.

Era una iniciativa preciosa, que él mantenía con fondos privados y con las ganancias del Saint-Malo, por eso todo su entorno se involucraba muchísimo en ayudarlo en la tarea, y ese año, por primera vez, la habían invitado a participar a ella y lo había hecho encantada, porque no había nada que la emocionara más que poner su granito de arena para ayudar un poco, que falta hacía en todo el planeta.

Para la gala había preparado tartas y Eclairs para subastar y además había ayudado en las cocinas, donde todo el mundo trabajaba gratis y voluntariamente esa noche, y habían dado de cenar a casi ciento cuarenta elegantísimas personas que al final habían aportado a la fundación más de tres millones de euros. Entre

las entradas, la subasta silenciosa, y la subasta pública de cenas y bailes con actores o actrices, deportistas, personas famosas de todos los ámbitos e incluso el propio chef Clermont-Tonnerre, habían alcanzado las expectativas de sobra, le había explicado él más tarde, y lo habían pasado muy bien, para qué lo iba a negar.

Movió la cabeza para observar cómo dormía plácidamente a su lado y se le contrajo el estómago, porque algo estaba pasando entre ellos que empezaba a escapársele de las manos, y no se sentía muy cómoda.

Para empezar, ahí estaba, durmiendo en su cama, en su casa, no en el “picadero” que todo el mundo aseguraba que mantenía en la cuarta planta del restaurante, o en un hotel, no, él la llevaba con naturalidad a su casa desde hacía más de tres semanas, desde que habían empezado a verse con regularidad y sin demasiados aspavientos.

Por supuesto, le encantaba, era un tío arrollador, con mucha personalidad, un dios en la cama, un hombre brillante y generoso, un genio, una persona muy cariñosa. Nadie, en su sano juicio, podría resistirse a sus encantos, a esa forma con la que te miraba, te tocaba o te hacía el amor, nadie, porque era pura dinamita, pero, por otra parte, la asustaba estar involucrándose tanto con su jefe, un chef francés famoso y millonario que pertenecía a un mundo muy diferente al suyo, y al que acabaría dejando como dejaba a todos los demás, poniendo así en riesgo un puesto de trabajo que la apasionaba.

Era una fantasía creer que cuando rompieran todo seguiría igual, porque nada era igual desde esa noche en la cocina del Saint-Malo, cuando habían pasado de hablar inocentemente de chocolate a echar el polvo más alucinante de su vida.

Teniendo claro que la había fastidiado bien sobrepasando esa barrera invisible entre jefe y empleada, al principio había intentado resistirse a lo inevitable, lo había intentado todo, pero con Étienne era imposible. Tenía una energía indomable, era seguro de sí mismo y muy dominante. Ella, que se tenía por alguien independiente y muy fuerte, había sido incapaz de oponer resistencia al tsunami que se le había venido encima, y como además la volvía loca de pasión,

se había entregado sin más, y allí estaba, teniendo una “relación” explosiva y sexualmente inmejorable con su jefe, que era el tío más guapo y sexy del universo.

Recorrió con los ojos su cuerpazo de escándalo, desnudo y plácidamente relajado al alcance de su mano, su pecho acogedor, sus hombros anchos, su cuello fuerte y varonil, su mentón cuadrado cubierto por la barba de dos días, y deslizó la mirada por su cara perfecta, su nariz rotunda y sus pestañas largas, que bordeaban unos ojos azules increíbles, y se detuvo en su pelo, ese pelo rubio oscuro precioso y que él mantenía en un largo perfecto, que era tan suave como el suyo y que le encantaba acariciar cuando lo tenía entre sus muslos.

Respiró hondo empezando a excitarse seriamente y desvió la vista hacia el dormitorio, porque no le apetecía despertarlo.

Toda su casa olía a él, es decir, era insuperable. Ocupaba toda la planta de un edificio típico de la Isla de San Luis, con unas vistas alucinantes al Sena y a la maravillosa Isla de la Cité, con Notre Dame delante. Era como un sueño. Te podías quedar horas mirando el paisaje sin hacer nada, aunque ellos hacían de todo menos estarse quietos. Lo mismo cocinaban que follaban como locos, siempre después del horario de trabajo, porque en el restaurante seguían actuando solo como colegas, o charlaban hasta tarde, hasta que ella decidía irse para dormir en su buhardilla, porque no quería estrechar más vínculos de los necesarios.

Por descontado, y sin proponérselo, había dejado de ver a todos sus ligues pasajeros, el primero a Olivier Abara, que había salido en la prensa besándose con una *escort* de lujo, y también a otros chicos que había conocido en París, porque estar con Étienne era un desafío a tiempo completo. Con él todo era intensidad, inmediatez y vehemencia, con él no podías respirar porque parecía estar siempre presente, y con él se sentía plena y satisfecha, y contra eso no había nada que pudiera hacer.

De repente sintió el móvil vibrando en el suelo, se movió con cuidado, lo agarró con una mano y al ver que se trataba de su madre se levantó despacio, cogió sus braguitas y una camiseta, y salió al salón para hablar con ella.

—Hola, mamá.

—Hola, ¿por qué susurras?, ¿dónde estás?

—Estoy en... no estoy en casa y no quiero despertar a nadie.

—¿Qué tal ayer con todo?

—Genial, la comida de navidad fue un éxito y muchos clientes pidieron hablar conmigo para felicitarme por la nueva tarta.

—Estupendo, cariño, pero estarás agotada.

—Lo estoy, pero esta tarde me mudo con Chantal y dormiré hasta el 30 de diciembre.

—¿O sea que vienes en Nochevieja?

—Claro, aunque me vengo el 2 de enero a primera hora porque el 3 ya trabajamos. ¿Qué tal la abuela?

—Bien, aún no le he dicho que vienes, pero ahora se lo contaré.

—Sí, sí, díselo, me muero de ganas de veros. ¿Tú estás bien?

—Fenomenal, todo muy bien.

—¿Qué tal con Alberto?

—Todo perfecto, esta vez te lo presentaré y ya verás que te va a encantar.

—Seguro que sí.

—Bueno, mi vida, te dejo, nos vemos dentro de cuatro días.

—Sí, un besito.

Le colgó pensando en preparar un café, pero antes se quedó prendada de uno de los grandes ventanales del salón, desde donde se podía ver la Isla de la Cité nevada. Estaba nevando en París y aquello parecía una postal, levantó el teléfono y le hizo una foto, pensando en qué se sentiría haber nacido y crecido en semejantes casas y con semejantes vistas.

Étienne le había contado una noche que no siempre había vivido bajo el amparo de su familia en París, que también había estado interno en Suiza, había hecho campamentos de verano en los Estados Unidos, mochileado por medio mundo y estudiado empresariales en Londres, que había visto y vivido mucho, pero ella estaba segura de que, por mucho viaje y mucho mundo, al final siempre había acabado durmiendo en casas lujosas como esa, y aquello, lo quisieras reconocer o no, facilitaba la existencia de cualquiera.

—¿Sol?!

Oyó cómo la llamaba desde el dormitorio y le respondió mientras preparaba el desayuno, pero él no dijo nada y apareció unos minutos después desnudo en la cocina.

—¿Sol?, vaya, qué alivio, pensé que te habías largado sin avisar.

—¿Quieres un café?

—Quiero ese culo en mi cama...

Se le acercó por detrás y se la pegó al cuerpo metiendo los dedos por dentro de sus braguitas, ella se zafó y lo miró a los ojos.

—Me tomo un café y me voy, me gustaría llevarme hoy todas mis cosas a Belleville.

—No hay problema, he dicho que ya te llevaba yo.

—No hace falta, ya tengo transporte y solo son dos maletas.

—¿Qué transporte? —Entornó los ojos claros y se los clavó con cara de duda.

—¿A qué hora sale tu vuelo a Las Bahamas?, ¿no es a las tres?, ya son las doce, igual deberías ir poniéndote las pilas, chef.

—Vente conmigo a Las Bahamas.

—Ya he dicho que no, gracias.

Lo apartó poniéndole una mano en el pecho y se sentó para tomarse un café con tostadas, él se apoyó en la encimera sin dejar de observarla, y se cruzó de brazos.

—¿Qué?

—Eres la primera chica que me dice que no a ir a Las Bahamas. Viajamos en un vuelo privado fletado por mi madre y allí tendremos sol, calor y una villa preciosa a orillas del mar. ¿Hace cuánto que no te pones un bikini y disfrutas del mar, Sol?

—Desde agosto, justo antes de llegar a París, me pasé una semana en Menorca.

—No es lo mismo.

—No, es mucho mejor.

—No me refiero a la playa, me refiero a que ahora podemos estar juntos.

—Eres un encanto, en serio, y te lo agradezco muchísimo, pero el 30 me voy a Madrid, necesito ver a mi madre y a mi abuela, y no

puedo ir a Las Bahamas. Creo que te lo he explicado como veinte veces.

—¿Vas a ver a alguien más?

—¿Cómo dices?

—No sé, ¿tienes a alguien en Madrid?

—Si te refieres a algún tío, no lo sé, pero seguro que veré a menos personas que tú en las playas de Las Bahamas. Según me contó tu madre la semana pasada, allí tienes una especie de harén.

—Genial, haz lo que quieras.

Se giró cabreado y volvió al dormitorio sin decir nada más. Ella acabó su café, empezando a sentir que estaba invadiendo su cocina y su preciosa casa, y decidió ir a buscar su ropa para largarse en seguida de allí. No pensaba discutir con él, porque lo último que le apetecía en ese momento era pelearse con alguien con quien se lo estaba pasando tan bien, con el que pretendía compartir buenos momentos, no broncas infantiles por un viaje o por a quién iban a ver o no en sus respectivas vacaciones.

Era absurdo, concluyó, y llegó a la habitación con la intención de vestirse y despedirse de él como dos buenos amigos.

Nada más entrar oyó que se estaba duchando, así que recuperó su ropa, se vistió, se recogió el pelo y se asomó al cuarto de baño para decirle adiós.

—Étienne...

—¿Qué?

—Tengo que irme, que tengas un buen viaje y descansas un montón.

—Mmm.

—¿Étienne?

—Ya te he oído, Sol —Le espetó mirándola a los ojos sin salir de la ducha—. Muchas gracias y adiós.

Ella parpadeó un poco ofendida, porque nunca le había hablado en ese tono tan seco, y dio un paso atrás, volvió sobre sus pasos, recogió su mochila y salió disparada sin mirar atrás.

# 11

Veinte grados de diferencia entre Las Bahamas y París, y encima un poco de *jet lag*, así que llegó al restaurante el 3 de enero muy abrigado, con las gafas de sol puestas y bastante malas pulgas.

Entró en el edificio por la parte trasera, como siempre, y saludó a los proveedores con la mano antes de adentrarse en las cocinas donde todo el personal estaba chalando muy animado mientras preparaban el servicio de cenas. Pasó como un vendaval haciendo venias y tratando de sonreír, y antes de llegar a su despacho localizó a Sonsoles Monzón Aramburu, su flamante chef repostera, trabajando concentrada en su mesa y con su equipo de tres personas.

Ella a lo suyo, como siempre, pensó aún cabreado porque no lo había querido acompañar en sus vacaciones, y también por no llamarlo por teléfono, ni dar señales de vida en ocho días, y por ser tan suya, porque ahí dónde la veías, tan menudita, fina y femenina, era como un trozo de hormigón armado.

*Merde!*, masculló y se metió en su cuarto de baño para cambiarse. Era una puta mierda haberse pillado por esa chica, precisamente de ella, que era una mujer fría y distante a la que solo le importaba su trabajo y su carrera.

Irónicamente, lo que más le gustaba de Sol era su disciplina y su capacidad de trabajo, su talento y su compromiso con el restaurante, pero a nivel puramente personal, eso mismo le molestaba muchísimo, porque la alejaba de él y de cualquier relación emocional cercana y saludable.

Y no es que quisiera convertirla en una novia formal o pedirle matrimonio, nada de eso, pero sí aspiraba a contar con ella, a dormir con ella de forma normal y no excepcional, a pasear con ella de la mano por la ciudad o a irse juntos a Las Bahamas en el momento más álgido de su estallido sexual, porque eso no tenía precio y había que aprovecharlo, no ignorarlo y hacer cómo si no

pasara nada, porque sí pasaba y mucho, y tendrían que estar exprimiéndolo al máximo, no alejándose como dos desconocidos.

De pronto pensó en sus polvos magistrales, porque ella era muy sexual y le había descubierto un mundo de sensaciones nuevas en solo tres semanas de relación, y se empalmó sin remedio, que era algo que le venía pasando desde que la conocía y que lo había acompañado también a Las Bahamas, donde se había acostado con otra, pero pensando en ella y en su cuerpo, en su pelo largo y sedoso, y en sus besos y sus sonrisas, en su aroma a chocolate, algo que lo estaba volviendo completamente loco.

—Hola, chef, bienvenido.

Le dijo Iris entrando en su despacho y él se acercó para darle dos besos.

—¿Qué tal?, feliz año nuevo, Iris.

—Feliz año nuevo. ¿Cómo lo llevas?, te veo un poco apagado para estar tan morenito.

—Ayer estaba en una playa a veinticinco grados y hoy estoy en París a cinco y bajando, es un poco jodido, ¿sabes?

—Lo sé. Te he dejado varias facturas para firmar y tenemos que hablar de Adrien, hoy tampoco puede venir y no podemos estar sin segundo chef cada vez que se le cae una pestaña. Deberíamos despedirlo o bajarle los galones y nombrar a otro.

—Estoy de acuerdo. No lo despidas, pero dile que queda relegado de su responsabilidad, creo que subiremos a Christian a segundo chef, ¿te parece?

—Me parece perfecto. También hay que decidir si dejamos la “tarta de la casa” de Sol en la carta, es urgente saberlo.

—Vale...

Desvió los ojos hacia la cocina y a través del cristal contempló a Sol embadurnada de harina amasando junto a Tui, suspiró sin querer, porque la echaba terriblemente de menos, pero se recompuso, carraspeó y miró a Iris a los ojos.

—¿Qué pasa?

—No deberías mirarla así, no al menos en el trabajo, la gente ya empieza a chismorrear y ella no se lo merece.

—¿Disculpa?

—Se te cae la baba con la chef Monzón desde que la viste encima de una mesa vaciando estanterías, y lo entiendo, porque la chica es una preciosidad, pero también es una chef repostera de primera, llegará muy lejos, y no hace falta convertirla en carne de chismorreos por un calentón.

—No es ningún calentón —Se defendió muy digno y Iris movió la cabeza.

—Contigo siempre es un calentón, querido, y seguro que ella puede conseguir un hombre que le dé mucho más. De hecho, media plantilla la ha invitado a salir o a cenar, incluso varios clientes insisten en pedir su número de teléfono, yo creo...

—¿Qué?! —Preguntó con demasiado ímpetu y ella lo observó atenta.

—¿Te gusta en serio, Étienne?, no me lo puedo creer.

—Me parece insólito estar discutiendo sobre esto contigo, Iris, vamos a dejarlo.

—Te conozco desde hace demasiado tiempo como para no tener derecho a decirte lo que pienso.

—Vale, suficiente —Sujetó los papeles que tenía que firmar y le dio la espalda.

—Sea como sea es una buena cría, no se parece en nada a tus habituales, así que ten cuidado y evita hacerle daño, por favor.

—¿Sabes qué? —se giró hacia ella bastante ofendido—. A lo mejor debería preocuparte más mi bienestar que el suyo, porque si hay alguien que está manejando esta situación a su antojo es ella, no yo.

—Bueno, algún día tenía que pasar.

Se echó a reír a carcajadas y él vio por el rabillo del ojo cómo el teléfono móvil empezaba a vibrar sobre el escritorio, lo cogió y al comprobar que se trataba de un número de los Estados Unidos lo contestó rápido, observando como Iris salía del despacho.

—Diga.

—¿Étienne?

—¿Quién es? —Preguntó en inglés y se hizo un silencio.

—Hola, Étienne, me llamo Roger Harper, soy el hijo de Brandy, creo que ya has oído hablar de mí.

—Sí, claro, ¿qué hay?

Se desplomó en su silla pasándose la mano por el pelo, sin saber muy bien si era correcto hablar con él, que le acababa de presentar un requerimiento judicial por el tema del ADN, y respiró hondo decidiendo que al menos iba a escuchar lo que tuviera que decir.

—Estoy bien, gracias, sé que es raro que te llame directamente, pero mi abogado francés consiguió tu número y quería saludarte.

—Muy bien, Roger, no pasa nada.

—Róger —Corrigió el nombre, que era el mismo de su padre, y Étienne sonrió—. Soy Roger en inglés, no en francés, mi madre no lo habría soportado.

—Bueno, ella te lo puso, ¿no?

—Me lo puso porque creía que mi padre biológico vendría a vivir con nosotros, pero luego no fue así y no me cambió el nombre, pero lo pasó al inglés y olvidó el acento francés.

—Entiendo.

—Te llamo porque también quería pedir disculpas por solicitarte a ti la prueba de ADN, pero ante la negativa de tu padre no quedaron más alternativas y mi abogado dice que es lo que se lleva ahora. Lamento si esto te ha acarreado algún problema con él.

—No le parece bien, pero tampoco puede obligarme a no hacerlo. ¿Qué edad tienes, Roger?

—Treinta, ¿tú?

—A principios de diciembre hice los treinta y siete.

—Mi madre hablaba maravillas de ti, tenía un montón de fotos contigo en París y en un castillo al norte de Francia, en la Bretaña, en...

—En Saint-Malo.

—Eso.

—Lamento mucho su pérdida, yo también tengo muy buenos recuerdos de ella.

—Era una mujer excelente y una madre estupenda, cuando yo tenía cinco años se casó con mi padrastro, al que yo considero mi padre, y tuvo tres hijos más. Somos una familia grande.

—Me alegro mucho.

—Imagino que querrás saber por qué he presentado la demanda de paternidad ahora.

—No es asunto mío, doy por hecho que tendrás tus motivos.

—Mis motivos son honrar la memoria de Brandy, ella se pasó toda la vida hablándome de mi padre francés, aunque la había abandonado a su suerte dejándola volver sola y embarazada a los Estados Unidos. Él no se portó bien con nosotros y quiero resarcir el nombre de mi madre, no busco dinero, pero sí un reconocimiento oficial de su paternidad, creo que ella y yo nos lo merecemos.

—Muy bien, pero a mí no tienes que explicarme nada.

—También quería decirte que voy a ir a París en febrero, ¿crees que podríamos conocernos en persona?

—Claro, ya tienes mi número, llámame y lo organizamos.

—Genial, muchas gracias, Étienne, y gracias por contestar a mi llamada. Es una suerte, además, que hables inglés porque yo no sé nada de francés.

—Tendrás que remediar eso.

—Ya veremos. Te volveré a llamar, pero quédate con mi número por si quieres hablar conmigo.

—Muy bien. Hasta otra, Roger.

—Adiós.

Le colgó y se quedó en shock un rato, porque ese chaval tan educado era su hermano, no le cabía la menor duda, y era la primera vez en su vida que podía llamar hermano a alguien.

Por supuesto, estaban Chantal y Jean-Jacques, que se habían criado con él y a los que siempre iba a considerar sus hermanos, y las hijas de su padre con Olivia, sin embargo, lo de ese chico por alguna razón era diferente, tal vez por ser hijo de Brandy, de la que guardaba un recuerdo precioso, o porque le había caído muy bien, no lo sabía, pero la realidad es que se iba a convertir en un Clermont-Tonnerre en cualquier momento y aquello no era algo para tomárselo a la ligera, al contrario, era un asunto muy importante.

Miró la hora y se levantó para incorporarse al trabajo, preguntándose cómo debería actuar con él o qué podría esperar de esa relación novedosa y completamente sorprendente que le estaba

regalando la vida. Todo era un misterio, pero, como siempre, estaba dispuesto a vivir la experiencia de la mejor forma posible.

—Hola, chef.

La voz de Sol lo sorprendió a los cinco minutos de ponerse delante de su mesa y la miró de reojo sin moverse.

—Hola.

—¿Qué tal estás?, ¿qué tal las vacaciones?

—Si devolvieras las llamadas lo sabrías.

—No quise interrumpir tu descanso y el mío tampoco.

—Claro —Sonrió y siguió sin mirarla a la cara.

—Bueno, ¿se ha decidido ya si la “tarta de la casa” se incluye a partir de ahora en la carta?

—Haz lo que quieras, los postres con cosa tuya, Sol.

—Pero tú eres el jefe.

—¡Mi amor!

Chilló de repente una mujer colándose en la cocina y él supo de inmediato que se trataba de Denise, una ex muy persistente a la que había traído en el avión privado desde Las Bahamas y a la que había prometido preparar una cena especial para ella y sus amigos esa noche.

—Mi vida, llevo diez minutos llamándote al móvil y no respondes. En la playa no te hacías tanto de rogar —se le acercó y le dio un pico en los labios—. Mi grupo y yo ya estamos en nuestra mesa, ¿podrás acompañarnos en algún momento?

—No lo sé, tengo mucho trabajo, ya te avisaré.

—Hola.

De pronto Denise se fijó en Sol, que se había quedado quieta a su lado y la recorrió con los ojos antes de dirigirse a ella.

—¿Necesitas algo, bonita?

—Estaba esperando una respuesta del chef.

—Bueno, atiende a tus empleados, amor, y esmérate con la cena, porque yo luego me esmeraré con tu polla.

Le soltó tan ancha lamiéndose los labios, giró y se fue por el pasillo taconeando y alisándose su estrechísimo vestido de cóctel.

Él parpadeó muy incómodo, no solo por la invasión en su cocina, sino principalmente por hablarle así delante de una subalterna, peor

aún, delante de Sol, y se volvió hacia ella con cara de disculpa.

—La tarta de la casa, ¿la ofrecemos o no?

Fue su reacción sin moverse y con las manos a la espalda. Ni un parpadeo, ninguna muestra de incomodidad, o de humanidad en esa preciosa cara, así que respiró hondo y volvió a concentrarse en su mesa de trabajo.

—Incluidla.

—Muchas gracias, chef.

Bajó la cabeza, se dio la vuelta y desapareció.

# 12

—¿No se te ha echado encima como un tren de mercancías?

Le preguntó directamente Jean-Jacques y Sonsoles se apoyó en el respaldo de la silla sin saber qué decir, miró de reojo a Chantal y ella tiró la servilleta encima de la mesa.

—No te pases, JJ, déjala en paz.

—Lo siento, Sol, no quería ser impertinente.

—Es igual, no pasa nada.

Respondió y se levantó para recoger los platos e ir a buscar el postre.

Estaban en casa, en Belleville, en su día libre y cenando con Jean-Jacques Garnier, que había aparecido sin avisar para saludar a Chantal y llevarle de paso unas botellas de vino de su viñedo, y a la primera oportunidad le soltaba semejante pregunta sobre el tren de mercancías refiriéndose a Étienne, claro, al que, según él, no se le resistía mujer del universo.

Primero había empezado con indirectas y bromas, y como no lo había cortado a tiempo, habían llegado a ese punto que la ponía en un pequeño compromiso, no porque le importara reconocer que ya había sucumbido a la sexualidad arrolladora de su jefe, sino porque aún no se lo había contado a Chantal, que era amiga de los dos, y a la que, visto lo visto, había decidido no contárselo.

Por fortuna, (o no, aún no lo tenía claro) lo suyo con Étienne se había disuelto igual que había empezado, es decir, sin previo aviso, por lo tanto, no había visto necesario involucrar a Chantal en sus historias.

El 26 de diciembre, el día que se habían separado para iniciar sus respectivas vacaciones, lo tenía señalado como el principio del fin. Él, que era tan adorable como controlador, no había encajado nada bien que no quisiera acompañarlo a Las Bahamas y se había comportado como un crío caprichoso durante días, se habían despedido de mala manera y eso había desembocado en una semana entera sin contacto alguno.

Cierto era que la había llamado y dejado muchos mensajes, y que ella no los había respondido en un vano intento por poner orden en su cabeza, y de paso bajar el nivel de intensidad que él imprimía a todo en su vida, y a la vuelta, en París, el reencuentro había sido desastroso.

A la primera frase ya le había recriminado no devolver sus llamadas, y a los tres minutos había aparecido una de sus despampanantes novias para recolocar las cosas y ponerlas en su sitio. Había sido explícita y directa, y Sonsoles había pillado la jugada al segundo y se había retirado sabiendo que eso era lo mejor para los dos.

Cada uno en su casa y Dios en la de todos, se solía decir en España, y en París era justamente lo que necesitaba hacer.

Cada uno en su casa y los dos en el trabajo actuando como lo que eran, un par de colegas que no necesitaban ni cruzarse en el restaurante, mucho menos hablar o confraternizar, algo que Étienne Clermont-Tonnerre no parecía llevar muy bien, o eso delataban sus malos modos y sus miradas asesinas cada vez que la tenía a tiro. Una situación realmente incómoda y que venía a reafirmar su premisa inicial: nunca, jamás, te enrolles con un compañero de trabajo, mucho menos si es tu jefe.

—Sol...

La llamó Chantal, y ella acabó de servir las natillas caseras para prestarle atención.

—No quiero inmiscuirme en tu vida, pero... he visto tu cara ahí fuera con las bromas de Jean-Jacques y... ¿estás saliendo con Étienne?

—Saliendo no, solo fueron unos encuentros puntuales. No te lo había querido contar porque no tuvo mayor trascendencia.

—¿Encuentros puntuales?

—Ya me entiendes, nos vimos unas cuantas veces fuera del trabajo, pero todo quedó en nada a partir de las vacaciones de fin de año.

—Madre mía, no pudo dejarte en paz, ¿no?

—Bueno, eso tampoco, somos adultos y los dos nos dejamos llevar.

—Y ¿ahora va todo bien?

—Claro, solo fue un rollo sin importancia, no te preocupes.

—¡Eh! ¿comemos el postre, chefs?, tengo que irme en diez minutos.

Las interrumpió Jean-Jacques y Sonsoles asintió y se llevó las natillas a la mesa del comedor. Chantal la siguió con la cafetera recién hecha y se sentaron a charlar tan animados hasta que el timbre de la puerta principal sonó y los hizo saltar del susto.

—¡Madre de Dios!, seguro que es mi vecina Letitia, algo querrá. Id sirviendo el café, ahora vuelvo.

—No tardes, me tengo que marchar en seguida, cielo —Comentó Jean-Jacques siguiéndola con los ojos—. Sigue nevando y tengo que conducir hasta Giverny.

—¿Giverny? —Preguntó Sol—. Creo que es precioso.

—Preciosísimo —Respondió él—. Su paisaje inspiró a Monet. Uno día de estos os recojo temprano y nos vamos a pasar el día allí, tengo las viñas en...

—Buenas noches.

La voz grave de Étienne Clermont-Tonnerre resonó de repente como un huracán en medio del gran comedor y Sol lo miró sin poder creerse que lo tenía delante, se puso tensa de forma involuntaria y miró a Jean-Jacques, que automáticamente se puso de pie cogiendo su chaqueta del respaldo de la silla.

—Chicas, muchas gracias por la cena. Ya nos veremos.

Pasó por el lado de Étienne sin mirarlo, como si no existiera, y se acercó a Chantal para besarla en la frente.

—Chao, Chanty, luego te llamo.

—No te vayas así, JJ. ¡Jean-Jacques!

Chantal salió detrás de él y Sonsoles se puso de pie sin saber muy bien qué hacer en medio de una situación tan incómoda, se atusó el pelo y se le ocurrió recoger la mesa.

—Siento el mal rollo, no sabía que estaba aquí.

—Bueno, yo...

—¿Cuánto tiempo pretendéis seguir así?, ¿eh?, ¿me queréis matar? —Lo increpó Chantal regresando al comedor y él se encogió de hombros.

—No es mi culpa, yo no lo evito, ni salgo corriendo cuando lo veo, es él el que se empeña en no hablar conmigo. Supongo que le es más fácil seguir odiándome.

—Par de cabezotas, os voy a encerrar en una habitación y a ver qué pasa.

—Disculpad, os dejo solos, voy a...

Sonsoles recogió los restos de las natillas y giró hacia la cocina para dejarlos charlar tranquilos, pero antes de dar dos pasos Étienne la llamó y no le quedó más remedio que volverse para mirarlo.

—Dime.

—He venido para hablar contigo, Sol.

—¿Conmigo?

—Sí, cielo, soy yo la que os deja solos.

Chantal se acercó, le quitó los cuencos del postre y desapareció por el pasillo camino de la cocina. Sonsoles se cruzó de brazos y miró a Étienne muy atenta.

—¿No puedes esperar a mañana en el trabajo?

—Obviamente no.

—Vale, tú dirás.

—¿Yo diré?, llevas dos semanas sin dirigirme la palabra, Sol, igual eres tú la que tendría que explicarse conmigo.

—¿Perdona?

—Desde que volvimos de las vacaciones ni una mirada, ni un saludo, ni un puto buenos días, chef.

—Eh, eh, para el carro. Primero, no me hables así, y segundo, cuando volvimos de las vacaciones YO me acerqué a saludarte y tú ni caso, así que di por hecho que lo mejor era dejarte tranquilo.

—Dos semanas, Sol.

—¿Qué se supone que tenía que hacer?

—Hablar conmigo, como personas normales.

—¿Personas normales?, somos compañeros de trabajo y creo que nos relacionamos con bastante normalidad. Los dos primeros meses en tu cocina ni siquiera me dabas las buenas noches, ¿recuerdas?

—Eso fue antes de meternos en la cama.

—Vale, ¿sabes qué?, no pienso hablar de esto en el comedor de Chantal, no me parece correcto, pero si quieres, tranquilamente y como “personas normales”, lo hablamos mañana en el restaurante o en un café de la Place Vendôme. ¿Bien?, genial, hasta mañana.

Se dio la vuelta indignada y subió de dos zancadas a la segunda planta de la casa donde estaba su cuarto, llegó allí, entró intentando calmarse, porque aquello era insólito, y absurdo, y antes de volver a respirar él estaba entrando en la habitación como Pedro por su casa.

—¡Étienne!

—Esto no es hablar, he dicho que venía a hablar contigo —Se sacó su perfecto abrigo de paño negro y lo tiró encima de una silla.

—No puedes obligar a las personas a hablar contigo.

—¿Ah no? —Le clavó los ojos azules y ella respiró hondo—. No he cruzado medio París con esta nevada para marcharme sin más.

—Ok, bien, di lo que tengas que decir.

—Antes de las vacaciones pasamos tres semanas increíbles, hacía mucho tiempo que no estaba a ese nivel con nadie y me gustaría volver a ese punto exacto sin montar un drama, ni escuchar reproches, ni discutir.

—¿Alguien está montando un drama?

—Tú no, pero yo estoy a punto, porque me frustra muchísimo que me ignores, ignores mis llamadas y me ignores en el trabajo.

Guardó silencio y lo observó sin poder creerse lo que estaba oyendo. Un tío hecho y derecho, un triunfador, un galán a la altura de un príncipe de cuento, ¿Étienne Clermont-Tonnerre hablando así?, ¿en serio?

—Me estás tomando el pelo.

—No, Sol, no te estoy tomando el pelo, me gustas mucho, me encanta el sexo contigo, me encanta pasar tiempo contigo, y estoy seguro de que tú también sientes lo mismo por mí. ¿Qué coño ha pasado para terminar así?

—¿Qué ha pasado?, pasó que te sentó fatal que me fuera a Madrid a ver a mi familia en lugar de viajar contigo a Las Bahamas. Supongo que no estás nada habituado a que te digan que no y eso desembocó en una tensión innecesaria que duró varios días. ¿No

recuerdas cómo te despediste de mí el 26 de diciembre?, yo te lo voy a recordar: ladrando.

—Yo...

—Decidí dar una tregua al subidón que, efectivamente, teníamos los dos, respeté tu espacio, y el mío, y pensé que lo mejor era tomar distancia y dejarte descansar, sin embargo, en cuanto te vi en el restaurante me acerqué a ti y tú volviste a responder como el 26 de diciembre, es decir, ladrando otra vez. ¿Cómo pretendes que me comporte como antes de las vacaciones?

—Siento muchísimo haber reaccionado así, lo siento, Sol.

—Vale.

—Y sí estoy acostumbrado a que me digan que no, no me importa que me digan que no, lo que por alguna maldita razón no sé gestionar es que tú me digas que no —estiró la mano para tocarla y ella retrocedió—. Solo quiero disfrutar del mejor sexo de mi vida con la chica más guapa que he conocido nunca.

—No te pongas tan francés conmigo, Étienne.

—¿Disculpa?

—Mucho bla, bla y muchas palabras bonitas que a mí me dan igual.

—*Mon Dieu!*

Exclamó muerto de la risa y ella relajó los hombros y sonrió.

—Vale, pues, hablando en plata, quiero follar contigo. Me muero de ganas de llevarte a la cama porque me vuelves loco, Sol, y no puedo sacarte de mi cabeza.

—Ok, eso suena más sincero.

—Gracias...

Se le acercó, la sujetó por la cintura y se la pegó al cuerpo. Sonsoles, que le llegaba a la altura del pecho, subió la cabeza y lo miró olvidándose de sus buenas intenciones, porque estaba buenísimo, era muy dulce, y también lo deseaba un montón.

—No sé cuánto durará esto, pero al menos, el tiempo que dure, que sea bueno y esté libre de malos rollos y discusiones, Étienne, ¿te parece?

—Me parece perfecto.

—Estupendo, gracias por venir, mañana te veo en el Saint-Malo y... ¡¿qué haces?!

Exclamó al ver cómo empezaba a desvestirse y se sacaba los zapatos, y él se volvió y la miró con cara de inocente.

—¿No querrás que vuelva a París de noche y nevando?

—No, pero... no puedes dormir aquí, Chantal tiene otros cuartos de invitados.

—¡Ja! —masculló tan tranquilo—. Qué te crees tú que voy a perder una oportunidad de dormir contigo.

—¡Étienne!

—Sol, Chantal es mi amiga, es tú amiga, sabe que somos adultos y que podemos dormir juntos, no pasa nada. Venga, quítate esa ropa y vente a la cama, no puedo esperar ni un segundo más.

# 13

Volvió con el desayuno al dormitorio y se encontró con Sol boca abajo en la cama, completamente desnuda y durmiendo plácidamente. Por un segundo desvió la vista para no perder la cabeza, pero fue imposible, así que dejó la bandeja en la mesilla, se acercó a ella, le apartó el pelo largo de la espalda, le acarició primero la cintura estrecha y luego el trasero perfecto con mucha calma, se inclinó y se lo mordió, le separó suavemente las piernas, se puso encima y la penetró sin necesidad de despertarla.

—Étienne...

Gimió e instintivamente buscó la mejor posición para recibirlo dentro de ella, un gesto que lo cegó de inmediato, obligándolo a levantarla por las caderas para embestirla con los ojos cerrados.

—Eh, espera, un poco de calma... —Susurró, él detuvo el balanceo desbocado y se le acercó para besarle el cuello.

—¿Te he hecho daño?

—Un poquito, pero no pasa nada, tranquilo.

Se separó de él, giró por debajo de sus brazos y se puso de frente para envolverlo con sus muslos, le sonrió y se incorporó para besarlo sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Vamos, haz lo que quieras conmigo, Étienne, estoy contigo.

Lo siguiente que vino fue un polvo sublime, completo, devastador, devorándose al mismo nivel y mordiénose y deseándose con esa intensidad que los hacía perder el sentido del tiempo y el espacio en cualquier parte, aunque hacer el amor con ella en su cama era el mejor escenario de todos, especialmente si eso suponía que podía tenerla para él solo durante horas.

—¿Estás bien, *chérie*?

Le preguntó después de un orgasmo legendario, y ella asintió apartándose el pelo de la cara y acariciándole la suya con una sonrisa.

—Sí, perfectamente. ¿Has preparado el desayuno?, qué majo, muchas gracias.

—Espera... —La observó con atención y comprobó un poco preocupado que le había dejado una marca bastante grande alrededor de un pezón, ella se lo miró y negó con la cabeza.

—No pasa nada, yo te he dejado los dientes marcados en el hombro.

—A veces se me va la pinza, lo siento, cielo.

—No lo sientas, fue en el fragor de la batalla, no pasa nada —Se cubrió un poco con la sábana y cogió su taza de café— ¿Sabes cuál es el nombre formal de un chupetón?

—¿Tiene un nombre formal?

—Sí, Sugilación. ¿A qué suena muy raro?

—Chupetón me suena peor.

—Entonces ¿cómo lo llamamos?

—Deseo desatado, así lo llamaremos, porque es ansiedad pura y dura por engullirte —se le acercó y le besó la cabeza— ¿Quieres una tostada?

—¿Con Nutella?, no, gracias. Sigo sin acostumbrarme a que tomes tostadas con crema de chocolate por las mañanas, pareces un niño de seis años.

—¿Si quieres te preparo unas crepes?.

—No, gracias, una tostada con mantequilla está bien.

—Como quieras —Le untó la tostada mientras ella se trenzaba su larguísima melena castaña, y luego se la puso en la mano—. ¿Te vienes a nadar conmigo esta tarde?

—Claro, pero hoy es la cita con tu “hermanastro”.

—Es un *brunch* a las doce del mediodía, creo que a las cuatro podré estar en la piscina.

—Vale, perfecto. ¿Estás nervioso? —Le clavó los ojos oscuros y él se encogió de hombros—. No sé, es un gran acontecimiento esto de conocer a un nuevo hermano, hasta yo estoy emocionada.

—Acompáñame, vente conmigo a conocerlo.

—Es un momento muy íntimo, Étienne, creo que deberíais vivirlo los dos solos.

—Viene con su novio, no es nada íntimo, ni trascendental, solo es una primera toma de contacto. Acompáñame y me sentiré mucho mejor.

—Igual Chantal o...

—Te lo estoy pidiendo a ti, Sol, a nadie más.

—Está bien, si te apetece de verdad, yo te acompaño.

—Genial, primera salida a la luz del día conmigo, chef Monzón, menudo avance.

—Muy gracioso.

—Tres semanas antes de Nochevieja y un mes después de las vacaciones, eso suman siete semanas juntos y aún no me has dejado invitarte a cenar fuera, o al teatro, permite que me alegre por este pequeño paso hacia delante.

—No empieces o te vas solito a tu *brunch* —Lo miró con los ojos muy abiertos y él se echó a reír.

—Primero tengo que pasar por la Torre Eiffel, me han avisado de que al fin puedo ver un local que se ha quedado disponible.

—¿Un local?, ¿quieres abrir otro Saint-Malo?

—No, otro Saint-Malo no, un restaurante con una oferta más accesible y parisina, ya sabes, pensando en los turistas, pero con menús de calidad.

—Ni se me había pasado por la cabeza que se pudiera aspirar a un local allí.

—Llevo ocho años esperando una oportunidad, de hecho, el proyecto inicial lo presentamos Jean-Jacques y yo, aunque, visto lo visto, si me decido a seguir adelante lo tendré que levantar yo solo.

—Vaya, lo siento mucho.

—*C'est la vie*.

La miró a los ojos y percibió que no sabía nada de su conflicto con su mejor amigo, algo que seguramente Chantal no le había querido comentar, y que ella no se atrevía a preguntar, así que respiró hondo.

—Puedes preguntarme lo que quieras, *chérie*.

—No quiero ser impertinente, pero es que es tan evidente vuestro distanciamiento que cuesta ignorarlo. ¿Qué os pasó?

—Mi versión, porque estoy seguro de que él tiene la suya, es que jamás ha podido perdonar que yo acabara dedicándome profesionalmente a la cocina, una parcela sagrada en la que no me quería, aunque en público dijese lo contrario, y al final esa tensión

insostenible estalló cuando puse el Saint-Malo y en lugar de dejarlo a él de chef principal, me metí en la cocina.

—¿Cómo que no quería que tú...?

—Para él, como para mucha gente, el que mi familia tenga dinero y yo haya crecido en un ambiente privilegiado me deja al margen de la vida real.

—No entiendo.

—Solo son prejuicios, *chérie*, al parecer, que tenga dinero no me da derecho a tener sueños profesionales o a iniciar proyectos que me den más dinero. Si apoyo a los demás, genial, si estudio en Le Cordon Bleu, muy divertido, pero si pongo un restaurante en el que pretendo trabajar, no solo dirigiéndolo, ya no está tan bien y empiezan los conflictos. Yo me crie con Jean-Jacques, hicimos el mismo camino, pero él sigue creyendo que le robé su vocación y sus sueños solo por capricho y porque me lo podía permitir.

—Es injustísimo.

—Lo es, sobre todo viniendo de alguien al que siempre he considerado un hermano.

—Es horrible, lo siento mucho.

—Bueno, gracias a Dios, el tiempo lo cura todo, igual en un futuro podemos hablar y arreglarlo.

—Eso espero.

—Bien, otra cosa —Cambió de tema al ver que a ella se le llenaban los ojos de lágrimas y señaló su móvil—. Iris me ha mandado las reservas para el congreso de Barcelona, tienes que dar tu Ok esta mañana, tenemos los plazos encima y no quiero que mi chef repostera se quede fuera de un evento de la Guía Michelin.

—Sí, ahora se lo confirmo, no te preocupes.

Cogió su teléfono de la mesilla, lo encendió y de inmediato le empezaron a entrar un montón de alertas, él la observó de soslayo, sin querer intervenir, pero después de ver cómo repasaba una ristra de mensajes y llamadas perdidas no se pudo resistir y abrió a boca.

—¿Te llaman muchos pretendientes?

—¿Perdona? —Levantó los ojos oscuros y le prestó atención.

—Siempre te reclama mucha gente.

—Supongo que bastante menos gente que a ti. He visto cómo te relacionas con las chicas, *mon ami*.

—Desde que estoy contigo no me relaciono con nadie más y, sinceramente, espero que tú tampoco lo hagas.

—Aunque quisiera no podría, no tengo tiempo material para ver a nadie más y tú lo sabes mejor que nadie, Étienne.

La voz le cambió automáticamente del tono relajado a uno mucho más serio, y él decidió no presionar ni apretar más las tuercas, porque llevaban cuatro semanas de lujo y no pretendía estropearlas por un ataque de celos infantil y completamente fuera de lugar.

—Vale, ya le he dado el Ok a Iris —Le comentó dejando el teléfono otra vez en la mesilla y él asintió.

—Estupendo.

—¿Has hablado con tu madre?, anoche te dejó un montón de mensajes.

—Se los he respondido temprano. Está que se sube por las paredes, me odia y quiere desheredarme por ir a conocer al hijo de Brandy, pero ya se le pasará.

—Es que es una situación muy delicada para ella, supongo.

—Lo es, pero también le sale la Sarah Bernhardt que lleva dentro y no hay quién la aguante.

—Madre mía.

Soltó una carcajada, dejó su taza de café vacía en la bandeja y gateó por la cama para sentarse encima de él, acariciarle el pelo y mirarlo a los ojos.

—No estoy viendo a nadie más, Étienne Clermont-Tonnerre, solo a ti, porque me gustas mucho y estoy muy a gusto contigo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Muy bien, ahora voy a probar un poquito de tu Nutella...

Se estiró, cogió una cuchara, la sumergió dentro de la crema de cacao, sacó una buena porción, la probó, lamió la cuchara y luego se acercó para besarla despacio con los labios llenos de chocolate. Él abrió la boca y le comió literalmente su lengua, sintiendo como ella se acomodaba a la perfección encima de su pene erecto y conseguía que la penetrara prácticamente sin moverse.

# 14

Nunca había subido a la Torre Eiffel, porque nunca había tenido tiempo para ese tipo de actividades, así que llegar allí con Étienne y montarse en un ascensor privado con uno de los encargados de la zona de ocio y hostelería, y visitar uno de sus locales vacíos, había sido una experiencia única y muy divertida, porque se lo había pasado en grande cotilleándolo todo y comentándolo con Étienne, que agradecía cualquier idea y era muy abierto a las opiniones de los demás.

En realidad, en eso también era un diez. Llevaban compartiendo intimidad más de un mes y lo único que podía decir eran cosas buenas de él, porque no solo era un amante excepcional, también era un tipo interesante, culto, abierto, tolerante, afectuoso y adorable, encima estaba buenísimo, no podía ser más guapo, ni más elegante y caballeroso, y aquella realidad empezaba a preocuparla, porque no se lo podía quitar de la cabeza.

Según su filosofía, ella salía con mucha gente, no tenía compromisos con nadie y eso se traducía en que no compartía su “vida cotidiana” con nadie, sin embargo, con Étienne Clermont-Tonnerre aquello estaba cambiando de manera radical. Dormía en su casa, cenaban juntos, charlaban horas y horas, iban juntos a correr y a nadar, hablaban por teléfono cuando estaban separados... y lo más excepcional, lo echaba de menos, lo necesitaba cada día más y quería hacerlo feliz, le encantaba verlo bien y contento, y si eso no era un cambio muy arriesgado, que bajara Dios y lo viera.

—¿Estás bien?

De pronto sintió su mano en el muslo y salió de sus cavilaciones para mirarlo a los ojos, esos preciosos y enormes ojos azules que la mayor parte del tiempo parecían devorarla, y le sonrió acariciándole los dedos.

—Sí, solo estaba pensando. ¿Tú qué tal?

—Bien.

—Estupendo.

Asintió y miró a su alrededor para ver si aparecía de una vez Roger, el “hermano americano” que se estaba retrasando más de la cuenta.

Habían decidido quedar con él en un restaurante muy bonito del Barrio Latino, cerca de la Sorbona, donde servían un *brunch* bastante bueno, y habían llegado con un poco de antelación después de pasar más de una hora en la Torre Eiffel, a la par que Roger había avisado que se retrasaba un poco, así que ya llevaban unos veinte minutos con un vaso de agua delante y rodeados de gente que entraba y salía charlando y mirando a Étienne descaradamente, porque era increíble como las mujeres (también algunos hombres) no le quitaban los ojos de encima.

—Los turistas deben creer que eres un actor de cine —Le susurró y él dejó de leer la prensa en su teléfono móvil y la miró frunciendo el ceño—. En serio, se les cae la baba mirándote y he visto a una hacerte una foto.

—Qué va...

Se acercó para besarla en los labios y luego apoyó el brazo en el respaldo de su silla sin dejar de mirar el teléfono, Sol se acercó y le besó la mejilla oliendo su perfume de ensueño y mirando su camisa hecha a medida, y sus vaqueros de firma que le sentaban tan bien.

—Es que estás muy bueno, no sé ni cómo lo soporto.

—Mira quién fue a hablar.

—Mi madre cree que podrá venir en Semana Santa —Cambió de tema y él le prestó atención.

—No me habías dicho nada, es una noticia estupenda.

—Vino a París cuando yo estaba estudiando en Le Cordon Bleu, pero no ha vuelto, esta vez espero que pueda quedarse más días y podamos pasear más.

—Haremos que sea perfecto, no te preocupes —Le sonrió y ella suspiró—. A menos que no quieras que conozca a tu madre.

—Eres mi jefe, querrá conocerte —Bromeó y él movió la cabeza.

—¿Cómo se llama?

—Ana.

—¿Viene sola o...?

—Viene sola, vive con mi abuela, pero ella no quiere viajar, vendrá sola.

—Y ¿tu abuela se llama?

—Sonsoles, me llamo así por ella.

—Es un nombre muy original Sonsoles, nunca lo había oído hasta que te conocí.

—Es el nombre de una virgen, nombre que deriva de la expresión “son soles”.

—¿Disculpa?

—La tradición cuenta que, en el siglo XV, cuándo unos pastorcillos encontraron una talla de madera con la figura de una virgen, los ojos los tenía iluminados con una luz muy cálida y brillante, entonces gritaron, en español claro: ¡son soles, son soles!, y finalmente se la llamó así, la virgen de Sonsoles.

—Qué curioso.

—Es un nombre muy común en Ávila, dónde está el santuario de Nuestra señora de Sonsoles. Mi abuela materna es de allí y yo, que fui su primera nieta, tenía que llamarme así.

—Creía que, por tu segundo apellido, tu familia era del País vasco.

—Aramburu, mi segundo apellido, efectivamente es vasco, de Donostia, San Sebastián, que es dónde nació mi abuelo materno, Iñaki.

—Tierra de grandes chefs.

—Así es.

—Yo también me llamo como mi abuelo.

—¿Materno o paterno?

—Materno, se llamaba Étienne De la Roche

—¿Ya no vive?

—No, murió en Las Bahamas hace diez años.

—¿O sea que lo vuestro con Las Bahamas viene de lejos?

—Mi abuelo compró la propiedad en los años cincuenta, cuando empezó a ponerse de moda, mi madre pasó parte de su infancia allí y le encanta, por eso va mucho, y yo voy cada vez que puedo porque es muy bonito. La próxima vez tienes que venir conmigo.

—Bueno...

—Necesito verte en bikini, *chérie*.

—Ya me has visto desnuda y en todas las situaciones posibles, qué más dará un bikini.

—No me digas eso que me pongo muy cachondo.

Le susurró en el oído deslizando una mano por debajo de su minifalda y de pronto la presencia de alguien los hizo separarse y levantar la cabeza.

—¿Étienne?, ¿qué tal?, soy Roger.

—¡Roger!, ¿qué hay, tío?

Se puso de pie y Sol con él observando como saludaba a su hermano, que era un chaval muy majo, pero que no se parecía en nada a él, de hecho, era un palmo más bajo y tenía el pelo y los ojos oscuros.

—Encantado de conocerte al fin, te presento a mi pareja, Mark.

—Hola, encantado, Mark. Esta es Sol —Dio un paso atrás y la abrazó por la cintura— ¿Os ha costado mucho llegar?

—Un poco, no estamos lejos de nuestro hotel, pero nos pusimos a callejear y nos perdimos un poco.

—En París es lo habitual. ¿No sentamos?

—Claro —Se sentaron los cuatro y Roger la miró a ella con atención— ¿Hablas inglés, Sol?

—Sí, he vivido unos seis años en los Estados Unidos.

—¿Ah sí?, ¿dónde?

—Un curso en Nueva Jersey y el resto en Nueva York.

—Genial, porque nosotros no hablamos ni papa de francés.

—¿Los dos sois de Miami?

—No, ninguno de los dos, nos conocimos en Miami, pero yo crecí en Hartford, Connecticut, y Mark es de Indiana.

—Coincidimos en la Universidad de Florida hace diez años, nos reencontramos el año pasado y decidimos mudarnos a vivir en Miami, a la Pequeña Habana —Apuntó Mark imitando el acento cubano.

—¿Entonces habláis español? —preguntó en castellano y los dos abrieron los ojos como platos—. Trabajo en París, pero soy española, de Madrid.

—¡Qué pasada!

—No hablamos mucho español tampoco, pero entendemos bastante ¿Vosotros dónde os conocisteis? —Preguntó Mark directamente y Étienne la miró.

—¿Nosotros?, en el trabajo. Sol dejó un puesto en Nueva York para venir a trabajar a mi restaurante hace unos meses.

—Qué romántico.

—¿Tenéis hambre?, este sitio es famoso por sus *brunch*.

Preguntó ella cambiando de tema y llamando al camarero, y a partir de ese momento los dejó charlar tranquilamente casi sin intervenir, más pendiente de observar a esos dos chicos con atención, intentando descifrarlos, porque eran muy diferentes, como la noche y el día, y se pasó un buen rato escuchando la conversación que empezó repasando sus aficiones, sus gustos y sus proyectos, hasta que llegaron a Brandy, la madre de Roger, y antigua niñera de Étienne, de la que su hijo traía un montón de fotos.

—Sabía que te dedicabas a la cocina y buscamos tu restaurante en el Google Map —Le explicó a Étienne señalándole una ristra de imágenes—. También le conseguí fotografías tuyas en Internet. Soñaba con venir a París a sorprenderte en tu local, pero no pudo ser, estuvo enferma mucho tiempo.

—Lo siento muchísimo, yo la recuerdo con mucho cariño.

—Afortunadamente, tuvo una vida muy feliz al lado de su familia y sus últimos años los vivió rodeada de amor.

—Me alegra saberlo.

—El drama es que ahora toda la familia está endeudada pagando sus gastos médicos. La ruina total.

Soltó Mark directamente y Sonsoles, sin venir a cuento, sintió un escalofrío por todo el cuerpo.

—Es que los seguros médicos no cubrieron ni el cuarenta por ciento de los gastos y mi padre... en fin... ambos eran profesores y con sus sueldos no pudieron hacer frente a un tratamiento de más de diez años contra la leucemia.

—Lo siento muchísimo —Respondió Étienne muy sereno, apoyando la espalda en el respaldo de su asiento.

—Ese es el principal motivo por el que estoy pidiendo las pruebas de paternidad. No quiero todo el dinero que me corresponde como hijo biológico de tu padre, pero si me reconoce legalmente, le quiero pedir ayuda para cubrir los gastos médicos de Brandy. Con eso me conformo, con nada más.

—Bueno con eso y con que se haga cargo de todos los gastos legales generados, porque los abogados no son gratis y hemos tenido que pedir un crédito solo para poner en marcha el proceso.

Habló otra vez Mark con mucha contundencia y Sol asumió que era él el que llevaba la voz cantante en la pareja, y en todo lo demás, y que Roger no era más que una especie de colaborador necesario. Respiró hondo y buscó sus ojos.

—¿A qué te dedicas, Mark?, ¿en qué trabajas?

—Soy abogado, pero no de estos temas, llevo patentes.

—Trabaja sesenta horas semanales en un bufete y yo soy profesor de yoga y monitor de gimnasio, comprenderéis que todo este tema está afectando muchísimo a nuestra economía familiar.

—¿Has hablado sobre esto con tu padre, Étienne? —Intervino Mark— ¿Crees que podríamos llegar a un acuerdo económico con él antes de ir a juicio? Lo más sensato sería hablarlo amigablemente antes de meternos de lleno en un pleito.

—No me habías dicho nada de esto por teléfono, Roger — Contestó Étienne con mucha calma y dirigiéndose solo a su hermano.

—Bueno, te lo estoy diciendo ahora.

—Creo que deberíais tratar estos temas con sus abogados, no conmigo, yo me mantengo bastante al margen de todo esto porque mi padre no quiere que intervenga.

—Sin embargo, has venido a comer con nosotros.

—Porque me lo pidió Roger para conocernos.

—Y te lo agradezco muchísimo, Étienne, pero Mark cree que lo mejor es no ir a juicio y que lo óptimo sería llegar a un acuerdo económico privado, así que, si tú pudieras concertar un encuentro con tu padre, pues...

—No, lo siento mucho.

Respondió con la misma flema, sin subir un ápice el tono o agriar el gesto, y Sonsoles se sintió muy orgullosa de él, porque hasta en una situación tan tensa se estaba comportando como un caballero, y estiró la mano por debajo de la mesa para acariciarle la pierna.

—Accedí a verte, Roger, porque ya que venías a París me parecía lo correcto, como algo personal y por el buen recuerdo que guardo de tu madre, pero todo lo demás no es de mi incumbencia. No voy a mediar con mi padre para que quiera verte. Primero, no sé si lo sabes, pero ni siquiera vive en Francia, y segundo, eso es algo que tienes que negociar con sus representantes legales, que para eso lo has demandado, no conmigo.

—Vaya, pues, qué chasco, ambos creímos que un tío joven y enrollado como tú nos facilitaría el trámite, estar en París es carísimo y no podemos perder el tiempo —Sentenció Mark poniéndose de pie y mirando a Roger muy serio—. Vamos, Roger. Gracias por el *brunch* y espero que seáis muy felices.

Les soltó con retintín y salió de prisa hacia la puerta principal. Sol miró a Roger con cara de pregunta, pero él la ignoró, cogió su abrigo y luego los observó con cara de asco.

—Gracias por tu ayuda, Étienne. Adiós.

Se fue sin más y Étienne sonrió moviendo la cabeza.

—Qué tíos más mal educados —Comentó ella resoplando, y él estiró la mano y le acarició la espalda.

—Son muy torpes. Han enseñado sus cartas demasiado rápido y creo que la acabarán fastidiando.

—Estoy de acuerdo.

—Me parece que el tal Mark ha cogido las riendas por la pasta que cree que va a sacar y terminará perjudicando al pobre Roger. No tiene ni idea de a quién se está enfrentando, mi padre es un tío muy duro y sus abogados mucho más. ¿No vamos, *chérie*?

Dejó el dinero de la cuenta encima de la mesa, se levantó y se puso el abrigo con mucha parsimonia, Sonsoles lo imitó y buscó sus ojos.

—¿Has reconocido algo de tu padre en él?, porque yo, viéndoos juntos, no veo ningún rasgo en común contigo.

—Yo soy De la Roche por los cuatro costados, me parezco a mi madre, seguro que él tiene algo de mi padre.

—¿Y de Brandy?

—No sé, por las fotos creo que no.

Le hizo una venia para que pasara delante, ella salió del restaurante y cuando llegaron a la calle se volvió y lo miró a la cara.

—¿Vas a seguir adelante con las pruebas de ADN?

—Por supuesto, ahora más que nunca. Es prioridad aclarar este tema cuanto antes y dejarlo cerrado.

—Me alegra saberlo.

—¿Por qué?, ¿en qué piensas?

—No, en nada, son paranoias mías.

—Vamos, comparte tus paranoias conmigo, *chérie*.

—Es que, no sé, no he visto que Roger tenga nada en común contigo, sin embargo, me recordó mucho a alguien.

—¿A quién?

—A Jean-Jacques, Jean-Jacques Garnier.

—Vaya por Dios, será porque ambos son morenos y de ojos oscuros.

—Será.

Asintió no muy convencida y observó como Étienne daba un paso y la cogía de la mano, como las parejas normales, para caminar juntos en dirección al Sena. Por un segundo se puso tensa, porque jamás iba de la mano con nadie, menos por la calle, no desde la universidad, y le saltaron todas las alarmas.

En seguida quiso soltarse y seguir sola, a su aire, porque aquello la descolocaba bastante, pero inexplicablemente su cuerpo se resistió y no se lo permitió, al contrario, una fuerza profunda y desconocida hizo que se pegara más a él y no solo se cogiera de su mano, sino también de su brazo. Lo miró a los ojos sonriendo y él, que era un cielo, se inclinó y le dio un beso en la nariz.

—Gracias por venir conmigo, *chérie*, ha sido muy reconfortante tenerte a mi lado.

—Ha sido un placer.

—¿Nos vamos a nadar o mejor volvemos a casa para meternos en la cama hasta la hora de ir a trabajar?

—Mejor la casa y la cama.

—*D'accord.*

# 15

—¿Tenemos las vieiras, Carole?

—Sí, chef, ahora se las llevo.

—*Merci beaucoup.*

Susurró y siguió andando por la cocina con una sonrisa en la cara. No podía evitarla, porque llevaba una temporada muy feliz, y muy plena a pesar de los vaivenes de la vida, y aquel bienestar no se podía disimular, tampoco quería, porque hacía semanas que le importaba bien poco lo que pensarán los demás.

Miró hacia la zona de los postres y localizó a Tui charlando con Chantal, que se había acercado al Saint-Malo para echar una mano en ausencia de Sol, que estaba en Barcelona asistiendo a un congreso.

Sol, masculló y no pudo evitar sonreír otra vez, porque solo pensar en ella lo llenaba de felicidad, porque gracias a ella estaba disfrutando de la mejor etapa de su vida, de la mejor relación de su vida, del mejor sexo de su vida, y de la mejor compañía, y aquello no tenía precio.

Llegó a su puesto y desplegó sus cuchillos sintiéndose el tipo más afortunado del planeta, solo por tenerla con él, aunque ella se escurriera ante cualquier atisbo de romanticismo, y consideró la posibilidad de dejarlo todo en manos de Iris para volar a Barcelona a sorprenderla...

—¿Sigues sin saber nada del hermano americano?

Preguntó Chantal de repente a su espalda y él negó con la cabeza.

—No.

—¿Nada?, ¿ha desaparecido?

—Eso creemos.

—¿Y la prueba de ADN?

—No ha presentado la suya para cotejarla con la mía, así que todo está paralizado.

—Qué raro.

Se le acercó más y se apoyó en la encimera resoplando, tan sorprendida como él, que llevaba más de tres semanas esperando a que ese chaval, Roger Harper, presentara su muestra de sangre en los juzgados para concluir de una vez por todas con la dichosa demanda de paternidad.

—¿Se habrá ido de París?

—Seguramente, ¿quién puede pagar tres semanas de hotel en esta ciudad?, muy poca gente y menos unos chicos que se quejaron abiertamente de sus problemas de liquidez.

—Bueno, también pueden haberse quedado en casa de unos amigos.

—Puede ser.

—¿Crees que todo podría haber sido una patraña para sacaros la pasta?

—Mi padre no niega la relación con Brandy y ¿quién soy yo para dudar de las intenciones del chaval?

—No tan chaval, tiene treinta años.

—Ya, pero me pareció muy inseguro, un poco inmaduro.

—Sol opina que el que ha gestado todo ha sido el novio.

—Yo también. Estoy seguro de que el tal Mark ha montado el proceso y ha querido ser más listo que nadie pidiendo un acuerdo privado a cambio de dinero. Se ha creído que esto es Miami y que le íbamos a adelantar pasta para evitar un juicio por paternidad. No conoce este país y, sobre todo, no conoce a Roger Clermont-Tonnerre, que antes de soltar un centavo llevará el asunto hasta el tribunal supremo.

—Muy mal jugado.

—Están mal asesorados y les pierde la urgencia, si hubiesen jugado mejor sus cartas yo les habría dado el dinero para pagar los gastos médicos de Brandy, pero me subestimaron, intentaron colármela de una forma bastante rastrera y todo se fue al carajo. Si hubiese venido de cara desde la primera llamada de teléfono, esto se habría resuelto rápido y sin ningún problema, pero...

Guardó silencio al sentir vibrar el teléfono, se limpió las manos, lo miró y respondió en seguida al ver que se trataba de Sol.

—Un minuto, Chanty... —Se disculpó con Chantal y se alejó de la cocina para oír mejor—. *Chérie*...

—¿Qué tal va todo?, ¿cómo va el servicio?, ¿Tui se está apañando bien?

—Hola, cielo, ¿cómo estás?

—Hola, lo siento, es que estoy un poco paranoica. ¿Qué tal va todo?

—Todo va perfectamente, Tui tiene el servicio bajo control y Chantal se ha pasado a echar un ojo por si nos hace falta apoyo extra, pero, no creo, hoy estamos muy tranquilos.

—¿En serio?, qué raro.

—Es la inauguración del Chez Montiel.

—Ah, es verdad. Bueno, una preocupación menos.

—¿Qué tal Barcelona?, ¿estás aprendiendo mucho?

—Es interesante, pero preferiría estar en París trabajando.

—¿Solo trabajando?, porque yo te echo muchísimo de menos.

—Oh, qué mono eres cuando te pones tan francés y me dices esas cosas tan bonitas.

—Ya estamos.

—Es broma, corazón de melón, yo también te echo de menos.

—Corazón de melón —Repitió en castellano y sintió cómo ella se echaba a reír.

—Suenas muy sexy por teléfono, chef, me estoy poniendo nerviosa.

—Me alegra saberlo.

—Bueno, te dejo trabajar, manda un beso a todos. Buen servicio y luego hablamos, ¿ok?

—Ok... Sol...

—¿Dime?

—¿Has pensado en lo que hablamos ayer?

—Estoy en ello, pero prefiero hablarlo en persona, ¿te parece?

—Me parece bien, *chérie*. Te llamo esta noche, adiós.

Le colgó percibiendo un agujero en el centro del pecho, porque le apetecía decir muchas más cosas, explicarle cómo se sentía y lo que estaba experimentando, pero aceptó que eso era imposible, porque ni él mismo tenía muy claro qué le estaba pasando, y

regresó a la cocina donde Chantal se había enfrascado en cortar un apio enorme.

—¿Era Sol? —Le preguntó directamente y él asintió.

—Sí, está preocupada por el servicio, ya le he dicho que habías venido tú y se ha quedado más tranquila.

—Va todo fenomenal con ella, ¿no? —Buscó sus ojos y él sonrió —. Ya, se os nota en la cara, sobre todo a ti. ¿Cuánto tiempo llevas saliendo con ella?

—En total unos tres meses

—Menudo récord, amigo mío, creo que has pasado tu propia línea Maginot.

—Y ni lo he notado.

—Genial, me alegro por los dos, sois tal para cual.

—¿Tú crees?

—Sí, los dos sois independientes, alérgicos al compromiso, tenéis millones de oportunidades con hombres y mujeres, y lo sabéis pasar bien. Es normal que al final convergierais en el tiempo y el espacio.

—La cuestión es que me gustaría converger con ella de forma más permanente.

—¿Cómo dices?

—Ayer le pedí que se viniera a vivir conmigo.

—¡¿En serio?!

—Sí.

—Madre mía, Étienne...

—¿Crees que tengo alguna oportunidad?

—No lo sé, me pillas fuera de juego. Hace unos meses si alguien me hubiese preguntado lo mismo refiriéndose a ti, habría dicho que no de forma tajante, sin embargo, ahora me estás hablando de vivir con alguien, así que igual Sol también ha cambiado y tienes todas las oportunidades del mundo con ella.

—Eso espero, porque no quiero seguir jugando a los amantes furtivos, quiero una vida en común o al menos intentarlo. Nunca me había llevado tan bien con alguien, Chantal, a todos los niveles, y no quiero desaprovecharlo.

—*Mon Dieu!* —Se acercó y le dio un abrazo—. Sabía que algún día iba a pasar.

—¿El qué?

—Que te ibas a enamorar.

—Bueno... enamorar no lo sé... solo sé que me gusta muchísimo, que estoy loco por ella y que ahora mismo contemplar la posibilidad de perderla me podría matar.

—Eso es amor, cariño mío, y me alegra tanto que sea por una tía cabal, sensata y brillante como Sol, no hay nadie mejor que ella, es perfecta para ti.

—No eches las campanas al vuelo, porque lo mío no sé si es amor, pero lo de ella estoy seguro de que no lo es.

—¿Se lo has preguntado?

—¿A Sonsoles Monzón?, ¿estás de broma?, ¿quieres que me deje tirado y se vuelva a Nueva York?. No, gracias.

—Tienes razón, es que me he emocionado un poco —Le acarició el brazo y volvió a la tabla de cortar.

—Prefiero ir con tiento, al menos hasta que yo tenga claro lo que siento por ella. Ahora nos va de maravilla y no quiero estropearlo presionándola o haciendo preguntas que pueden esperar.

—Claro... —Movié la cabeza y se echó a reír.

—¿De qué te ríes?

—Es que me he acordado de mi abuela, que suele decir aquello de que a todo cerdo le llega su san Martín.

—Muy graciosa.

—Es la verdad, chef.

Le guiñó un ojo y se quedaron trabajando en silencio, rodeados de camareros que entraban y salían con comandas, hasta que ella detuvo la faena y clavó el cuchillo en la tabla.

—Por más que lo pienso creo que eres el primer hombre, desde que conozco a Sol, con el que ha salido más de un mes seguido, así que eso que tienes ganado, Étienne.

—Bueno...

—Ni siquiera con Daniel Widmer, con el que parecía ir bastante en serio, pasó de las cuatro semanas.

—¿Daniel Widmer? —Preguntó, apoyando las manos en la mesa y ella asintió.

—Ya sabes, el chef repostero suizo, fue nuestro profe en la Academia de Artes Culinarias Suiza. Fue a saco a por ella desde el principio y al final logró camelársela un mes, pero de ahí no pasó... ¿Qué?

Preguntó al notar que le había cambiado la cara porque, involuntariamente, se le había contraído el estómago, y él carraspeó.

—Es el ponente principal del congreso de Barcelona.

—Lo sé, por eso accedió a ir, para verlo, porque no le apetecía nada...

—Chef.

Los interrumpió sin piedad Marcel Reynier, el nuevo asistente de sumiller, y le prestó atención con ganas de matar al tal Widmer.

—Lo siento, chef, pero el señor Olivier Abara, el futbolista del París Saint-Germain, está en un reservado y pregunta por la chef Monzón.

—Está de viaje, ¿no lo sabes?

—No lo sabía, se lo diré, chef. Gracias.

—No, espera un momento, ya se lo digo yo.

Se limpió las manos, miró a Chantal de reojo y abandonó la cocina para hablar con ese tío que le constaba no paraba de llamar a Sol, a cualquier hora, algo que lo sacaba continuamente de quicio.

Llegó al comedor, saludó con una sonrisa a alguno de los clientes y se acercó al reservado donde estaba Abara cenando con dos personas más, se le puso delante y le hizo una venia.

—Buenas noches, Olivier.

—¡Étienne, tío! Qué honor que salgas a saludarnos —se puso de pie y le estrechó la mano—. Hemos comido de cine, como siempre.

—Me dicen que preguntas por la chef Monzón.

—Sí, es amiga mía y quería saludarla, hace mucho que no me coge el teléfono, ya me entiendes.

Le guiñó un ojo y Étienne sintió como se le encendía un fuego desconocido dentro del cuerpo, se inclinó un poco y le clavó los ojos.

—No está aquí, está en un congreso fuera de Francia, pero, te agradecería que no volvieras a preguntar por ella en su puesto de trabajo, y también que dejaras de acosarla con llamadas telefónicas, porque me estoy hartando.

—¿Cómo dices?

—Ya me has oído y, como tú mismo me dijiste hace un tiempo refiriéndote a una de tus novias: no vuelvas a acercarte a mi mujer o tendremos un problema. ¿Queda claro?

—No tenía ni idea de que...

—Pues ya lo sabes, buenas noches.

La dio la espalda cada vez más cabreado, aunque no tenía un motivo real y concreto para estarlo, entró en la cocina y buscó a Iris con los ojos.

—¿Pasa algo, chef?

—Me voy, llama a Johan, por favor, y dile de mi parte que preparé el avión para que me lleve a Barcelona.

—¿Ahora?

—Ahora. Mi madre está en París y no lo está usando, y que Christian venga a verme, necesito que me cubra mientras estoy fuera.

# 16

Miró la hora, las doce y media de la noche, y aún había gente pidiendo el postre.

Se movió en la silla empezando a impacientarse, porque ya no estaba acostumbrada a cenar tan tarde, y sonrió a Marcel Widmer, su profe de la Academia de Artes Culinarias Suiza, que era el ponente principal del congreso al que estaba asistiendo en Barcelona, y un ex muy pegajoso que no le quitaba los ojos de encima.

Desvió la vista, porque no quería darle pie a nada, ya bastante le había costado romper con él hacía tres años, y él ignoró la indirecta y se le acercó con una copa de vino y su pinta de actor de cine madurito que solía explotar con sus alumnos. Sonsoles se puso en guardia, dispuesta a pegarle un buen corte, pero, afortunadamente, otra de las comensales se levantó de la mesa y lo interceptó para hacerle unas preguntas.

Aleluya, masculló y miró el paisaje de Barcelona que se veía desde el gran ventanal, de ese precioso restaurante del lujoso hotel donde estaban alojando, comiendo y asistiendo a las ponencias sobre repostería y postres organizadas por la Guía Michelin, y a las que Étienne había insistido que fuera en representación del Saint-Malo.

Ella, en un principio, había intentado que fuera Tui en su lugar, pero había sido imposible, porque estaba pensado para los chefs reposteros titulares, y luego, al enterarse de que Marcel Widmer estaría a cargo del congreso no se lo había pensado más y había decidido ir porque, aunque ese tío fuera un ligón y un pegajoso, era una estrella en lo suyo, trabajaba el chocolate mejor que nadie en el mundo, y siempre se aprendía muchísimo en sus seminarios.

Lo observó de soslayo y se preguntó, una vez más, cómo había acabado enrollada con un tío como ese, que tenía más de cincuenta años y encima estaba casado y era bisexual. ¿Cómo?, pues por pura lujuria, porque le había comido bien la oreja y era un as en la

cama, y porque por aquel entonces besaba el suelo por donde él pisaba, no en vano, era prácticamente un dios de la repostería.

Sin saber cómo, se había metido en su cama y a punto había estado de convencerla de tener una “relación estable” hasta que su mujer, gracias al cielo, había aparecido para proponerle un trío y entonces se había hecho la luz y los había mandado de paseo a los dos, que eran tal para cual, y que llevaban años tirándose a las chicas o chicos que él lograba ligarse con sus malas artes.

A pesar de todo eso, la había seguido persiguiendo mucho tiempo y aún estando en Nueva York había aparecido a verla y le había pedido de rodillas un último polvo, pero ella no había accedido porque ya apenas lo soportaba.

Ese había sido su *affair* fugaz que él seguía vendiendo como un triunfo, porque presumía de haberla conquistado y de haber salido juntos un mes entero. Menuda gilipollez.

Un mes entero, pensó y se acordó de Étienne, con el que llevaba tres meses de feliz, caliente y vibrante relación exclusiva, y se le erizó la piel de todo el cuerpo, porque la tenía loca, lo echaba muchísimo de menos y se pasaba el día deseándolo.

Cerró los ojos y lo visualizó con su pelo rubio, sus ojazos azules, su boca bien dibujada y que besaba como los ángeles, y sintió cómo se le contraía el vientre. Se sentó mejor en la silla y decidió llamarlo por teléfono para tener una sesión de sexo telefónico de esas que a él le ponían un montón, miró el móvil y marcó su número empezando a ponerse de pie, pero no le respondió. Tenía el teléfono apagado o fuera de cobertura, y por una milésima de segundo contempló la idea de que a esas horas estuviera con otra, con alguna de sus amigas espectaculares que lo rondaban constantemente.

Se quedó quieta y trató de calmarse, porque ella no era una persona celosa, además, no tenían ningún compromiso, y entre las opciones probables estaba que él quedara con sus novias, que en su mayoría eran mujeres de bandera, ricas y famosas. De esas que ella veía en las revistas y que pegaban a la perfección con él, que era uno de los solteros más cotizados de Francia, y no solo por su

dinero o su éxito, sino también por su atractivo, porque era guapísimo y derrochaba una clase que no podía disimular.

Sin querer pensó en la de veces que esas chicas lo llamaban por teléfono o aparecían en el restaurante, o en su piso, para verlo y abrazarlo y suplicarle acostarse con él, y se pasó la mano por la cara preguntándose cuánto tardarían en cagarla, él o ella, porque ella tampoco era una santa, aunque con él estuviera al cien por cien, y se le partió un poco el alma, porque no sabía si podría soportarlo. No sabía si podría prescindir de su intimidad, de su química, de su sexo inmejorable, de su compañía, sus risas y sus atenciones, porque para más INRI era muy cariñoso y atento, muy detallista, y eso sabía que no lo volvería a encontrar en nadie más, no al menos todo junto y con tanta intensidad.

—Hola, *amore*, un penique por tus pensamientos.

Le dijo Marcel Widmer sentándose a su lado y ella cuadró los hombros y forzó una sonrisa.

—No estoy pensando, tengo sueño, debería irme a la cama.

—Me encanta oír esas palabras en tu boca, preciosidad, me pones muy cachondo.

—¿Sabes que podría denunciarte por hablarme así?

—No lo harás, ¿no, cariño?, tú no eres una mojigata insufrible, eres una loba con mucho peligro.

—Principalmente, soy una mujer a la que no le gusta que le hablen en esos términos.

—Vale, vale, lo siento —Levantó las dos manos y movió la silla para apartarse un poco de ella—. Qué malos tiempos corren para los hombres galantes, Sol, van a acabar conmigo.

—Bueno, galante, galante... deberías revisar tu lenguaje.

—Muy bien, lo haré. ¿Qué tal te va?, ¿qué tal en París?, estás tocando el cielo con las manos, me han dicho.

—Estoy trabajando mucho y aprendiendo muchísimo en la mejor cocina en la que he tenido el privilegio de trabajar, así que no me puedo quejar.

—Eso es muy bonito.

—Es la pura verdad.

—¿Qué tal con Clermont-Tonnerre?, menudo bombonazo.

—Es un chef estupendo y muy profesional.

—¿Te está enseñando mucho?

—Bueno, él la repostería no la toca, pero...

Lo miró a los ojos y vio que se estaba partiendo de la risa, movió la cabeza y le tiró una servilleta.

—Qué capullo eres, Marcel.

—Seguro que ya te ha tirado la caña, nadie puede resistirse a la devastadora y dulce belleza de una mujer como Sonsoles Monzón.

—No creo que sea asunto tuyo. ¿Qué tal Florence?, seguís casados, ¿no?

—Sí, claro, es mi alma gemela.

—Me alegro.

—¿O sea que no me vas a contar lo que haces con el chef más sexy del circuito en la oscuridad de su despensa?

—¿En la oscuridad de su despensa?

—Donde sea, ¿dónde lo hacéis?, ¿encima de los fogones?, ¿en el patio trasero?, ¿sobre los cubos de la basura?

—Tienes una imaginación muy sórdida, chef Widmer.

—Solo trato de hacerme un mapa mental para utilizarlo en mis próximas fantasías sexuales contigo, y con él, claro.

—Mejor me voy.

—Las cocinas de los restaurantes son los mejores sitios para follar, con tanta comida y tanta mesa dónde apoyarse.

—Buenas noches.

Se levantó entre enfadada y divertida, porque por muy cutre que fuera Marcel siempre tenía mucha gracia, y una capacidad innata para soltar guarrerías con cierta elegancia, y él se levantó para seguirla.

—Una última copa en el bar, vamos, Sol, por los viejos tiempos.

—No, gracias, solo quiero dormir.

—Por favor, prometo portarme bien, no diré nada más, te doy mi palabra de honor. Venga, ven y cuéntame cómo estás viendo el seminario.

—¿Seguro que dejarás hacer el tonto?

—Te lo juro.

Se hizo la seña de la cruz sobre el corazón y ella asintió y lo acompañó al bar del hotel, donde había más gente del seminario charlando y bebiendo tan a gusto. Se sentaron en la barra, pidieron una copa de champán y él le empezó a contar las novedades de la escuela en Suiza y de sus proyectos, de su próximo libro y de sus viajes a África con su mujer. Una charla muy animada que la hizo olvidarse de la hora y de todo lo demás hasta que de repente la voz seria y grave de Étienne la hizo volver a la realidad de un respingo.

—Sol.

—¿Étienne?, ¿qué haces aquí?

—¡Madre mía, el chef Étienne Clermont-Tonnerre en carne mortal! —exclamó Marcel—. Qué sorpresa, hombre.

—¿Tú eres...? —Le preguntó desde su altura, entornando los ojos, y Sol parpadeó un poco confusa.

—Marcel Widmer, encantado. ¿Cómo estás?

—Estaría mejor si dejaras de tocarla.

Susurró y miró elocuentemente su mano que, Sol ni se había percatado, estaba encima de su rodilla. Marcel la apartó de inmediato y ella se puso de pie.

—¿Cómo es que has venido a Barcelona?

—¿Y cómo es que tú estás a estas horas bebiendo con este tipo?

—¿Perdona?

—Ya me has oído. Vamos, estoy agotado y quiero dormir —La cogió de la mano y Sol se zafó sin entender nada.

—Eh, eh, ¿dónde vas con esa actitud?, a mí no me hables así. No sé qué te pasa, ni por qué has venido a Barcelona, pero a mí no me hables así.

—No sé, de repente me entraron ganas de sorprender a mi chica, he cogido un puto vuelo después de trabajar todo el día y la pillo en el bar, tomando champán con un exnovio que casi le dobla la edad.

—Oye, macho, no es...

Marcel le rozó el brazo para intentar mediar y Étienne Clermont-Tonnerre, normalmente el más educado y cortés de los mortales, lo apartó de un manotazo antes de señalarlo con el dedo.

—No te metas en esto, tío, no va contigo.

—¿Que no va conmigo?, claro que va conmigo, Sol es mi amiga, la conozco desde mucho antes que tú y no pienso tolerar...

—¿Qué no piensas tolerar?, ¿eh?

Lo interrumpió y se le acercó haciendo que retrocediera. Sol miró la diferencia de estatura, de edad y de envergadura, y lo sujetó por el brazo percibiendo como todo el bar había guardado silencio para prestarles atención.

—Étienne, por favor te lo pido.

—Vamos, coge tu bolso y subamos a dormir, ya te he dicho que estoy agotado.

—Sube a la habitación, métete en la cama y relájate, yo subiré dentro de un rato —Buscó la llave electrónica en el bolso y se la extendió, pero él la miró como si fuera una extraterrestre y volvió a asirla con fuerza.

—¿Qué te crees?, ¿qué he venido para dormir solo?

—¿Y qué te crees tú?, ¿que voy a obedecerte como si fuera tu perrito faldero?

—Suficiente.

Tiró de ella hacia la salida y ella se resistió, la gente ahogó una exclamación y antes de que Sol pudiera hacer nada Marcel Widmer, sin pizca de tacto, ni de sentido común, se le acercó para mirarlo a los ojos.

—Suéltala, chaval. ¿Crees que no te entiendo? te entiendo perfectamente, ella es capaz de volvernos locos, pero no tienes ningún derecho a hablarle así, va a su aire y tendrás que acostumbrarte. Es el precio que se paga para poder estar con una mujer como esta.

—¿Perdona? —Sonsoles se le acercó indignada y él le sonrió.

—Cielo, eres preciosa y te adoro, pero ya sabemos de qué pie cojeas, es mejor que vaya haciéndose a la idea.

—¿Qué idea?, ¿eh?, ¿qué idea?

—Bueno, *amore*, eres un poco ligerita de cascos y acabas volviendo loco a cualquiera, lo sabemos.

—¡¿Qué?!

—Ahora sube con tu machito francés a la cama y no empeores las cosas, ¿quieres?

—Una palabra más y te rompo la cara, te lo juro por Dios, capullo machista, misógino lamentable —Le soltó Sol y él dio un paso atrás bajando la cabeza.

—Zorra...

Masculló por lo bajo, Sonsoles hizo amago de ir a por él y abofetearlo, pero Étienne fue más rápido y lo empujó por el pecho con una sola mano, haciendo que trastabillara y cayera de espaldas al suelo con las piernas en alto.

—Ni la toques, ni le hables, ni la mires o la próxima vez te parto en dos. ¿Me has oído, Widmer?

La dijo sin alzar la voz, dio un paso atrás tranquilamente, la sujetó a ella por los hombros y salieron del bar entre las miradas y los comentarios de la gente. Ella furiosa y desconcertada, y él con esa calma que podía llegar a ser insoportable.

Llegaron a su suite en silencio y en cuanto entraron Sol se apartó de él y se le puso delante con las manos en las caderas.

—¿Qué coño te pasa, Étienne?, ¿crees que puedes llegar aquí, hablarme así y acabar montando semejante escena delante de mis colegas?

—Lo siento, igual debí dejar que te faltara al respeto.

—No, si antes de que se comportara como un imbécil tú lo estabas haciendo de cine. ¿Cómo te atreves a tratarme así? ¿qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? Me pasa que estoy harto de que tus ligues o ex ligues te acosen al teléfono, te busquen e incluso, en un congreso y mientras se supone que sales conmigo, te vayas con uno de ellos a tomar una copa y a charlar como si fuerais íntimos. Eso me pasa.

—¿Estás celoso?, ¿en serio?, ¿tú?

—¿Yo?, ¿qué quieres decir?

—Que tus novias o exnovias se pasean delante de mí en el restaurante y no digo nada. Te llaman, te buscan e incluso aparecen medio en pelotas en tu piso mientras yo te estoy esperando en la cama, así que, disculpa que me sorprenda que te importe a quién vea o deje de ver.

—Incluso yo, que parece que soy un cabrón, tiene derecho a sentirse puteado.

—No te estoy puteando, Étienne, no digas eso.

—¿Ah no?

—No, si estoy contigo es porque me gustas mucho. Te lo he dicho cientos de veces, estoy contigo porque quiero y porque estoy a gusto contigo, no necesito de nadie más.

—Es muy fácil decirlo, pero hay cosas que no se pueden controlar, Sol, y verte con ese viejo verde justo esta noche, después de que Olivier Adara apareciera en el restaurante buscándote para echar un polvo, no es el mejor escenario para mantener la calma.

—¿Qué?, llevo meses sin quedar con Olivier.

—Díselo a él, no me lo digas a mí.

—Vale, mira, no puedo con esto. Todos los hombres con los que he intentado mantener una relación más o menos convencional acaban así, celosos y dudando de mí, por eso no tengo novio y por eso no puedo confiar en nadie, porque tarde o temprano intentan controlarme. Te he dicho que para mí solo existes tú, que nuestra relación es exclusiva, e incluso tú, que en teoría eres como yo, no me crees, no confías en mí y has sido capaz de aparecer en un hotel a mil kilómetros de París, poner en entredicho mi fidelidad y avergonzarme delante de cuarenta compañeros de profesión.

—Mira, yo... —Resopló y se restregó la cara—. *D'accord*, ¿podemos dormir y hablar de esto mañana?

—No.

—Sol...

—Vete a otra suite, por favor, no quiero verte, ni dormir contigo, ni hablar mañana. No quiero saber nada más de ti, porque estoy demasiado enfadada.

—No pienso marcharme.

—Étienne...

—No voy a buscar otra habitación, Sol.

—Te lo estoy pidiendo por favor.

—Tú haz lo que quieras, pero yo me quedo, al fin y al cabo, esta suite la pago yo.

Soltó con toda la mala leche del mundo y se desplomó en la cama para sacarse las botas. Sonsoles sintió esa furia que le subía a veces por las venas, se acercó a su maleta, la abrió, se fue al armario, sacó su ropa y la metió sin ordenar; luego entró en el cuarto de baño y recogió sus cosas, las guardó de la misma forma, cerró la maleta y la puso en el suelo para salir de allí antes de acabar prendiendo fuego a todo el mobiliario.

—¡Sol!

Oyó que la llamaba, pero no le hizo ningún caso, salió al pasillo, cerró la puerta y se fue directo hacia los ascensores. No tenía ni idea de dónde iba a dormir esa noche, pero con él seguro que no.

# 17

Dos semanas. Dos semanas desde el incidente en Barcelona, del que ella se había negado a volver a hablar, y seguían sin dirigirse la palabra.

Tras la infausta noche en la que había perdido la cabeza por primera vez en su vida, y se había comportado como un auténtico capullo, ella había cogido su maleta y había desaparecido de la faz de la tierra. En un principio la había llamado y buscado, dispuesto a pedirle perdón, y se había quedado en Barcelona a la mañana siguiente para intentar templar los ánimos, pero nada, porque Sonsoles Monzón esa misma mañana ya estaba en París preparada para romper definitivamente con él, e incluso con su restaurante, porque había llamado a Iris para avisarle de que dejaba el trabajo de forma inmediata.

Iris, que venía de vuelta de todo y tenía mucha mano izquierda, le había rogado que esperara hasta que pudiera contratar a otra u otro chef repostero, y ella había aceptado a regañadientes, y ahí seguía, cumpliendo con su horario, con su trabajo y con sus obligaciones con la misma entrega de siempre, pero sin mirarlo, sin tratarlo, ni siquiera en las reuniones de trabajo, y convencida de que él era el peor ser humano del universo.

—Chef, necesito hablar contigo.

Le había dicho nada más pisar el restaurante, veinticuatro horas después de su discusión en el hotel de Barcelona, y él había asentido y la había invitado a entrar en su despacho, pero ella había negado con la cabeza y se había puesto las manos a la espalda muy solemne.

—He presentado mi dimisión a Iris, supongo que ya lo sabes. No voy a discutirlo, ni a entrar en mayores explicaciones. Me ha encantado trabajar en el Saint-Malo, ha sido un privilegio, pero ahora necesito marcharme y seguir mi camino lejos de París.

—¿Lejos de París?, ¿de qué estás hablando, Sol?, no seas niña, podemos...

—Cometí la mayor falta profesional en la que se puede incurrir — continuó ella muy fría—, relacionarme con mi superior fuera del ámbito laboral y sabiendo que esta mala decisión al final me acabaría estallando en la cara. Así ha sido, lo asumo y me voy. Solo quería decírtelo personalmente. Gracias.

—Un momento, no te vayas, no voy a dejar que te marches así, no...

—No estoy pidiendo tu autorización, chef, creo que he cumplido de sobra con mi cometido aquí, no podéis tener quejas conmigo, y ahora solo os aviso de mi decisión, no voy a negociarla con la empresa y espero que la respetes.

—Tu decisión profesional puedo respetarla, pero no la personal, porque estás haciendo una montaña de un grano de arena, y no puedo consentir que destruyas una relación tan increíble como la nuestra por una simple discusión y un mal...

—Para mí no fue una simple discusión, lo que pasó ayer hizo evidente muchas cosas; la primera, que cometí un enorme error saliendo contigo y necesito subsanarlo. Necesito cortar lazos y eso empieza por marcharme del restaurante.

—¿Vas a huir de París por miedo a lo que tenemos?, ¿vas a echar a la basura tu prometedora carrera profesional aquí simplemente porque no quieres verme?, ¿en serio?

—He dicho que no voy a discutirlo contigo.

—¿Ah no?, ¿no me merezco ni una pequeña explicación después de los últimos tres meses que hemos compartido?

—Mira, Étienne —Lo miró a los ojos y él dio un paso atrás un poco intimidado por el tono—. No sé ni qué hago aquí hablándolo contigo, supongo que lo hago precisamente por esos tres meses que compartimos, porque, si por mí fuera, ya me hubiese largado de aquí esta misma mañana. Me he quedado porque Iris me lo ha pedido y por respeto a ti, que me diste trabajo en tu famoso restaurante sin apenas conocerme, pero ya está, no hay nada más que discutir, ni que explicar. Lo mío contigo a nivel personal se acabó, y lo siento, pero tarde o temprano iba a pasar, mejor que sea ahora.

—No puedes pensar eso, tú no eres tan fría, Sol, tú no eres así, te conozco perfectamente, no...

—No me conoces en absoluto —lo interrumpió—, si de verdad me conocieras, no llevarías semanas celándome, y ayer no habría pasado lo que pasó, y hoy sabrías que lo que te estoy diciendo es una decisión en firme y definitiva. Una que no necesito acordar contigo.

—¿Celándote yo?, eso es mentira.

—¿Mentira?, ¿se lo preguntamos al lavaplatos que me trajo flores y acabaste despidiendo con una excusa absurda?, ¿o al nuevo sumiller al que prohibiste hablarme durante el servicio?, ¿a los clientes a los que no dejas que me saluden?. ¿Sigo?, porque han sido muchas cosas que he pasado por alto por ti, porque me importas, pero lo de anoche ya superó todos los límites y no puedo hacer como si no pasara nada.

—Y no pasa nada, solo intento protegerte, es lo normal.

—¿Si fuera al revés lo verías normal?, ¿si yo me interpusiera delante de todas las mujeres que se te acercan sería normal?. ¿Verías normal que desconfiara de ti?

—No desconfío de ti, desconfío de los demás, que son una panda de salidos.

—Muy bonito, Étienne.

—Muy bien, haz lo que quieras, no te voy a retener, pero con esta decisión estás cometiendo un tremendo error, a todos los niveles, y tú lo sabes.

Después de esa charla todo había ido cuesta abajo. Iris se esmeraba por presentarle chefs reposteros con buenas referencias, mientras él los rechazaba a todos, aún sabiendo que Sonsoles Monzón había puesto un ultimátum y había avisado a través de burofax que se marchaba sí o sí a primeros de mayo.

Quedaba poco más de una semana para encontrar a alguien que pudiera estar a su nivel, aunque él sabía que no existiría nadie, porque más que a su chef repostera le asustaba perder a la mujer por la que había cambiado su vida entera, seguramente la única de la que se había enamorado, y la única novia en la que había encontrado una paz y un bienestar irrepetible.

Chantal, que le había jurado que Sol lloraba a solas en su cuarto y que estaba destrozada, aunque él la viera perfecta en el trabajo, le había aconsejado pasar página, porque la veía decidida a dejar París para volver a Madrid o incluso a Nueva York, donde conocía a mucha gente, pero él se resistía, no se rendía y seguía confiando en que mientras permaneciera en el Saint-Malo, algún día tendrían una oportunidad para hablar, entenderse y subsanar los errores del pasado.

Solo necesitaba de una única oportunidad mágica, como la de aquella noche, cuando le había preparado una taza de chocolate caliente en la cocina vacía, y las estrellas se habían alineado y todo había empezado a ir bien.

—Hola, papá.

Contestó el teléfono a su padre y se asomó a la gran cocina para observar el trajín típico de antes de un servicio, desvió los ojos y en seguida se posaron en Sol, vestida de negro y con el pelo recogido, que estaba repasando algo con Tui mientras ella, libreta en mano, tomaba notas muy atenta.

—Hola, Étienne, ¿qué tal vas?

—Sobreviviendo, ¿qué tal vosotros?, ¿va todo bien?

—Bueno, el hijo de Brandy ha hecho una reaparición estelar.

—¿En Londres?

—No, *mon Dieu*, simplemente me ha demandado por daño moral y maltrato emocional, ¿qué te parece?

—Estás de coña.

—No, tengo la demanda delante, me pide cuatro millones de euros en concepto de manutención, gastos escolares, estudios universitarios y el daño moral por abandono que supuestamente le cause y que, según un informe de su siquiatria, le ha marcado la vida impidiéndole desarrollar una existencia emocional y profesional saludable.

—No me lo puedo creer.

—Los americanos ven muchas películas, hijo mío.

—¿Qué dicen tus abogados?

—Les ha dado un ataque de risa, no puede demandarme por algo así sin tener unas pruebas de ADN que certifiquen que soy su

padre. No supe nada de él hasta el año pasado, no puedo ser responsable de nada de lo que le haya pasado, es absurdo. Todos me dicen que son fuegos artificiales, a ver si cuela y le suelto la pasta, porque, claro, como en la demanda anterior, dice que si llegamos a un acuerdo económico privado retira todo y firma la paz.

—Madre mía, la gente está muy pirada.

—También ha firmado un contrato para ir a un Late Night de máxima audiencia en Francia, va a dar una entrevista y, según los productores que lo han contratado, en una entrevista previa ha insinuado que igual yo abusé de su madre, porque solo tenía dieciocho años cuando me conoció.

—Santa madre de Dios.

—Ya les hemos advertido que cómo vulnere mi derecho al honor los demandaré a todos y los voy a destrozarse en los tribunales.

—Esto ya está pasando de castaño oscuro, papá.

—Mira, Étienne, podría darle el dinero y olvidarme de él, pero no pienso hacerlo, no así, ya que me ha buscado me ha encontrado, iremos a las pruebas de paternidad y luego ya hablaremos. Tú hace meses que dejaste tu muestra de sangre en el juzgado y él no se ha molestado ni en mandar la suya.

—No, ni rastro.

—Pues ya está, no sé qué diantres se cree. En fin, hijo, ¿seguro que estás bien?, ¿qué tal tu preciosa chef repostera?

—Ha roto conmigo.

—No puede ser.

—De forma radical e incluso va a dejar el trabajo.

—Vaya, lo siento, ¿las has fastidiado mucho?

—No le he sido infiel, si es lo que estás insinuando, solo tuve un ataque de celos irracional, pero perfectamente justificado, monté una pequeña escena y ella dice que con eso no puede lidiar, que no lo soporta, bla, bla.

—¿Celos tú?, ¿te has mirado en un espejo, hijo mío?

—Papá...

—Es broma. Lo siento mucho, sé que estabas en la gloria con ella, pero tienes que respetar su decisión.

—Y eso hago, qué remedio.

—Ánimo y no te rindas, dale un tiempo y luego vuelves a conquistarla, quiero que me prepare sus maravillosos Eclairs cuando me jubile y me convierta en un abuelete respetable.

—Tú nunca serás un abuelete respetable, Roger.

—Ya verás que sí. Te dejo y ten en cuenta que el hijo de Brandy va a la tele a ponernos a parir, igual tú sales a la palestra, así que dile a alguien que vea el programa para controlar si lo que dice sobre ti puede ser susceptible de demanda. July, la hija de Constance, creo que tiene una empresa que se dedica a eso en París.

—Lo tendré en cuenta. Adiós y cuídate.

—*Au revoir, mon pote.*

Le colgó, calculando que el dichoso Mark seguía maniobrando a la desesperada en Miami, y lo lamentó por Roger, que se estaba metiendo cada vez más en el barro. Hizo amago de llamar a Alain, su abogado, para contarle las novedades, sin embargo, no pudo porque Iris entró en el despacho con muy malas pulgas.

—Deva, la chica esa tan teatrera, se acaba de colar en el office buscándote, pero le he dicho que espere detrás. Está un pelín descontrolada y jura que no se va a ir hasta que no salgas a hablar con ella.

—Vale, voy.

—¿Siempre tienes que buscártelas tan locas, chef?

—No, a veces me las busco maduras y sensatas, pero acaban dándome la patada.

Le respondió mirando a Sol de reojo, llegó a la zona de carga y descarga y Deva, que era la preciosa hija de un actor francés muy conocido y una súper modelo italiana, corrió al verlo e intentó abrazarlo. Él la sujetó por las muñecas y la apartó para mirarla a la cara.

—¿Qué te pasa, Deva?, ¿qué haces viniendo a mi trabajo?

—Ya sé que no te gusta, Étienne, pero no respondes a mis llamadas ¿Qué te he hecho yo para me trates así?, estoy desesperada.

—No me has hecho nada, pero tú y yo tampoco tenemos nada que...

—No, claro, solo me follas y luego te largas.

—Tal vez es al revés, lo hemos discutido muchas veces, pero es igual. Tú y yo no salimos juntos, nunca hemos salido juntos, no tenemos nada que reclamarnos y ahora, si no te importa, vete a casa y déjame trabajar.

—Mi padre dice que tienes novia, dime la verdad.

—Sí, hay alguien en mi vida y nos encontramos una noche con tu padre en el teatro.

—Pues yo estoy saliendo formalmente con un futbolista del Milán.

—Genial, me alegro mucho.

—En realidad, he venido porque te quería pedir un favor, Étienne, es muy importante para mí.

—¿De qué se trata? —Relajó los hombros y se sentó en el capó de un coche, ella se acercó y se le puso entre las piernas.

—Me han dado trabajo en Vogue, estoy a prueba y sería un puntazo poder entrevistarte, la directora dice que nunca te han podido echar el guante.

—Porque yo cocino, no doy entrevistas.

—Además de cocinar tienes una fundación, colaboras con muchas ONG, se dice que tienes una casa preciosa aquí, en la Isla de San Luis, podríamos hacer un reportaje espectacular en tu piso de no sé cuántos metros.

—No, nadie va a ir a mi casa.

—Lo sé, todavía estoy esperando a que me invites.

—Mira, yo...

—Piensa en tu fundación, sería una publicidad estupenda, encima eres guapísimo y elegante, pareces un modelo, no tendrías que hacer ningún esfuerzo para salir bien en las fotos.

—Eso es lo de menos.

—Dicen que los chefs son las verdaderas estrellas del siglo XXI, todo el mundo te conoce, pero nunca has hablado en primera persona, nadie sabe cómo eres de verdad.

—Vaya, parece que este trabajo te lo estás tomando muy en serio, Deva.

—Pues sí y si me concedes la entrevista, te juro por Dios que no volverás a saber nada más de mí. Te dejaría en paz para siempre.

—Ok, llama a Edith, que es mi relaciones públicas, y dile que te busque una fecha y un sitio para hacerla. Le avisaré que eres mi amiga.

—¡Ay, mil gracias, cariño!

Él bajó la cabeza para buscar en el móvil el número de Edith y Deva aprovechó para pegársele al cuerpo y besarlo en la cara. Primero en la mejilla, pero luego se inclinó para darle un beso en los labios.

Lo pilló por sorpresa, sin embargo, en seguida la apartó y en el movimiento vislumbró la figura menuda y femenina de Sol a dos metros de distancia. No sabía qué estaba haciendo ahí detrás, pero ahí estaba, observándolos, hasta que los ignoró y avanzó hacia una de las furgonetas de los proveedores que estaba descargando cajas de fruta y chocolate.

***Londres, cuatro meses después***

—Inspiramos, espiramos... soltamos la energía y... ya está... hemos terminado por hoy. Namasté.

—Namasté.

Contestaron todos a Jazmín, la profesora de yoga, y Sonsoles recogió su esterilla y su botellita de agua y abandonó la sala rápido, para evitar confraternizar con sus compañeros; gente muy amable, pero un poco pegajosa.

Entró en los vestuarios, se dio una ducha rápida y se vistió a toda prisa para ir a su trabajo en Chelsea: un precioso y tradicional salón de té, muy *chic*, donde había recalado tras dejar el primer restaurante que la había contratado para trabajar en Londres.

La verdad es que le había costado bastante poco conseguir un nuevo trabajo tras presentar su dimisión en el Saint-Malo, incluso Jean-Jacques Garnier, al enterarse de su cambio de rumbo, le había ofrecido empleo, pero ella había denegado la invitación, había desechado cualquier oferta parisina, y había optado por algo en Europa, pero lejos de Francia, y Londres le había parecido la mejor de las opciones.

Allí no conocía a nadie, salvo a un par de amigos españoles, estaba cerca de Madrid, la ciudad le encantaba y el sueldo no estaba nada mal, porque había fichado por un bistró de súper lujo en South Kensington, sin embargo, la alegría le había durado solo un mes, porque el trato con su jefa directa se había hecho insostenible desde el principio, principalmente, porque todo lo que tenían de lujo hacia el exterior, lo tenían de cutre en las cocinas, y no había podido transigir y aceptar trabajar con productos de mínima calidad, en malas condiciones e incluso caducados.

Cobran pequeñas fortunas por tartas congeladas compradas a granel, o fruta de la peor categoría del mercado, trabajaban con chocolates del supermercado o pasaban natas de marca blanca

como crema chantilly, además, pagaban el sueldo mínimo a la ristra de ayudantes de cocina o camareros extranjeros que no duraban allí ni una semana, y eso hacía imposible una continuidad en el trabajo o un servicio de calidad, algo muy común en muchos restaurantes de consumo general, pero impropio de un local de lujo enclavado en uno de los barrios más caros de Londres.

Trabajar en ese antro había sido una pesadilla, porque encima la había pillado bajo mínimos de energía y entusiasmo, con lo cual, al mes lo había dejado y se había pasado a una cafetería. Una elegante y sofisticada, un típico salón de té inglés, pero una cafetería al fin, donde tenía un horario muy cómodo, donde respetaban su trabajo, le facilitaban todo lo que pedía y la trataban muy bien, pero que había significado, aunque le costara aceptarlo en voz alta, un paso atrás gigantesco en su carrera, y un pequeño desprestigio profesional en su gremio, y un ostracismo absoluto, porque estando allí ni la Guía Michelin, ni los congresos, ni las revistas de gourmet, ni los críticos gastronómicos andaban cerca, todo eso se había quedado en otro planeta, uno que había llegado a rozar con los dedos durante unos meses en París, y que había perdido principalmente por su mala cabeza, así que no se podía quejar.

—Sol, ¿te vienes a desayunar? —La interceptó uno de los chicos guapos de su grupo de yoga y ella negó con la cabeza.

—No puedo, gracias, tengo que trabajar.

—Esta noche celebramos el cumpleaños de Brian en un club de Covent Garden, te paso a recoger a tu casa y vamos juntos, ¿te parece?

—Tampoco puedo, tengo otro compromiso.

—Mierda, llevo dos meses intentándolo y no hay forma.

—Lo siento, estoy muy liada, pero gracias.

Se disculpó, rechazándolo, como venía rechazando a todos sus “pretendientes” desde hacía meses, forzó una sonrisa y salió a la calle corriendo para coger el metro.

Vivía en Harrow, un barrio al oeste de Londres. No estaba en el centro, pero de las afueras era lo más cercano a su trabajo, tenía

buen transporte público y, lo más importante, no era tan caro como el Londres Central, que era tan prohibitivo como París.

París, pensó y todo su organismo se encogió, porque, aunque ya habían pasado cuatro meses desde que la tormenta perfecta se había desencadenado en su vida, aún no era capaz de recordarlo sin dolor, porque lo había acabado pasando fatal en París, y por más tierra por medio, por más trabajo que hiciera y por más deporte y yoga que practicara, su cabeza no sanaba, y el corazón tampoco, y aquello no la ayudaba a avanzar.

Se sentó en un asiento vacío del metro, sacó el móvil y leyó los mensajes y la prensa, y luego, de forma involuntaria, sus ojos se fueron hacia una de sus búsquedas frecuentes: la portada de Étienne Clermont-Tonnerre en la revista Vogue París de hacía un mes.

La abrió y lo observó con cariño y admiración, porque se sentía muy orgullosa de él. El reportaje lo habían hecho en su restaurante y las fotografías, en las que, por supuesto, salía guapísimo, eran maravillosas. Se podían admirar los salones del comedor principal del Saint-Malo, las terrazas, las vistas desde la segunda planta, las cocinas y el office, incluso la zona de carga y descarga de los proveedores, y al llegar a ese punto tocó la pantalla del teléfono y la puso en negro, porque era incapaz de mirarla.

Tragó saliva y no se echó a llorar porque ya estaba muy bien entrenada; cerró los ojos e intentó meditar, pero no pudo porque su mente voló hacia ese día de abril, dos semanas después de haberse peleado en Barcelona y de haber presentado su dimisión, cuando se lo había encontrado muy acaramelado en la zona de carga y descarga con esa chica preciosa y de piernas interminables apoyado contra un coche... besándose, y fue como sentir otra vez un puñal atravesándole el pecho hasta la espalda.

Cierto era que ella había sido la que había decidido romper toda relación con él después de su aparición incomprensible en Barcelona, comportándose como un capullo posesivo y celoso, y que no eran novios, y que no tenía ningún derecho a sentirse mal por verlo con otra mujer, pero eso había dado igual, porque el hecho concreto había sido que sí se había sentido muy mal, tal vez porque

solo dos semanas antes le había estado pidiendo vivir juntos, y hablando de estabilidad, o porque se había enamorado de él, o porque era una idiota redomada, no estaba claro, pero se había querido morir, y dos horas después había creído que se iba a morir de verdad, porque había empezado a sentirse muy mal, a tener dolores menstruales muy fuertes y náuseas, y escalofríos, y cuando su madre, que estaba de visita en París, había ido a recogerla al trabajo con Chantal, había decidido llevarla directamente a urgencias, porque a esas horas ya estaba sufriendo una hemorragia.

En el coche de Chantal su madre, enfermera de profesión, ya había determinado que estaba sufriendo un aborto, algo imposible, porque ella usaba el DIU, pero al llegar a urgencias se lo habían confirmado antes de tocarla, y le habían hecho una ecografía de urgencia, y le habían ratificado que, efectivamente, estaba sufriendo un aborto natural de un embarazo de seis semanas.

Se echó a llorar dentro del metro, sacó los pañuelos de papel y se tapó la cara poniéndose de pie para esperar su destino caminando por el pasillo, porque si seguía quieta le iba a dar un bajón y no podía consentirlo.

No podía consentir venirse abajo, como le había pasado esa noche en París, cuando le había dado un ataque de angustia y de llanto silencioso, porque ni siquiera le salían los sollozos, y no solo porque de pronto todo su organismo estuviera sufriendo un desajuste hormonal inmenso, sino también porque no haberse enterado de que estaba embarazada la había partido en dos, porque, aunque a su edad y con su vida no podría haber programado ni ensueños un bebé, el que hubiese pasado y fuera de Étienne, era algo que podría haber cambiado radicalmente las cosas, y que estaba segura habría asumido con alegría y mucho amor, y aquella certeza había acabado por rematarla.

Por supuesto, había pasado el mal trago sola, con su madre y con Chantal, gracias a Dios, pero sin Étienne, que a esas horas seguramente ya estaba en su casa de San Luis tomando chocolate caliente con su novia de las piernas interminables, y había decidido no decirle nada, nunca, jamás, y le había hecho jurar a Chantal que

respetaría su decisión y ella, que era una de las mejores personas del mundo, había entendido su postura y la había apoyado.

Tanto la había apoyado que se había ofrecido para sustituirla en el restaurante, y eso había hecho, y gracias a ella, a su gran corazón, y a la baja médica que le habían proporcionado en urgencias, nunca más había vuelto al Saint-Malo. Su madre había recogido sus cosas, ella se había despedido de Iris y de sus compañeros por teléfono, y dos días después había vuelto a Madrid, a encerrarse en su casa con su abuela y su madre, a llorar y a intentar reponerse de un palo semejante —conocer un embarazo y un aborto en la misma noche—, algo que al parecer les ocurría a muchas mujeres, incluso a algunas de su familia, como a su prima Andrea, que había pasado por lo mismo antes de nacer su primer hijo.

Encerrada y deprimida en Madrid se había pasado casi tres semanas enteras, hasta que la habían llamado de Londres para trabajar, se había levantado de la cama, se había sacudido el polvo y la pena, y se había puesto nuevamente en marcha.

Su amiga Lucía, que era sicóloga, le había pedido que hablara con Étienne, que le contara lo que había pasado y cerrara ese capítulo con madurez y tranquilidad, pero había sido incapaz. No quería verlo, ni oír su voz, ni saber nada de él. Quería olvidarse de él para siempre, olvidar que lo había tenido a su lado, y con él, el amor verdadero al alcance de la mano, ni volver atrás para remover las cosas, porque sabía que no sería provechoso para nadie, ni para él, ni para ella; ni necesario, porque estaba segura de que no se volverían a cruzar en la vida.

Afortunadamente, existían en planetas distintos, jamás iban a coincidir nuevamente en el espacio tiempo. Vivían en países diferentes, trabajaban en esferas a años luz de distancia, no compartían ambientes, ni amistades, porque él estaba en la cúspide de la pirámide con su vida privilegiada, su dinero y su éxito, sus novias de ensueño y sus viajes a Las Bahamas, y ella seguiría luchando con sus tartas y sus postres de chocolate discretamente en otra dimensión; ni siquiera Chantal los unía, porque ella

respetaba el espacio de cada uno y jamás lo nombraba o hablaba de él delante de ella, y el resto... el resto sería cuestión de tiempo.

Siempre había dado por hecho que nunca se iba a enamorar, ni a pillar por nadie, estaba segura de que ese “estado” se podía evitar con voluntad y cabeza fría, pero la vida le había enseñado que los sentimientos no se podían dominar, ni elegir, ni modificar.

Cuatro meses después de salir de París, y tras mucho tiempo invertido en terapia, al fin había aceptado que se había enamorado de Étienne Clermont-Tonnerre, ese hombre maravilloso por dentro y por fuera, tan cortés y cariñoso, y educado y brillante, el mejor tío con el que había estado nunca, el único padre que hubiese querido para su hijo. El amor de su vida. Un amor platónico, claro, pero un amor al que ahora podía seguir a través de la prensa, y del que podía leer entrevistas y ver fotografías, y seguir sus pasos por esos ambientes sofisticados y luminosos donde todo parecía perfecto y agradable, y donde él brillaba siempre, por encima de todos, aunque del brazo llevara a la mujer más hermosa del universo.

—¡Sol, tenemos un problema!

Exclamó su jefa al verla entrar en la cocina del salón de té y ella se le acercó con los ojos muy abiertos.

—¿Qué pasa?

—No se han llevado los dulces al Sky Garden.

—¿Qué?, no me digas eso, por favor.

—Andy ha tenido un accidente en la carretera, está bien, no te preocupes, pero no ha podido venir a buscar el pedido y no tengo a nadie que lo lleve. He pensado en llamar a una empresa de mensajería, pero...

—No, no, que me destrozan los postres.

Se puso la bata de la cocina intentando pensar y miró las primorosas cajas que había dejado preparadas la noche anterior con ocho docenas de Eclairs, bombones caseros y espumas de chocolate que le había encargado el Fenchurch Restaurant, uno de los restaurantes más exclusivos de la City Londinense, y luego miró a Miranda muy segura.

—Tranquila, ya los llevo yo, pídemme un taxi.

—¿Estás loca?, ¿cómo vas a llevarlos tú?

—Son cuatro cajas de nada y prefiero llevarlas yo a arriesgarme que llegue todo deshecho.

—¿Estás segura?

—Segura, vamos, tú ocúpate de cubrirme y de ayudar a Rose con el *brunch*.

Se subió a un taxi con sus cajas a buen recaudo, llamó a Sandra, la encargada de compras del Fenchurch Restaurant, que era amiga y le estaba regalando una oportunidad única con ese encargo, le avisó que llegarían a tiempo para el evento que tenían organizado a esas horas en su salón principal, y llegó a la City rezando. Se bajó del taxi y entró en el 20 de Fenchurch Street buscando con los ojos un ascensor que la llevara directamente al Sky Garden.

—¿Dónde va, señorita? —La detuvo uno de los guardias de seguridad y ella lo miró empezando a impacientarse.

—Voy al Fenchurch Restaurant, es un pedido especial y voy con la hora justa, por favor, ¿podría ayudarme?

—¿Le llevo las cajas?

—Gracias, no hace falta, solo necesito un ascensor vacío, o al menos uno con poca gente.

—Claro, ven por aquí —Le susurró tuteándola y guiñándole un ojo, y Sonsoles movió la cabeza resignada, porque solo le preocupaba llegar a tiempo al ático de ese inmenso rascacielos con sus delicias intactas—. Es un ascensor privado, solo para los vips, pero haré una excepción. Te veo a la salida, guapa.

—Gracias.

Entró, le dio al botón de la última planta, la puerta empezó a cerrarse, pero alguien corrió y puso una mano en una de las hojas para detenerlo. Ella dio un paso atrás, levantó los ojos y se encontró con los azules de Étienne Clermont-Tonnerre a medio metro de distancia.

—No me lo puedo creer —Dijo él en francés dejando que se cerraran las puertas y ella retrocedió al borde del desmayo hasta pegar la espalda en la pared de metal.

—Hola, chef, menuda casualidad.

—¿Trabajas aquí?

—No, solo traigo un pedido.

—¿Te ayudo?

Hizo amago de quitarle las cajas, pero ella se lo impidió y miró el panel del ascensor comprobando con angustia que le quedaban treinta y siete pisos por delante. Desde luego, era muy mala suerte, pero respiró hondo decidida a no derrumbarse.

—¿Qué tal estás, Sol? Me alegro mucho de verte.

—Bien, gracias.

—Chantal dice que llevas mucho tiempo en Londres.

—Tres meses.

—¿En qué restaurante?, no me lo ha dicho y yo...

—En ninguno, estoy en un salón de té.

—No lo sabía.

Le sonrió, guardó silencio y luego miró a través de la cabina transparente el precioso paisaje de Londres. Sol empezó a sentir las puñeteras lágrimas subiéndole por la garganta, y lo observó de reojo, allí tan guapo y elegante como siempre, con su perfume de ensueño inundándolo todo.

—¿No vas a hablar conmigo? —Le preguntó clavándole los ojos y ella se encogió de hombros.

—No tengo nada que decirte, Étienne.

—¿Nada después de desaparecer de mi restaurante y de mi vida sin despedirte hace cuatro meses?

—Me había despedido de ti y estuve enferma, no pude ir al restaurante a decirte adiós, lo siento mucho.

—Fui a verte a casa de Chantal cuando me dijeron que habías pasado por el hospital, pero ya te habías largado a Madrid sin decirme nada. No fue justo, ni adulto, Sol, no me digas que no tienes nada que decirme.

—Mira, estoy trabajando, solo vengo a dejar estos postres, es una oportunidad única para mí y ahora no puedo hacer esto, en serio, dejémoslo, ¿quieres?

—No.

Estiró la mano, le dio al STOP del panel y el ascensor se detuvo con un respingo, ella sujetó sus cajas y lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué haces?!, me están esperando... voy a llegar tarde.

—No te preocupes, los dueños son amigos míos.

—Me da igual que sean amigos tuyos, me he comprometido a...

—¿Te espero y nos vamos a charlar a algún sitio?

—No, no quiero hablar contigo, no sé de qué coño quieres hablar conmigo.

—¿De qué?, de que me dejaste tirado después de decirme barbaridades, y simplemente porque me equivoqué, porque la cagué un par de veces, y también en Barcelona, fastidiando tu mundo perfecto de no compromisos y no explicaciones. Perdona por tener sentimientos y por perder el control de vez en cuando.

—No tan de vez en cuando.

Miró el ascensor elocuentemente y él bufó y le dio al botón de arranque, el aparato empezó a moverse despacio otra vez y ella tragó saliva.

—Gracias.

—Necesito verte, dame un número y te llamo.

—¿Para qué quieres verme?, esto es absurdo.

—Porque ni siquiera me diste la oportunidad de rectificar y luchar por lo nuestro, han pasado cuatro meses y cada puto día de esos puto cuatro meses no he dejado de pensar en ti...

—Habían pasado solo dos semanas desde lo de Barcelona y ya estabas besándote con otra en mi cara, Étienne, perdona que no me crea nada de lo que me estás diciendo.

—No la estaba besando.

—¡Joder! No quiero hablar de estas chorradas, estoy trabajando. He venido para dejar mis postres a uno de los mejores restaurantes de Londres a ver si se enamoran de mi trabajo y por un casual me quieren dar una oportunidad; que tú aparezcas aquí es una jodida causalidad y no es tu culpa, pero tampoco la mía. Llevo cuatro meses intentando superar lo que pasó en París, lo que viví los últimos días, todo lo que me tuve que comer yo sola. Llevo cuatro meses luchando por olvidarme de ti, Étienne, así que, por favor, respeta mis sentimientos, déjame en paz y pasa de mí.

Llegaron a la planta treinta y siete, se abrieron las puertas, ella se limpió las lágrimas con la manga de su bata de trabajo y lo esquivó

para salir al rellano espectacular de ese sitio igualmente espectacular, dio dos pasos y él le habló por la espalda.

—No tienes que olvidarte de mí, *chérie*, déjame empezar de cero, dame otra oportunidad.

—No, gracias.

—¿Sabes qué, Sol? —Le soltó buscando sus ojos—. Puedes pedir que te deje en paz, pero no me pidas que respete tus sentimientos, porque tú, en tu puñetera vida, has tenido sentimientos.

Le dio la espalda para entrar en el salón principal y ella, con las piernas temblorosas, volvió a enjugarse las lágrimas, respiró hondo y se fue a buscar las cocinas para entregar sus postres, que, milagrosamente, habían llegado intactos y a su hora.

Se ofreció para ayudar a ponerlos en sus respectivas bandejas, lo dejó todo impoluto y cuando terminó la faena se fue al cuarto de baño y se lavó la cara decidida a olvidar el incidente que le iba a costar un mes más de terapia. Salió al pasillo e hizo amago de buscar la salida, pero no pudo, porque una fuerza sobrehumana se lo impidió y la empujó a volver sobre sus pasos para entrar en el salón principal a buscar a Étienne Clermont-Tonnerre, que no tenía ningún derecho a hablarle así, menos en un ascensor, tras cuatro meses sin verse y a los dos minutos de saludarla.

Lo localizó, se le acercó como una camarera más y cuando él la vio, dio un paso atrás, se separó de sus elegantes amigos y caminó hacia ella para prestarle atención.

—Sol.

—No pienso tolerar que me juzgues o hables de mis sentimientos —Le susurró mirándolo a los ojos e intentando mantener la calma—, porque tú no sabes lo que he sentido o siento por ti. No lo sabes ni me voy a molestar en explicártelo, porque ya no vale la pena, porque ya ha pasado el tiempo y se ha hecho evidente todo lo que nos separa y nos seguirá separando, así que, chef, por favor te lo pido, la próxima vez muérdete la lengua antes de dirigirte a mí en ese tono y con esas formas, porque yo a ti no te he hecho nada.

—¿No me has hecho nada?, me dejaste solo, me abandonaste, a mí y a mi restaurante, sin darme ni una mísera oportunidad.

—Si es por eso, lo siento mucho, pero creía que actuaba en consecuencia y por el bien de los dos.

—Actuaste de mutuo propio y sin contar conmigo, Sol, me arruinaste la vida.

—Me consta que pasaste página rápido y que sigues con tu vida igual que antes de que, supuestamente, yo te la arruinara; no me parece justo que ahora me hables así, porque, de verdad, me duele un montón. ¿Me quité de en medio?, sí, y me vine a Londres para empezar de la nada, para mí tampoco ha sido fácil, y ahora solo aspiro a que mis postres se vendan y me ayuden a volver al circuito Michelín, nada más. ¿De acuerdo? Bien, gracias, hasta otra, saludos a todos los del Saint-Malo.

—¿Étienne?, cielo, ven a tomar algo —Le dijo una mujer a su espalda y ella aprovechó la coyuntura para largarse— ¿Étienne?

—Sol... —Él ignoró a su amiga y la siguió por el pasillo.

—Tengo que volver al trabajo, he salido en horario laboral y me están esperando.

Pulsó el botón para llamar al ascensor, las puertas se abrieron de inmediato, entró, se volvió y lo miró a la cara.

—Adiós, chef.

—Lo único que pretendía era quererte, vivir contigo y conseguir que un día me quisieras, Sonsoles, siento mucho todo lo que pasó.

—Yo ya te quería Étienne, pero desconfiaste de mí, sin embargo, te sigo queriendo y también lamento mucho todo lo que pasó.

Las puertas se cerraron y se echó a llorar de puro alivio, porque al fin había pronunciado en voz alta y delante de él lo que sentía, y eso era un paso de gigante en su recuperación.

Sonrió, acordándose de su terapeuta, y de su amiga Lucía, llegó a la primera planta, corrió por el *hall* del edificio a toda velocidad y llegó a la calle sin mirar atrás.

# 19

—¿Chantal?

—Hola, cielo, ¿qué tal el pedido para el Fenchurch Restaurant?, no me has enviado fotos.

—Todo bien, salvo por el hecho de que me he encontrado con Étienne en el ascensor del restaurante...

Le contó aún agitada y nerviosa, en el taxi camino de Chelsea, y su amiga soltó un bufido.

—Sabía que iba a Londres, esta tarde le entregan un premio, pero ¡¿cómo os habéis podido encontrar en una ciudad de diez millones de habitantes?!  
—¿Un premio?

—Sí, a la siete en el Victoria&Albert Museum, a él y a otros chefs europeos, también a Jean-Jacques, que es lo que me preocupaba, porque solos allí, pues...

—Vale.

—¿Cómo ha ido?, ¿estás bien?

—Pues no, porque nada más verme me empezó a recriminar cosas y a pedirme explicaciones y.... —se echó a llorar—. Han pasado cuatro meses y aún no puedo con esto, Chantal, en serio...

—No llores.

—Es que, es que... no me puede hablar así, él no sabe por lo que pasé, ni cómo me sentí, ni es capaz de imaginarse que para mí tampoco ha sido fácil dejar París, olvidarme de él y empezar de cero. No lo sabe y debería respetar mi espacio y no empezar a decirme de todo nada más verme. Fue muy incómodo y yo estaba trabajando, no puede hacer estas cosas, no puede... somos adultos, ¡joder!, no puede actuar de esta forma y en cualquier parte.

—Si no sabe muchas cosas no es su culpa, Sol, es tuya por no habérselas explicado.

—Lo sé, pero...

—Para él tampoco ha sido fácil.

—Dice que le arruiné la vida, ¿cómo puede decirme eso?

—Porque así se siente, lo que uno siente no se puede controlar.

—No necesito esto ahora, en serio...

—No puedes seguir huyendo, cariño, ya te dije que me parecía fatal que te fueras de París sin hablar con él de verdad y sin cerrar bien vuestra historia. Callarte y desaparecer nunca fue la solución, y esta es la prueba. Étienne tiene treinta y siete años y jamás ha tenido problemas para expresarse con claridad, ya sabía yo que un día os ibais a encontrar y...

—Vale, pero no en un ascensor y cuando estoy trabajando —trago saliva—, al menos, al final, después de discutir casi a gritos, le dije lo que sentía y eso me tranquiliza.

—¿Que le has dicho qué?

—Él me dijo que solo había pretendido que yo lo quisiera y yo le respondí que lo había querido y que lo seguía queriendo.

—Ay, señor, me voy a sentar.

—No pasó nada más, me fui y ahora voy en un taxi camino del trabajo.

—¿En serio?, ¿no te quedaste para abrazarlo y pegarle un beso en condiciones?

—No, estábamos en un restaurante y rodeados de gente, y tampoco quiero volver atrás, solo quiero pasar página, Chantal. Siento que pierdo el control de mi vida cuando Étienne entra en ella y no quiero repetirlo, no quiero, ya bastante mal lo he pasado con todo este tema.

—¿Sabes que es la primera vez que me lo dices a mí también?

—¿El qué?

—Que has querido y sigues queriendo a Étienne, nunca me lo habías reconocido y estoy conmocionada, no quiero ni imaginar cómo se estará sintiendo mi pobre Étienne después de esta confesión.

—Bueno, yo...

—¿Puedo ser sincera?

—Sí.

—Creo que hacéis el tonto viviendo separados, me consta que él está loco por ti, es otra persona desde que te conoció y en estos últimos cuatro meses no ha podido superar que te marcharas, ha

estado hundido y frustrado por no poder hacer nada para recuperarte..., yo no he podido meterme y ayudar, porque tú no me has dejado, pero ahora me da igual lo que pienses, me voy a meter y te voy a decir que la pelota está en tu tejado, Sol. Él ha puesto las cartas sobre la mesa, creo que desde el principio, al menos desde que te pidió que te fueras a vivir con él, ahora te toca a ti, espabila y haz algo o vas a perder al que podría ser el único y auténtico amor de tu vida.

—Dios bendito.

—La vida te lo está diciendo a gritos, te lo acabas de encontrar en un ascensor en Londres, ¿qué más pruebas necesitas para entender que el destino intenta juntaros? No desaproveches la oportunidad, amiga mía, no te cierres en banda y piensa un poco. Tú te lo mereces y Étienne, que es mi hermano y una de las mejores personas que conozco, también.

—Vale... —hizo un puchero y siguió llorando mientras veía que llegaba al salón de té—. Tengo que dejarte, voy a trabajar.

—Haz algo, Sol, por favor. ¿Lo harás?

—Luego hablamos, y muchas gracias.

Entró en el trabajo limpiándose las lágrimas, pasó por el cuarto de baño, se recogió el pelo y decidió que más tarde, ya en casa y tranquila, volvería a pensar en Étienne Clermont-Tonnerre, en sus ojos azules, en su carácter tan explosivo, en esa forma arrasadora con la que actuaba y arrastraba a todo el mundo, y en las palabras de Chantal, que seguramente tenía toda razón opinando que estaba desperdiciando una de las oportunidades más importantes de su vida... su corazón le decía que ella tenía razón y que Étienne también la tenía, pero su cabeza le aconsejaba templar los ánimos y meditarlo todo en frío, porque en ese momento, con todo el remolino de emociones que él le había provocado, no podía decidir con claridad y sentido común.

Por una parte, lo quería, estaba segura de que el amor no se le había pasado, al contrario, tras cuatro meses sin verlo se sentía aún más enamorada de él, y verlo esa mañana había reafirmado que lo deseaba y le gustaba, y necesitaba estar a su lado; pero por otra parte, le asustaba volver atrás, a su tendencia a dominarla, a sus

celos puntuales, pero reales, que le habían provocado mucha desazón por la desconfianza que ello conllevaba, a su energía avasalladora, que a veces no la dejaba respirar, a su pasión sin límites, que la hacía perder la cabeza..., a su ternura y cariño, que la hacían deshacerse entre sus brazos.

En resumen: le aterraba volver a la dependencia que había desarrollado hacia él... a todo lo que significaba Étienne Clermont-Tonnerre, que no era un hombre cualquiera. Era una persona especial, un ser único y peculiar que nunca se iba a comportar como un amante sumiso y complaciente, pasivo o indiferente, más bien todo lo contrario, él siempre iba dar al cien por cien e iba a exigir lo mismo a cambio, así pues, si decidía retroceder y volver a empezar, darse otra oportunidad con él, tenía que ser consciente de a lo que se enfrentaba, y no sabía si estaba preparada para hacerlo.

Recuperó el control de sus actos, salió a la cocina y se fue a decorar las tartas y los *cupcakes* que Christine, su ayudante, había sacado del horno. Se concentró en decorar las tartas en azul celeste, que era el color que tocaba ese día, y puso la mente en blanco dedicándose solo a sus mangas pasteleras y a sus diseños primorosos, porque ahí todo era primoroso y hasta un poco cursi.

Las tartas eran muy altas, parecían de cuento de hadas, pero era lo que se llevaba en Londres, y lo de los colores vivos también, demasiado empalagoso, había pensado al llegar a trabajar allí, por eso había propuesto dedicar a cada día un solo color, intentando unificar aspectos y hacer aún más atractivas las elegantes estanterías con sus productos. Un verdadero éxito que su jefa agradecía muchísimo y que a ella la hacía sentir como cuando era pequeña y su madre la dejaba decorar madalenas y bizcochos con todo tipo de colores.

—Sol...

—Mmm —contestó, concentrada en la borla del segundo piso de la última tarta del día y su jefa repitió su nombre.

—Sol, siento interrumpir, pero te buscan.

—¿Quién?

Se enderezó, giró la cabeza y se encontró a Étienne, que guapísimo, pero demasiado alto, y demasiado grande para ese

espacio diminuto, estaba observando la cocina con mucha atención. Se le cayó la manga pastelera de las manos y carraspeó.

—Gracias, Miranda, yo me ocupo.

—De nada. Te ha quedado preciosa...

Comentó ella tan amable como siempre, Sol le sonrió, caminó dos pasos, cogió al chef Clermont-Tonnerre de un brazo y sin hablar lo sacó al patio trasero del local donde a esas horas no había apenas movimiento, se le puso delante y lo miró a los ojos.

—¿Cómo me has encontrado?

—Pedí tus datos a Mónica, del Fenchurch Restaurant, cuando llegué al vestíbulo del edificio ya te habías esfumado.

—Ok, ok... mira, no puedo hablar ahora, estoy trabajando y...

—Siempre estás trabajando, Sol, bueno, como yo, nunca encontrarás un momento para hablar conmigo.

—Étienne... —Se perdió en sus ojos azules y él sonrió.

—¿Con que me sigues queriendo?

—Mira, yo...

—¿Entonces qué hacemos aquí?. Coge tus cosas y vayamos a mi hotel. Lo hablamos, nos besamos, hacemos el amor y mañana, a estas horas, estarás en tu puesto del Saint-Malo, sigo sin chef repostero titular desde que nos dejaste —Estiró la mano y le acarició la mejilla.

—Tengo mis compromisos y una vida aquí en Londres, no puedo...

—¿No puedes?, bien que pudiste largarte de París y de mi restaurante de la noche a la mañana.

—No fue así, pero no lo voy a seguir discutiendo.

—*Chérie*, me estás volviendo loco, no puedo con esto, y tú tampoco, sabes que no me rendiré contigo y mucho menos después de decirme que me quieres. Yo te quiero y si tú sientes lo mismo, no hay nada más que hablar.

—Hay muchas cosas de las que hablar.

—*D'accord*, aquí estoy... dime lo que sea.

—Tuve un aborto espontáneo el 23 de abril, el día que dejé el Saint-Malo —Soltó sin pensar y él dio un paso atrás—. Mi madre y Chantal me llevaron al hospital, me intervinieron, me dieron una baja

y ya no pude decidir por mí, me hundí, me desarmé entera y lo único que se me ocurrió hacer fue volver a Madrid para recuperarme.

—¿Estabas embarazada?

—Ni siquiera sabía que estaba embarazada, me enteré del embarazo y el aborto la misma noche, al parecer no es tan raro, a una prima mía también le pasó y... bueno... yo... me alegra poder compartirlo contigo, Étienne, porque soy incapaz de verbalizarlo con nadie.

—¿Un bebé?

—Sí, y desde luego no lo había planeado.

—Joder... —Se pasó la mano por el pelo y luego miró al cielo.

—Supongo que de todo lo que tendríamos que hablar, esto era lo prioritario, a partir de ahora, si aún sigues queriendo charlar conmigo te ruego, por favor, que quedemos en otro momento. Necesito volver al trabajo.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—No podía, habíamos roto y...

—Perdona, pero tú habías roto conmigo.

—De acuerdo, yo había roto contigo, había presentado mi dimisión y te había visto en el restaurante con una de tus amigas despampanantes en una actitud muy íntima, no vi necesario llamarte y contarte lo que había pasado, solo necesitaba salir de París, olvidarme de todo y empezar de cero.

—Creo que es la primera vez en mi vida que alguien decide por mí, maniobra por mí y actúa sin contar conmigo de forma tan injusta, Sol.

—No lo supe hacer mejor. Lo siento.

—*Merdé!*

Caminó un par de pasos sin mirarla, muy descompuesto, hasta que giró y le clavó los ojos llenos de lágrimas.

—¿Puedo salir por aquí sin necesidad de volver a entrar en el local?

—Sí, a diez metros hay un callejón que da a la calle principal.

—Muy bien, adiós.

—Adiós —soltó ella con un hilito de voz, siguiéndolo con los ojos y comprobando que la sinceridad a veces era la peor de las

opciones, hasta que él se volvió para observarla con atención.

—¿Tú estás bien?, ¿te has recuperado de...?

—Sí, físicamente sí, gracias, estoy bien.

—¿Necesitas algo?, ¿puedo hacer algo por ti?

—No, Étienne, estoy bien, muchas gracias.

—Pues yo necesito tomar distancia y recolocar un poco mi cabeza, pero, cuando... en fin, necesito tiempo, ya hablaremos.

—Claro, cuando quieras, ya sabes dónde estoy.

Lo vio desaparecer por el callejón y se echó a llorar otra vez, con mucha pena, muy desorientada y sin entender cómo y en qué momento había decidido hablarle de todo eso. Se había jurado que nunca se lo iba a contar, pero su subconsciente parece que había entendido otra cosa y lo había soltado, y ahora había dos damnificados: él, que no se lo esperaba y se había quedado hecho polvo, y ella, que removiéndolo no conseguiría superarlo nunca.

Al menos lo había dicho y eso parecía ser lo correcto y lo maduro, se lo decía todo el mundo, y ahora solo quedaba apechugar con las consecuencias, que pasaban principalmente por seguir con su vida en paz, en Londres y lejos de sueños de reconciliaciones y amores verdaderos como esos de los que hablaba Chantal, porque su realidad era otra, su realidad era con la que se había levantado esa mañana y ya no había marcha atrás.

Cinco horas después, a las siete de la tarde, ya agotada y con ganas de correr a casa para esconderse debajo de la cama, cerraron el salón de té, se despidió de sus compañeras y caminó hasta el metro contestando a una llamada de Chantal, que llevaba horas intentando contactar con ella para contarle que había hablado con Étienne, que al parecer se había quedado en shock después de enterarse de lo del bebé.

—Creo que has hecho lo correcto contándole lo del aborto, no se puede cimentar nada si no se tiene una base sólida de confianza y sinceridad, Sol, pero deberías buscarlo y charlar con él, está desorientado, no entiende nada, y está furioso conmigo por no habérselo contado, así que no lo puedo ayudar. Llámalo, por favor.

—Ha sido un día largo, Chantal, mañana, más repuesta, hablaré con él, tampoco tengo mucha energía ahora para ayudarlo.

—Habíais dado un paso de gigante siendo tan sinceros y hablando de lo que sentís el uno por el otro, no lo olvides, esto no cambia lo que hay pendiente entre vosotros.

—No lo olvido, voy a meterme en el metro.

—¿Estás bien?

—He tenido días mejores, pero estoy bien, no te preocupes. Mañana te llamo, adiós.

Bajó las escaleras del metro, pasó el tornio, empezó a andar por los pasillos camino de su línea y de pronto el teléfono volvió a vibrar y comprobó que tenía una llamada perdida y dos mensajes de voz de Étienne. Su primer impulso fue no oírlos hasta llegar a su casa, porque dio por hecho que no eran muy agradables y no quería acabar llorando en el metro, pero no pudo esperar y los pulsó cerrando los ojos.

“Chantal me ha dado tu nuevo número de teléfono y... bueno... yo... estoy intentando quitarme de la cabeza la imagen de nuestro hijo, porque... bueno... —susurraba y Sol sintió un escalofrío por todo el cuerpo—, no puedo dejar de pensar que podría haber sido padre, que podríamos haber tenido a nuestro bebé y ser una familia, y eso me alucina y a la vez me destroza porque, lamentablemente, no fue posible, pero, Sol, quiero que sepas que si el embarazo hubiese seguido adelante yo habría sido el hombre más feliz del universo. Tú eres la única mujer de la que me he enamorado y no creo que existiera mejor madre para mis hijos...”

El primer mensaje se cortó y ella se echó a llorar oyendo cómo entraba el segundo:

“No tengo dudas de lo que siento por ti, Sol, y soy feliz sabiendo que tú has sentido lo mismo por mí, sin embargo, no voy a forzar más toda esta situación, por algún motivo tú prefieres tenerme lejos y lo entiendo, tengo que aceptarlo y rendirme a seguir sin ti, y duele, porque creo que hubo momentos muy felices entre nosotros, momentos que no olvidaré, pero te dejaré en paz; por todo lo bueno que tuvimos, te dejaré en paz. Obviamente, es lo que tú quieres y yo solo quiero verte feliz. *Je t'aime, ma chérie amour*. Mucha suerte con tu vida y tus proyectos en Londres”.

El segundo mensaje se cortó, ella se quedó mirando el teléfono, congelada, muy desconcertada, pero no por mucho tiempo porque una luz cegadora le atravesó la cabeza, todo su mundo hizo de repente un clic y lo vio clarísimo.

Levantó los ojos, buscó el mapa del metro en una de las paredes de la estación, vio que no tardaría mucho en llegar al Victoria&Albert Museum, se dio la vuelta y enfiló hacia la District Line para ir directa a South Kensington, la parada de metro más cercana al museo donde a esas horas, según Chantal, Étienne Clermont-Tonnerre, tendría que estar recibiendo un premio.

Voló por los pasillos, se subió al vagón corriendo, y diez minutos después había llegado a la estación South Kensington, de donde salió también a la carrera para plantarse en la puerta de ese museo que le encantaba, vestida de sport y con la mochila al hombro.

—¿Dónde va, señorita? —La detuvo el guardia de seguridad de la entrada y le indicó que se apartara de la puerta—. El museo está cerrado.

—Lo sé, vengo por el evento, la entrega de premios, hay alguien...

—¿Tiene invitación?

—No, pero...

—Lo siento, sin invitación no se puede pasar.

—Por favor, es importante, solo quiero hablar cinco minutos con una persona...

—No, y apártese de la entrada, por favor.

—¡Mierda!

Bufó por lo bajo, pensando en colarse por otro sitio. Miró disimuladamente hacia la parte trasera del museo, donde seguro había alguna entrada directa a las cocinas, hizo amago de moverse y encontrarla sin necesidad de llamar a Étienne para que saliera a buscarla, pero antes de hacer nada alguien la sujetó por un brazo abortando la maniobra de inmediato.

—¿Sol?, vaya sorpresa, ¿qué haces tú aquí?

—¡Jean-Jacques, qué alegría verte! —exclamó al ver al amigo de Chantal allí y vestido de punta en blanco, se acercó y le dio dos besos— ¿Cómo estás?

—Bien ¿Vienes al evento?

—Quiero entrar, aunque no tengo invitación. Chantal me comentó que te dan un premio, enhorabuena.

—Bueno, a mí y a diez más, es más un tema publicitario que otra cosa. ¿Qué tal te trata la vida en Londres?

—Bien, voy tirando... —Miró elocuentemente la puerta y él le hizo una venia.

—¿Quieres entrar conmigo?, mi invitación es doble.

—¿En serio?, sería una pasada, muchas gracias.

—Vamos.

Se acercaron a la puerta otra vez, él la pasó como su acompañante, aunque el guardia de seguridad no se lo creyó ni por asomo, porque no iba vestida para la ocasión, pero a ella le dio igual, porque seguía pensando solo en una cosa: encontrar a Étienne.

—¿Vamos a mi mesa? —Preguntó Jean-Jacques muy amable al llegar al salón, pero ella negó con la cabeza.

—Muchas gracias, pero voy con vaqueros y desentono un poco, en realidad, solo necesito localizar a Étienne, hablo con él y me voy en seguida, pero mil gracias por colarme.

—¿Étienne? —frunció el ceño y ella asintió—. Tú sabrás.

Se acercó y le dio dos besos, lo dejó en su mesa y empezó a escrutar los rincones del salón donde se celebraba la entrega de premios, o lo que fuera eso. Había mucha gente conocida del universo Michelin, y otros famosos de revistas, y periodistas y medios de comunicación, estaba todo lleno de gente, pero no encontró a Étienne por ningún sitio.

No lo veía en medio del mar de personas, algo raro, porque a él, solo por su estatura, se le localizaba rápido, y empezó a temerse que no había ido por su culpa, por todo lo que había pasado esa mañana, por todo lo que le había contado, y empezó a angustiarse, sacó el teléfono móvil para llamarlo y en ese mismo instante lo vio en un jardín lateral, alejado del bullicio, charlando distendidamente con un matrimonio mayor y muy elegante.

Guardó el móvil y caminó hacia él decidida. Salió al jardín, se le acercó y antes de que la viera, la descubrieron sus acompañantes,

que la observaron con una sonrisa, él giró la cabeza con curiosidad, la miró y se le iluminó la cara, y fue entonces cuando ella mandó toda la prudencia, los miedos, las dudas, las neuras y hasta la buena educación al carajo, porque corrió por el césped ignorando a sus amigos y se le abrazó al cuello de un salto.

—No quiero que me dejes en paz, Étienne. Yo te amo, eres el hombre de mi vida, el único al que quiero como padre de mis hijos... y... he cometido muchos errores, pero te prometo que nunca más, nunca más, me alejaré de ti.

# EPILOGO

Diciembre. Las estrellas Michelin se otorgaban oficialmente esa noche y quería ignorarlo, incluso había decidido no viajar a la gala oficial para no quedarse un año más con cara de decepción delante de sus colegas, ni había querido organizar una fiesta en el restaurante, cómo había hecho durante seis años consecutivos porque, aunque también se debía celebrar a lo grande que te mantuvieran las dos estrellas y no te las quitaran, su deseo más profundo era conseguir la tercera y, si un año más no la conseguía, no le apetecía nada fingir y alegrarse y simular que todo iba bien, y repetir incansablemente que paciencia y que el año que viene tendrían más suerte.

Esta vez sería diferente, esta vez se lo quería tomar con calma, esta vez quería pasarlo por alto, sin embargo, Sol y Chantal, que tenían mucha más fe y optimismo que él, habían decidido organizar una cenita solo para los más allegados en el Saint-Malo, para pasar la velada tranquilamente y charlando hasta que recibieran la llamada con las novedades y entonces podrían agradecer y brindar por sus dos estrellas, o celebrar a lo grande las anheladas tres con una noche loca por París.

No lo tenía muy claro, pero en el fondo le importaba mucho menos que otros años, porque su vida era inmejorable en ese preciso momento y no se sentía ni con derecho de pedir más, porque pedir más sería casi pecaminoso, pensó con una sonrisa y mirando a Sol, que estaba entre su madre y la suya ejerciendo de traductora.

Las tres se entendían de maravilla, cosa que le hacía mucha gracia porque su madre era una persona normalmente muy difícil, sin embargo, las Monzón Aramburu le caían muy bien, desde el principio había congeniado con Sol sin ningún esfuerzo, y con ella y con su madre se estaba comportando con una simpatía insólita y una sencillez absoluta, algo que le agradecía sinceramente, porque necesitaba que acogiera bien a Ana, su “suegra”, que era una

persona encantadora, interesante y muy educada, pero muy diferente a las mujeres con la que habitualmente Geneviève se relacionaba.

Las observó un rato hechizado por su mujer, a la que llamaba así aunque a ella no le gustara demasiado el término, y pensó en los últimos cuatro meses, desde que se habían encontrado por casualidad en Londres y todo había vuelto a la normalidad. La mágica y apasionada normalidad de una pareja que tenía mucho que aprender y que solucionar, pero una pareja sin miedos, ni prejuicios, ni secretos, que había puesto toda la carne en el asador regresando juntos a París para empezar una nueva vida juntos.

Por supuesto, Sol había querido cumplir los quince días de preaviso antes de dejar su salón de té, y él la había esperado con paciencia, con temor a veces de que volvieran a fastidiarla, pero gracias a Dios no había sido así y quince días después de encontrársela en un ascensor de la City Londinense, vestida con el uniforme de su trabajo y cargando cajas llenas de postres, la había ido a recoger a Harrow y habían vuelto juntos a París, a su casa de la Isla de San Luis, donde ella no se había negado a instalarse, y donde llevaban disfrutando de unos meses increíbles y maravillosos, llenos de amor y de pasión y de vida, porque estaban proyectando una nueva vida juntos y eso lo había convertido en el hombre más completo y feliz del universo.

Jamás había podido imaginar que la vida en pareja, la estabilidad, la familia y el hogar, lo iban a llenar tanto, jamás, porque él se había criado en una casa de locos, con padres y abuelos que entraban y salían, y diversas residencias por el mundo en las que también entraban y salían según las épocas del año... y eso marcaba lo suficiente como para no saber lo que significaba tener un hogar de verdad. Un piso donde estaba todo lo que necesitabas y donde podías dormir hasta tarde, preparar comidas para los amigos, leer y escuchar música, hacer el amor con tu mujer durante horas o pintar juntos una habitación sin una ristra de diseñadores o arquitectos de interior detrás.

En resumen: estaba disfrutando de la normalidad, de la existencia de la gente normal, y todo era gracias a Sonsoles

Monzón, su preciosa chef repostera. Esa chef española trabajadora y minuciosa que le había cambiado la vida, con la que no necesitaba de florituras para disfrutar del mejor sexo posible, junto a la que al fin se sentía seguro y en casa, y a la que no podía querer más porque encima siempre olía a vainilla y chocolate.

Sonrió, observando cómo se levantaba de la mesa para llevar los platos a la cocina, la siguió con los ojos, contemplando lo radiante que estaba, y sin querer pensó en Jean-Jacques, que a esas horas también estaría atento a la resolución de las estrellas Michelin, aunque él ya tenía tres y se había ido a Valencia para disfrutar de la gala oficial, y por un momento quiso poder llamarlo para hablar con él y contarle por lo que estaba pasado, lo feliz que era, el regalo que le estaba haciendo la vida, pero, obviamente, no podía, porque él seguía sin dirigirle la palabra, y lo lamentó muchísimo, porque era en esos momentos especiales cuando justamente más necesitabas de tus amigos.

Sonrió a Chantal, que parecía leerle el pensamiento, y luego miró su teléfono móvil, donde tenía un montón de mensajes, también varios de su padre, que estaba pendiente de las noticias, y le contestó que aún no sabían nada, y él respondió con un OK desde Florida, donde seguía peleándose con Roger Harper, el hijo de Brandy, al que había demandado por daños y prejuicios, y por atentar contra su derecho al honor y la intimidad al aparecer en un programa de la televisión francesa acusándolo de mal padre, de sinvergüenza e insinuando que se había aprovechado de una pobre niñera estadounidense de dieciocho años, a la que había repudiado y echado de París cuando se había enterado de que estaba embarazada.

Una sarta de mentiras que los abogados de Roger Clermont-Tonnerre no habían pasado por alto, así que el chico estaba demandado en Francia y también en los Estados Unidos, y su padre había ido con toda la caballería hasta allí para zanjar cuando antes el problema, algo que él esperaba se resolviera de una vez por todas, porque ya duraba demasiado tiempo.

Miró la hora y buscó a Sol con los ojos, no estaba por ninguna parte, se giró para intentar localizarla y Chantal le indicó con la

cabeza que se había quedado en la cocina. Se puso de pie y fue a buscarla.

Entró en el office y tuvo una especie de *déjà vu*, porque se la encontró encima de una banqueta ordenando sus cacharros de la zona de postres. Se acercó en silencio y se quedó embobado espionando su trasero perfecto, sus caderas, y la piel de la cintura a la vista, porque al mover los brazos la blusa que llevaba se le levantaba de una forma muy sexy.

Caminó hasta ella, la sujetó por las caderas y le mordió el trasero, ella dio un respingo y lo regañó.

—¡Joder! Qué susto, Étienne.

—Esto me recuerda cuando te vi sobre la encimera bajando trastos de cocina, por poco acabo en la cárcel, porque estuve a punto de secuestrarte y...

—Madre mía, mi amor, si te contara yo la de veces que quise secuestrarte.

—¿Qué haces aquí?, no deberías estar subida a una banqueta.

—Estoy de los nervios, necesitaba relajarme un poco.

—No sobre una banqueta.

—Es bajita.

—No, no es buena idea, *chérie*.

La hizo girar, le levantó la blusa y la asió con fuerza besándole el ombligo, ella estiró la mano y enredó los dedos en su pelo.

—Hola, hijo mío, ¿cómo estás, bebé?, soy papá —Aspiró el delicioso aroma a vainilla de su piel de terciopelo y luego siguió besándole el vientre—. Yo creo que ya me reconoce.

—Es del tamaño de una judía, Étienne, dale tiempo.

—Me muero por empezar a sentir cómo se mueve.

—Y yo.

—¿Cuándo se lo vamos a contar a los demás?, hoy, que nuestras madres están juntas, podríamos...

—Dijimos que esperaríamos a las doce semanas, cariño, no quiero...

—La doctora dice que no tiene por qué pasar nada, *chérie*, que todo está perfecto. Mírame.

Buscó sus ojos oscuros, se acercó y la besó en los labios.

Nada más volver de Londres habían hablado muchísimo sobre su aborto, todo lo que aquello había significado, y habían decidido tener un hijo. Ambos estaban seguros de que era lo que querían, se amaban, iban a vivir juntos, nada se los impedía y, afortunadamente, a los dos meses habían concebido y ella ya estaba embarazada de ocho semanas.

Estaba perfecta, sana, preciosa y fuerte, pero seguía sintiendo un temor profundo a perderlo, no lo podía controlar, le decía entre lágrimas, y habían acordado esperar para contárselo a los demás, aunque él se moría por contarlo a los cuatro vientos, porque era lo mejor y más impresionante que le había pasado en toda su vida. La más grandiosa noticia que podía haber recibido en sus treinta y ocho años de existencia, y estaba loco por compartirlo con sus padres y sus amigos, sin embargo, Sol era lo primero, y si ella necesitaba tiempo para verbalizarlo, se lo daría.

—Todo saldrá bien.

—Lo sé.

—*Je t'aime, ma chérie amour.*

—Yo también te quiero, mi amor.

—Dame un beso...

—Étienne...

Se resistió un poco indicándole el comedor dónde estaban sus amigos y sus madres, pero él la ignoró, subió la mano por debajo de su blusa y la besó con muchas ganas, pensando en llevársela en brazos a su despacho para hacer el amor a oscuras. La sujetó por el trasero, ella suspiró pegada a su boca, pero de repente la voz de Chantal los interrumpió.

—¡Eh, tortolitos!, siento interrumpir, pero tengo a Iris al teléfono.

—¿Y? —Preguntaron los dos y Chantal sonrió de oreja a oreja.

—Es tuya, cariño, ya tienes tu tercera estrella Michelin.

—¿En serio?

—Siiiiiiiiiiiiiiii.

Gritó Chantal y detrás de ella aparecieron todos sus invitados, Geneviève y Ana, y saltaron para abrazarlo, y se abrieron botellas de champán y de repente la cocina del Saint-Malo se convirtió en una fiesta.

Él se pasó la mano por la cara percibiendo que estaba llorando de felicidad, de puro alivio, se giró buscando a su chica, la pilló llorando abrazada a Chantal, la cogió de la mano y la abrazó. La abrazó muy fuerte, besándole el pelo y dándole las gracias, porque sin ella, estaba seguro, nunca lo habría conseguido.

## INFORMACIÓN SOBRE LA AUTORA

Emma Madden es periodista, trabaja desde hace más de diez años en el mundo de las celebritys y los famosos. Nació en Madrid, pero reside en Londres con su marido, al que le debe su apellido.

Lleva muchos años escribiendo, pero debutó en 2019 con la Serie DIVAS, que incluye CHLOE, GISELLE y PAISLEY, una serie romántica dedicada a tres mujeres fuertes, ricas y famosas. Continuó con la Serie SUEÑO AMERICANO, que incluye BRADLEY, CONRAD y TAYLOR, dedicada a tres hombres de una misma familia, con profesiones muy diversas, y que representan la quintaescencia del sueño americano. La SERIE ESCOCESES, dedicada a cuatro escoceses del siglo XXI, ANDREW, DUNCAN, EWAN y KYLE; la SERIE AUSTRALIA, que nos cuenta la historia de tres hermanos que se conocen tras la inesperada muerte de su padre, que incluye los libros WILLIAM, ALEX y OLIVER, y la SERIE PARÍS, dedicada a tres amigos de la infancia, ÉTIENNE, CHANTAL y JEAN-JACQUES, chefs de profesión, que viven sus apasionantes e intensas vidas en París, la ciudad del amor.